Mariarosa Dalla Costa

Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista

Comune di Padova
Sistema Bibliotecario
ALF - SLD
Sez. 4
Sottosez.
Serie 7
Sottos. 1
Unità 205
PUV 55

Akal Cuestiones de antagonismo

SLB6.8.205

Comune di Padova
Biblioteche
Cod. Bibl. PUV55
BID PUV163832
INV 1057041

Diseño de interior y cubierta: RAG

Traducción de
Marta Malo de Molina

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

© Mariarosa Dalla Costa, 2009

© Ediciones Akal, S. A., 2009
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2716-4
Depósito legal: M-42.020-2009

Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista

Mariarosa Dalla Costa

Prólogo de
Montserrat Galcerán Huguet

akal

Prólogo

MONTSERRAT GALCERÁN HUGUET

Es para mí un placer y un honor prologar este libro de Mariarosa Dalla Costa, el primero que ofrece una selección de sus textos en castellano. Y es además una obligación ya que, a pesar de que todas nosotras nos hemos beneficiado de las luchas y de las tesis teóricas avanzadas por el movimiento de Lotta Femminista [Lucha Feminista], una de cuyas impulsoras fue nuestra autora, su obra ha permanecido parcialmente desconocida en nuestro país. Pero además es un gusto volverla a encontrar, después de tantos años, en los lugares donde era de esperar que se hallara: apoyando las luchas de los estudiantes contra las guerras que Estados Unidos ha emprendido en Oriente Medio desde 2001, solidarizándose con los zapatistas, participando en diversas manifestaciones del Foro Social Mundial. No es que sea una excepción pero, mientras que tantos otros y otras han optado por ser cooptados o por claudicar, Mariarosa sigue donde siempre estuvo, reivindicando su pasado. Mantener esa gallardía es en Italia todavía más difícil que en España, por lo que no puedo dejar de apreciar su notable valentía.

La estudiosa Mariarosa Dalla Costa nació en 1943 en Treviso, ciudad a la que siempre se ha mantenido profundamente ligada, en el noreste de la península Italiana, y escribió el primero de los textos que componen este libro siendo todavía muy joven. Como ella misma ha relatado en alguna de sus intervenciones, tras licenciarse en Ciencias Jurídicas en la Universidad de Padua, inició sus investigaciones en el ámbito del Instituto de Ciencias Políticas y Sociales de la misma ciudad, donde trabajó junto a Antonio Negri y un estrecho y entusiasta grupo de jóvenes investigadores, ligados al colectivo político Potere Operaio [Poder obrero]. Sus primeros seminarios se dedicaron al estudio de la relación entre capital y trabajo en diversos contextos y se acompañaron de una intensa actividad militante ante las puertas de las fábricas y

en los barrios obreros. Pero su continuada lectura de *El capital* de Marx tardó en mostrar otros frutos. Gracias al encuentro con Selma James, Mariarosa Dalla Costa dará vida a una reflexión que será fundamental en el entonces embrionario movimiento feminista: se trata del análisis del trabajo doméstico con el que se abre camino un nuevo horizonte para el trabajo teórico. A partir de ahí se desarrolló rápidamente la red feminista internacional *Wages for Housework* (red integrada por los comités y grupos defensores de un salario para el trabajo doméstico) y, ya en 1972, Mariarosa fundó, juntamente con otras mujeres, el Colectivo Internacional Feminista con el objetivo de promover el debate y coordinar las acciones en los distintos países. Resultado del encuentro entre Mariarosa y Selma James fue el texto *Poder femenino y subversión social,* publicado en 1972 y traducido a varias lenguas, al que, en la edición original, seguía un escrito de la propia Selma James, fechado en 1953. En él la autora, ama de casa y obrera, pone de relieve las muchas luchas de las mujeres obreras, emigradas como ella a la ciudad de Los Ángeles, en los crudos años de la Guerra Fría. Su discurso revela las múltiples formas en que las luchas de las mujeres han intentado subvertir el dilema clásico en que el sistema capitalista encierra a las mujeres de clase trabajadora: o bien un trabajo, impagado, en el ámbito doméstico, o bien un trabajo asalariado, en el marco de la fábrica que, sin embargo, no elimina el primero sino que se añade a él. Sometida siempre a los dos patrones, como se dice en este extraordinario panfleto que fue origen de tantas luchas.

Este libro lo recoge, si bien no incluye el interesante texto de Selma James, y lo acompaña con otros artículos y capítulos de libros de Mariarosa Dalla Costa. A primera vista puede parecer algo abigarrado y sin embargo creo que es posible identificar en la obra de esta autora un hilo de continuidad, con todas sus derivas y matices: la preocupación por los temas de la reproducción del vivir en cuyo centro estamos colocadas las mujeres, entendiendo que esta reproducción es un hecho extraordinariamente *material,* pues está compuesto de una asombrosa pluralidad de tareas conectadas entre ellas de diversas formas que incluyen procesos de producción *material* de recursos, pero que incorpora también difíciles y laboriosas tareas *inmateriales* de gestión de las relaciones sociales. Esta centralidad recorre todas sus reflexiones y análisis, desde los primeros trabajos en torno al papel de las amas de casa y a favor de las campañas por un salario para el trabajo doméstico, hasta las recientes intervenciones sobre la soberanía alimentaria, con especial dedicación a los problemas de salud y de las condiciones de vida y de trabajo de los/as campesinos/as y de los/as pescadores/as. Estas recientes investigaciones la llevaron en 1996 con ocasión del Foro de Organizaciones No Gubernamentales (celebrado como contra-foro a la cumbre de la FAO) a compartir los debates con dos grandes teóricas feministas: Maria Mies y Vandana Shiva, cuyas tesis sobre ecofeminismo son cercanas a las suyas, aunque se diferencien de ella por una acusada insistencia en el ca-

rácter consumista del Primer Mundo que no les permite percibir, a juicio de Mariarosa, la extraordinaria pobreza que también reina en éste.

En la década de 1970 no dejaba de resultar chocante ver a una Mariarosa en minifalda en primera línea de una manifestación de jóvenes, y no tan jóvenes, reclamando un salario para el trabajo doméstico. ¿Acaso las feministas emancipadas de la década de 1970 no aborrecíamos más que cualquier otra cosa la jaula doméstica donde nuestras madres, tías y abuelas habían atendido, día tras día, a los hombres, niños y ancianos de la familia?, ¿acaso no estábamos obsesionadas con escapar a semejante destino y nos acogíamos a nuestro papel de mujeres liberadas con el oculto temor de que ni aún así lográramos escapar a un destino perverso?, ¿cuántas de nosotras no nos vanagloriábamos de nuestra libertad cuando nos comparábamos con amigas del colegio que ya estaban agobiadas, con poco más de veinte años, por papillas, pañales y cocinas?

Ni siquiera la militancia política nos ahorraba esa inquietud. Especialmente cuando los compañeros masculinos empezaban a quejarse de la poca consideración y apoyo de sus respectivas compañeras. Recuerdo que en algunas ocasiones, cuando lográbamos llegar en unas abarrotadas camionetas verdes a lo que por aquel entonces era el remoto barrio de Zarzaquemada en el extrarradio madrileño, donde debíamos reunirnos con los compañeros de las fábricas del metal, entreveíamos rápidamente a sus mujeres, que eran casi de nuestra misma edad. Recuerdo especialmente a un compañero, en cuya casa solíamos reunirnos, que no había conseguido ahorrar el dinero necesario para amueblar las estancias, por lo que nuestras voces resonaban en un comedor vacío, en el que nos sentábamos, aquí y allá, en los taburetes de la cocina traídos para la ocasión, y en las sillitas de los niños. Su mujer entraba alguna que otra vez y nos traía cervezas a las que acompañaban unas bolsas inmensas de pipas y pistachos. Ella sacaba a los niños para que no nos molestaran, les daba la cena y los acostaba, y luego comía silenciosamente en la cocina mientras nosotros seguíamos discutiendo sobre el próximo convenio, las asambleas, las luchas y las movilizaciones. No participaba nunca en las discusiones y su marido decía que «ella no entiende de esas cosas»: no era como nosotras, jóvenes comunistas emancipadas, con nuestros tejanos ajustados y nuestro pelo corto. Ella se teñía de rubio y se quejaba de que el salario era demasiado escaso y de que no llegaba a fin de mes, pero, según él, gastaba demasiado porque no sabía lo que era ganar un salario trabajando en la fábrica.

Para una parte del movimiento feminista esas mujeres eran una incógnita. Tal vez por eso los ensayos de Mariarosa y de Selma James fueron una auténtica revelación que dio inicio al movimiento internacional de las mujeres por un salario para el trabajo doméstico, que al inicio del decenio de 1970 se extendió por diversos países europeos y americanos. Reivindicarlo como trabajo productivo fue un acto político

de notable incidencia, como se refleja en las conclusiones del Congreso feminista celebrado en Montreal en junio de 1973, en las que explícitamente se dice:

> Puesto que el trabajo de producción y reproducción de la fuerza de trabajo depende principalmente de las mujeres; puesto que el trabajo de crear y hacer crecer a los hijos (que se conjuga tantas veces con un trabajo fuera de casa) es una función social; puesto que el trabajo realizado en casa no está pagado, se ha deliberado que el Estado pague un salario de las trabajadoras domésticas[1].

A tono con esta declaración los Comités por el salario para el trabajo doméstico ampliaron sus exigencias en el tema del aborto y la salud sexual de las mujeres, especialmente con ocasión de la campaña por el aborto libre y gratuito. Y pusieron de relieve la violencia sufrida en sus propios cuerpos con ocasión de múltiples experiencias de su vida: cuidados ginecológicos, partos, enfermedades, etc. A esta preocupación se deben algunos trabajos escritos a lo largo de los noventa en los que la autora insiste en los peligros de la histerectomía para la salud de la mujer. El libro sobre la histerectomía editado[2] no se ha podido recoger en esta antología por exigencias de espacio.

En efecto, lo interesante y novedoso del libro y de toda la campaña es que las autoras colocan en el centro de sus reflexiones precisamente esa figura del «ama de casa obrera» sobre cuyas espaldas reposa la posibilidad misma de reproducción del sistema, desafiando con ello los análisis clásicos del movimiento obrero marxista, para el que el ama de casa es una figura marginal a la lucha obrera y sindical. De ahí sus críticas a gran parte de esta tradición: «en el marco de la izquierda nadie ha querido ver que a través de nuestras casas pasa la mitad del ciclo productivo: que sin nuestro trabajo gratuito, nuestros hombres no podrían presentarse cada mañana en las fábricas y en las oficinas dispuestos a dejarse explotar», se dice en un panfleto del movimiento fechado en 1975[3].

Y, sin embargo, fue la propia formación marxista de Mariarosa la que le permitió descubrir un trabajo de producción –de la mercancía fuerza de trabajo– donde otros habían visto solamente un lugar externo al propio sistema de explotación capitalista y a partir de este hilo tirar de todo el entramado de la subordinación de la mujer. La argumentación no podía ser más lógica: si el trabajo de reproducción de

---

[1] *Donne all'attacco,* Bollettino del Comitato per il salario al lavoro domestico di Trieste, 8 de marzo de 1975.

[2] *Isterectomia. Il problema sociale di un abuso contro le donne,* Milán, FrancoAngeli, 1998, 3ª ed. ampliada, 2002 [trad. ingl.: *Gynocide,* Nueva York, Autonomedia, 2007].

[3] *Ibid.*

la fuerza de trabajo es vital para el sostenimiento del capitalismo y ése es un trabajo que desarrollan especialmente las mujeres, éstas tienen una enorme palanca de poder para hacerlo valer socialmente; «poner en valor» el trabajo doméstico implica que sea visibilizado, que sea reconocido socialmente y que sea *pagado*. Reconocer todo ello implica comprender simultáneamente la extraordinaria fuerza de las mujeres, pues está en su mano rechazar un trabajo de tan elemental importancia para el capital, desencadenando graves problemas para la reproducción social capitalista.

Así, con un forzamiento atrevido del concepto de «trabajo productivo», fruto de su concienzuda lectura de Marx, pero animada por la reinterpretación de este concepto en el marco del operaísmo italiano, Dalla Costa consigue desencajarlo de su ubicación en el propio texto de Marx –donde por «trabajo productivo» se entiende siempre trabajo que produce o reproduce capital a partir de una inversión inicial– para mostrar cómo el trabajo doméstico, siendo extraordinariamente productivo puesto que produce y reproduce esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo, queda oculto en cuanto tal. Se devalúa en tanto que invisible, en tanto que no pagado y en tanto que ejercido por las mujeres en la soledad del hogar. Pero entonces la figura del ama de casa doméstica, lejos de ser el exterior del sistema productivo capitalista, pasa a convertirse en aquel fondo de trabajo informal que jamás aflora a la superficie pero que, en su invisibilidad, sostiene el edificio de la economía «productiva» en el sentido capitalista. Y que como tal contribuye de forma destacada a la formación del plusvalor.

Como dirá más tarde Immanuel Wallerstein, el sexismo y el colonialismo son las dos válvulas de escape de la tensión del sistema, las dos entradas por las que afluyen al sistema dosis de trabajo invisible que constituyen algo así como la condición primera de la existencia de las mercancías y, en especial, de esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo. Cuando a los 16 años el joven entra en el mercado laboral inaugura su existencia como trabajador asalariado, pero lleva tras de sí años y años de trabajo impagado y ni siquiera visto, que es el que le ha permitido llegar hasta ahí. La economía capitalista no tiene ninguna consideración para ese trabajo que no entra en sus cálculos. Pero del mismo modo, cuando el ama de casa obrera gasta el salario familiar en comprar bienes de subsistencia, incorpora al circuito capitalista bienes que en algunos casos no han sido producidos en términos estrictos como «mercancías» sino que arrastran todavía largas raíces procedentes de su ubicación en economías de subsistencia. Por eso puede decir Marx que el intercambio mercantil entre el salario y los bienes de subsistencia pertenece a la circulación simple y no a la circulación del capital en cuanto tal. Sólo en aquellas sociedades en que toda economía de subsistencia ha desaparecido, donde los ingresos en dinero son el único medio de compra de la

clase obrera y donde la producción de los recursos básicos ha sido íntegramente capitalizada, todo intercambio mercantil es, a su vez y simultáneamente, circulación de capital.

Este engarce nos permite leer el libro como un todo a pesar de la distancia entre sus temas específicos: la cuestión feminista del trabajo doméstico en la primera parte y la atención a la producción de subsistencia y las luchas de resistencia de esos productores, que son en su mayoría mujeres, contra su capitalización en la segunda.

Se constata, por otra parte, que la consideración «laboralista» del trabajo y de la lucha obrera no ha tenido ninguna sensibilidad frente a todo el trabajo doméstico, justamente porque la focalización en el trabajo fabril, preponderantemente masculino, ha dejado fuera de campo el trabajo de las mujeres obreras amas de casa. Ejércitos de mujeres que han cuidado de «sus» hombres en los marcos familiares, que han hecho de las familias no sólo unidades de consumo y de educación de sus hijos/as para seguir siendo buenos y buenas trabajadoras, enterrando en este empeño sus propias ansias de autonomía personal y de liberación sexual, sino que las han hecho funcionar como auténticas «fábricas de producción»; que, extendiendo la disciplina de la fábrica al sostenimiento de la casa familiar, han ampliado el territorio de la «fábrica social»; que, administrando los magros salarios masculinos, han logrado mantener un mínimo nivel de confort en el seno de la familia, pagado, tantas y tantas veces, con jornadas interminables de comprar, coser, cocinar, fregar, reparar, mantener, limpiar...; que, aumentando los ingresos con el trabajo realizado fuera de la casa o en largas jornadas nocturnas, han conseguido aumentar las rentas y mejorar las expectativas de sus hijos. Haber puesto sobre el tapete las exigencias básicas de estas mujeres en torno a la reivindicación del salario para el trabajo doméstico es el primero de sus logros.

Y con todo, la cuestión va más allá del salario y del trabajo, puesto que la peculiar condición del trabajo doméstico se amplía a la subjetividad toda de la mujer que incluye su afectividad y su sexualidad. La miseria económica de las mujeres se liga, en gran parte de los casos, a la miseria sexual, sujetas siempre al chantaje que supone el «ser mantenidas» por otro, al carecer de los medios económicos para proveer a la propia subsistencia en una sociedad que sólo reconoce derechos a los seres independientes y, sedicentemente, autosuficientes. ¡Cuántas veces habremos oído las mujeres eso de que «yo soy el que trae el dinero a casa» en boca de nuestros padres y/o maridos! ¡Cuántas veces habremos deseado no tener que deberle a nadie nuestra subsistencia y la de nuestros hijos! La reapropiación del propio cuerpo implica para nosotras podernos sacudir la sujeción a normas y relaciones que han sido inventadas por los varones según sus propios patrones, imponiéndonos formas de conducta que nos impiden conocernos y valorarnos y que, en esa misma medida, nos generan impotencia.

Resumiendo, podemos decir que lo interesante de la perspectiva abierta por estas feministas se sitúa en su punto de partida: la indagación por la autonomía de las mujeres y las condiciones de nuestra dependencia, especialmente en el caso de las mujeres de clase obrera. Hacer de ellas un interlocutor privilegiado era, por lo demás, coherente con el proyecto de luchar para cambiar el modo de producción capitalista y, por ende, para eliminar la propia condición de la clase obrera. No se trata, por tanto, de una preocupación de orden primariamente «académico», a pesar de que Mariarosa Dalla Costa sea una notable socióloga y politóloga, sino de introducir una perspectiva teórico-militante. Como ella misma explica en alguno de los textos recientes, también incorporados en este volumen, la problemática teórica y política del salario para el trabajo doméstico surge también de la insatisfacción por prácticas políticas en el marco de los grupos de izquierda y del propio movimiento estudiantil que dan poca importancia a estas cuestiones.

> Nos sentíamos *escindidas* entre un imperativo que nos quería homologadas con los hombres, capaces de ser y de hacer lo que ellos, y la sensación de que, sin embargo, pertenecíamos a otro mundo en el que también los hombres venían a pedirnos cosas distintas y esperaban que fuésemos distintas [...]. Una especie de *clandestinidad de la feminidad*[4].

Pero mientras que en otros grupos esa insatisfacción se tradujo en la búsqueda de prácticas de autoconciencia y de relaciones entre mujeres que hicieran emerger rasgos compartidos creando una especial «subjetividad femenina», en las prácticas militantes del grupo Lotta Feminista las luchas se centraron en individualizar los lugares sociales de la opresión de la mujer, en primer lugar la propia familia; a ella se añadían los diversos lugares de la organización capitalista del trabajo que dicta las condiciones de vida, tanto en la familia como en la fábrica, y tanto para las mujeres como para los varones. Razón por la cual las luchas sobre las condiciones de la reproducción se desarrollaron desde los barrios hasta las fábricas, las oficinas, las escuelas, los hospitales o los servicios.

Con ello dieron el impulso inicial a un debate cuyos efectos se han prolongado durante años: por una parte, se planteó la cuestión de quién debía pagar tales trabajos: ¿le correspondía al Estado en tanto que poder público y redistribuidor de la riqueza social, o debían ser los propios patronos, primeros beneficiarios de ese trabajo invisible?; ¿debería pagarse directamente a las implicadas o bien debían buscarse formas de desgravación fiscal y/o ayudas sociales?; ¿qué criterios deberían establecerse para hacer emerger socialmente todo ese trabajo sin que eso supusiera

[4] Véase el capítulo «Autonomía de la mujer y retribución del trabajo de cuidados en los nuevos trances», p. 281.

fijar todavía más a las mujeres en las ocupaciones domésticas? Por otra, había también quien encontraba contraproducente la medida pues no contribuiría a liberar a las mujeres al ofrecerles la posibilidad de elegir el trabajo doméstico remunerado como una posibilidad de vida que, sin embargo, contribuiría en poco a su liberación. La respuesta de la autora a esta crítica es contundente:

> la perspectiva del salario para el trabajo doméstico tiene en esencia la función de construir una palanca de poder que permita que las mujeres no tengan ya que dejar el hogar en una situación de debilidad, obligadas a aceptar un «trabajo cualquiera» por «poquísimo dinero» y a utilizar «cualquier servicio» para correr a hacer ese segundo «trabajo cualquiera»[5].

Aún en las peores condiciones supondrá un reconocimiento de su labor y una fuente de ingresos propios que, en cualquier caso, disminuirá su dependencia.

Pero además, y esto es importante recalcarlo, estas cuestiones se enmarcaban en un ciclo de luchas potentes en todo el mundo y en especial en Italia cuando, tras la efervescencia de la revolución mundial de 1968, surgían por doquier movimientos anticapitalistas de modo que parecía posible un cambio de importancia en el sistema productivo y reproductivo. El movimiento feminista, que se afirma en la década de 1970, no estaba, pues, solo sino que formaba parte, junto con todas esas iniciativas, de un vasto proyecto de transformación social compartido por tantas y tantas gentes. Su perspectiva era muy distinta del movimiento feminista, más institucional y académico, que surge en la década de 1980 y que niega su propia genealogía.

A pesar del esfuerzo de una entera generación de feministas, estas cuestiones están todavía pendientes de respuesta. Especialmente porque la globalización en la década de 1990 supuso una enorme entrada de mujeres migrantes en los países del Primer Mundo que se han hecho cargo de las tareas domésticas permitiendo altas cotas de emancipación de ese mismo trabajo para mujeres de clase media con cargas familiares. El problema está, pues, lejos de haberse resuelto. Como el propio texto pone de manifiesto, la búsqueda de autonomía por parte de las mujeres sin un adecuado reconocimiento social de esos trabajos está produciendo lo que actualmente conocemos como «crisis de los cuidados»: la situación de cuidados precarios en que se encuentran las personas dependientes, cuando las mujeres rechazan hacerse cargo del trabajo que tales cuidados requieren y socialmente no se ofrecen medios suficientes para atenderlos. Con la amarga consecuencia de que tantas mujeres que en la década de 1970 optaron por defender a ultranza su autonomía tomando decisiones en oca-

---

[5] Véase «Intervención II», p. 253.

siones difíciles, como la de no tener hijos, no pueden obviar, cuarenta años después, las dificultades de cuidar a padres ancianos sin los necesarios apoyos sociales. Muestra de que las redes sociales son el auténtico sostén de la vida en común y que, por lo mismo, deben ser adecuadamente reconocidas y sus gastos sufragados.

El debate incluye, juntamente a su valencia política, un aspecto más teórico que se pregunta por la relación entre sistema de producción y sistema de reproducción, entendiendo por el primero el capitalismo, y por el segundo lo que en la terminología feminista se suele denominar «patriarcado». Esta cuestión, con sus consiguientes críticas al olvido en Marx del trabajo de reproducción, dio algunos resultados teóricos notables pero no logró iluminar suficientemente las relaciones entre ambos. En mi opinión eso sólo es posible si, en vez de privilegiar la lógica mercantil capitalista como horizonte del análisis, se la inserta en la propia dinámica de la reproducción social de la que la reproducción del capital es sólo una parte, sacando a la luz todo el soporte de trabajo no pagado del que aquél se alimenta y que no se reduce al solo trabajo doméstico sino que se extiende a formas sociales más complejas, escasamente monetarizadas. Con ello se muestra además la extraordinaria violencia que dicho sistema ejerce. Entiendo que estas cuestiones son de gran interés en el debate actual sobre la renta básica en el que se une la exigencia de autonomía que esos textos reivindicaban para las mujeres con el reconocimiento de la productividad del trabajo social difuso que es condición de existencia de las poblaciones.

Así pues, vemos que el haber partido de las tesis de la autonomía permitió a nuestra autora extender la perspectiva de esta corriente marxista a la resistencia que las mujeres oponen a la explotación en otros ámbitos de su vida, en especial en lo que respecta a la reproducción y la natalidad, tal como vemos en otros textos de la misma década, como por ejemplo el trabajo «Reproducción y emigración», de 1974, también incluido en este volumen. La interpretación política de la caída de la natalidad, como ejemplo notable de rechazo de la labor de producción y reproducción, fue un punto muy importante para este discurso, porque mostraba cómo en el «trabajo de producción de la fuerza de trabajo» se estaba incluyendo el propio hecho de la concepción, la gestación y el parto, considerado como un trabajo, al tiempo que se denominaba «trabajo de reproducción» a todo el trabajo material e inmaterial de cuidado que permite criar a los niños, futuros trabajadores, y no sólo las labores domésticas que mantienen vivas su corporalidad física y psíquica. Mariarosa, en consonancia con otras feministas europeas, interpreta desde esta perspectiva el rechazo de la maternidad que las mujeres empiezan a poner activamente en práctica desde la década de 1960, de tal modo que las tasas de natalidad descienden, incluso antes de la generalización de las píldoras anticonceptivas. Con ello pone de relieve cómo la «autonomía de las mujeres», la lucha por escapar de la asfixia del poder y de la coerción familiar, informa estrategias de vida con las que las mujeres

tienden a mejorar sus propias expectativas y las de sus hijos, pasando también por experiencias como pudo ser la propia emigración, fenómeno masivo en la Italia de las décadas de 1960 y 1970. Como consecuencia la familia obrera sufrió profundas transformaciones de las que son también efecto las luchas de finales del decenio contra el autoritarismo en la familia y en la escuela, luchas que tuvieron en Italia una extraordinaria importancia.

Esa perspectiva de investigación, que toma la experiencia de las mujeres como punto de partida, muestra su eficacia interpretativa en el análisis del *New Deal,* tema al que la autora ha dedicado otro conjunto de trabajos, en especial el libro *Famiglia, welfare e stato tra Progressismo e New Deal* (1997), que se recoge también en esta antología. En él, el *welfare* (Estado del bienestar) se analiza como un intento por parte del Estado para intervenir en las políticas de reproducción en la medida en que éstas son mecanismos necesarios para asegurar una clase obrera sana y productiva. Sin duda que las medidas emprendidas por Roosevelt en el contexto de la crisis de la década de 1930 tenían como objetivo relanzar el consumo en un momento de crisis económica, pero simultáneamente ponían en marcha una serie de dispositivos que se infiltraron en el proceso social de reproducción de la fuerza de trabajo, atendiendo a aspectos característicos de la formación y mantenimiento del «capital humano» que contribuyeran a aumentar la productividad del trabajador. Para ello era indispensable proteger la familia, ya que para sostener el incremento de trabajo en los sectores punteros hacía falta una familia obrera que se alimentara del salario del marido –o jefe de la familia– respaldado por una mujer-ama de casa, que atendiera con diligencia a la reproducción familiar. Basándose en documentos de la época la autora muestra cómo:

> Los *Five Dollars Day* [5 dólares por día], de los que *no* disfrutaban los obreros con menos de seis meses de antigüedad, los jóvenes menores de 21 años ni las mujeres, se presentaban incluso como una «prima» a la que se podía no tener derecho o que se podía perder por llevar una vida poco moral o poco higiénica (las malas compañías, peleas en la familia, inminencia de divorcio o tener ya estipulado el divorcio, consumo de tabaco, alcohol, afición al juego, etc.). [...] Ford [el famoso empresario de la fábrica de automóviles iniciador de esta política] se vale de un «departamento de sociología» y de un cuerpo de inspectores y de controladores con el deber de entrar en las casas de los obreros e investigar sus vidas y *cómo gastan el sueldo.* La «primas» de los 5 dólares por día, de hecho, se podía retirar en el caso de obreros cuya conducta hiciera que este nivel salarial se considerara más un obstáculo que un incentivo a la honradez[6].

[6] Véanse el capítulo «Familia, políticas de bienestar y Estado entre Progresismo y *New Deal*», p. 158.

En todos esos programas de control social las destinatarias directas eran las mujeres, puesto que la mejor manera de que los recursos sirvieran para el fin previsto consistía en incrementar la presión sobre el trabajo doméstico de las mujeres, en atraer su atención hacia las infinitas tareas que comporta el mantenimiento saludable de la población: alimentación, higiene, salud, descanso, etc. Estas reflexiones, aunque centradas en el análisis de la década de 1930, ofrecen elementos de interés para explorar una hipotética salida de la crisis actual que reedite mecanismos de un nuevo *New Deal*. Un *New New Deal,* como se anuncia en algunas publicaciones, pues, que tal vez, igual que entonces, surja en torno a la reivindicación principal de la renta y no solamente del salario y del mantenimiento de los empleos. Y tal vez igual que entonces las luchas de las mujeres y de los/las desempleados/as para obtener de las Administraciones públicas más recursos sociales logren forzar a éstas a introducir medidas novedosas de redistribución social de la riqueza, aunque esta vez logremos que no coloquen la familia y el trabajo doméstico de las mujeres como pivote central de la reestructuración.

Como ya he dicho, la militancia política y el quehacer teórico de Mariarosa se enmarcaban en el contexto de los colectivos de la izquierda radical italiana, por lo que también a ella le afectó la extraordinaria criminalización de estas corrientes a partir de 1979. A finales del decenio de 1970 la represión generalizada que tuvo lugar en Italia contra todas las formaciones de la extrema izquierda alcanzó a estos grupos feministas que cerraron sus sedes, la de Padua y las de otras ciudades. La acción política de éstos quedó dramáticamente interrumpida. En esos años y los inmediatamente siguientes nuestra autora siguió trabajando, ahora en una cierta soledad, pues la década de 1980 coincide con el auge de las políticas neoliberales y de ajuste estructural, al tiempo que, especialmente en Italia, se prolonga en el tiempo una larga serie de procesos judiciales. En esos momentos aciagos, la atención de nuestra autora se orienta hacia la investigación de los procesos de empobrecimiento de los llamados países en vías de desarrollo, la expansión de la deuda y, en especial, los procesos de dependencia alimentaria, espoleados por la extraordinariamente agresiva industria agroalimentaria; a la vez que mantiene el contacto con colegas norteamericanos, en ese caso la gente de Midnight Notes (un grupo que se había formado en Estados Unidos a partir de los análisis sobre el trabajo de reproducción). Estas temáticas, centrales en esa segunda parte de su obra, la llevan a un contacto también más estrecho con algunas ecofeministas anteriormente mencionadas, como Vandana Shiva y Maria Mies.

La problemática de la reproducción nos ofrece el punto de enlace con los textos de esta segunda parte, articulando estrechamente la reproducción a través del trabajo de las mujeres con las cuestiones de la reproducción de los recursos que mantienen el vivir de las poblaciones en la producción de sus medios de vida. Esa refle-

xión arranca del análisis de cómo las políticas neoliberales de la década de 1980/1990 han contribuido extraordinariamente a la creación de pobreza, al privatizar bienes comunales como la tierra o el agua, y bienes públicos como la sanidad o la educación. Estas medidas han supuesto un ataque enorme a las condiciones de la reproducción social, y han tenido que enfrentarse en casi todos los países a las luchas de las mujeres por mantener y reforzar espacios de autosubsistencia y de autonomía. El aumento de la pobreza, que todas las estadísticas mundiales ponen de relieve como un dato irrefutable, afecta en primer lugar a las propias mujeres y condiciona en gran medida sus posibilidades de bienestar.

Acudiendo de nuevo a Marx, los textos ponen de relieve la cercanía entre las medidas de expropiación de la tierra que éste analiza en el famoso capítulo XXIV de *El capital,* el titulado «La acumulación originaria», y las medidas de cercamiento y de expropiación que las grandes empresas imperialistas ponen de nuevo en práctica en el contexto de la colonización y la globalización. Y en especial llama la atención sobre un aspecto del particular: el modo en que la capitalización integral de la producción de bienes de consumo por medio de una agricultura industrial ha empobrecido extraordinariamente a millones de campesinos, volviendo imposible la práctica tradicional de la agricultura y de la pesca.

En este punto es de destacar el nuevo forzamiento de las categorías marxistas que la autora emprende, pues donde el marxismo, tal vez influido por la mitificación de la industria, menosprecia al campesino, Mariarosa, incorporando dimensiones nuevas descubiertas entre otros en los movimientos de las mujeres indígenas, no ceja en su empeño de acercar la lucha contra la expropiación continuada de la tierra y del agua (mares, ríos, lagos) por parte de campesinos y pescadores con las luchas contra la expropiación del intelecto de los nuevos trabajadores posfordistas.

En efecto, basta leer un texto que hizo historia en el marxismo más ortodoxo, el célebre libro *La cuestión agraria* de K. Kautsky, para darse cuenta de que ese tema ha sido un hueso difícil de roer para una tradición marxista excesivamente apasionada por el modelo del trabajo industrial. No sólo, en este texto, se aplaude la progresiva desaparición del campesinado, juzgado la cuna de la reacción y el bonapartismo, sino que se sueña con una industrialización del campo que ofrezca alimentos abundantes para la población y logre alejar la amenaza de la miseria y el hambre. En el propio marco de la revolución soviética, la industrialización del campo, ahora en su versión socialista, es presentada como remedio infalible contra los viejos males de la vida campesina, como muestra sin duda con gran lirismo el film del viejo Eisenstein, *Lo viejo y lo nuevo.* La leche que mana en abundancia de las vacas estabuladas inunda de alegría el rostro de la joven campesina. Y todo eso a pesar de que los problemas con los que la revolución tropezó en el campo, las dificultades por garantizar el consumo urbano y las atroces medidas de transformación agraria, to-

madas entre otros por Stalin, constituyen una de las páginas más negras de la tradición revolucionaria.

Mariarosa no entra en esta historia, pero sí recoge algunas de las experiencias más interesantes de los movimientos campesinos actuales, movimientos que van desde Vía Campesina –el movimiento dirigido entre otros por Bové en Francia– al Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST) del Brasil y a movimientos en India y otras partes del mundo. En ellos descubre el resurgir de una vieja idea: la concepción del ciclo de reproducción agrario como un ciclo que exige respeto de sus ritmos y equilibrios, pues se trata de un proceso en el que hay que trabajar con cuidado, pues la ruptura de los equilibrios de la tierra puede provocar resultados catastróficos. Ese saber, acumulado a lo largo de generaciones dedicadas al cultivo de la tierra y a las prácticas de pesca, ha sido arrinconado por la urgencia de obtención de beneficios por parte de las grandes corporaciones del agroindustrialismo. Como ya todos sabemos, el exceso de las capturas conlleva la imposibilidad de que la especie capturada se reproduzca, pero la extinción de una especie conlleva a su vez la extinción de otras de modo que, en poco tiempo, la tierra se agosta y el mar se despuebla.

Las consecuencias son dobles: por una parte, la eliminación de las prácticas habituales de cultivo de la tierra disminuye el número de especies, homologa los productos y los inserta en largas cadenas que van desde los productores directos, cada vez más esquilmados, a los consumidores urbanos, cada vez más desprovistos. Pero por otra, los propios productores, empobrecidos, se transforman en migrantes pobres en busca de un salario, a la vez que aumenta la supeditación de todo el mundo al poder del dinero. Ésta constituye, al decir de la autora, la auténtica *bioeconomía* de nuestra época, un estadio en el que sólo el intercambio mediado por el dinero permite el aprovisionamiento de los medios de subsistencia imprescindibles.

Frente a la dinámica capitalista monetizante y depredadora Mariarosa enlaza las luchas de estos movimientos con las preocupaciones de una ética del cuidado que había descubierto ya en sus reflexiones de la década de 1970. El límite de las luchas que entonces emprendiera esa corriente feminista tropezaba con la reticencia de las mujeres, por fuertes que fueran sus dinámicas de resistencia, a abandonar a sus allegados en momentos de grave necesidad. Incluso las mujeres más aguerridas acuden, en esos momentos, para atender y cuidar a quienes lo necesitan. Pues bien, en los nuevos movimientos de los campesinos y los pescadores, nuestra autora descubre de nuevo ese límite: los campesinos entienden su relación con los campos de los que extraen los productos como tierras que hay que cuidar y mientras que las grandes empresas no tienen ningún problema en esquilmar los lugares, del mismo modo que esquilman los recursos naturales y humanos de un territorio para luego deslocalizar, los lugareños cuidan del entorno porque saben que mantenerlo con vida es la mejor manera de garantizar su propia reproducción y supervivencia.

¿Se está planteando con ello una nueva utopía?, ¿son utópicas las luchas por la Tierra que encontramos en tantos de esos movimientos? Mariarosa Dalla Costa entiende que no hay ahí utopía alguna: primero porque son millones de personas las que están luchando en estos momentos contra el complejo agrario-industrial y las grandes compañías de la alimentación, obteniendo en ocasiones interesantes victorias contra Nestlé, contra Coca-Cola, contra Monsanto; segundo, porque, como ella misma dice, «partir de la voluntad de reintroducir la relación con la tierra, cuya negación (como expropiación y como manipulación) constituyó y sigue constituyendo el fundamento del desarrollo capitalista, quiere decir minar todo el proceso, subvertir sus condiciones y sentar las bases para construir otro desarrollo»[7]. De eso depende otro modo de vivir, ya que justamente esas condiciones de respeto por la diversidad y de cuidado de las fuentes del vivir son requisitos imprescindibles de esa nueva sociedad que queremos construir. La lucha de esos movimientos constituye por tanto una propuesta estratégica de gran importancia, pues se sitúa en el nervio de la producción biopolítica. En una, aunque solo aludida, discusión con Antonio Negri y otros teóricos postoperaístas, el nudo estratégico de la actual expansión biopolítica del capitalismo se centraría, para Mariarosa, en el intento de supeditar a su lógica todo el espacio de la reproducción del vivir y, en primer lugar, de la producción de los medios de vida y no sólo, o no tanto, en sus intentos por expropiar y rentabilizar el trabajo cognitivo. Mariarosa Dalla Costa entiende que la estrategia orientada a capitalizar y manipular las fuentes y los ciclos de reproducción espontánea de la vida, convirtiéndola cada vez más en un producto de laboratorio que sólo es posible vender y comprar pero que, por eso mismo, se sustrae al acceso libre o a la reproducción en comunidad, oculta el proyecto de una nueva esclavitud. Ésta coinsiste en que la humanidad entera pase a depender exclusivamente del dinero para su supervivencia y que, por tanto, se encuentre en la dependencia más absoluta. Se trata de una nueva biotiranía.

Pero además, ella insiste en destacar que actualmente este modelo alimenticio hace agua por todas partes. Provoca en los ciudadanos del Primer Mundo epidemias que se derivan del modelo intensivo de crianza de los animales, genera extraordinarios costes medioambientales y es la causa de una profunda insostenibilidad económica. Eso explica que en determinados países avanzados empiecen a aparecer grupos de jóvenes campesinos que quieren dedicarse a la agricultura sin las fatigas y miserias de sus abuelos y que entran en relación con habitantes urbanos que sostienen de variadas formas a esos campesinos locales y honestos. Es decir, tanto el tema de la agricultura como de la pesca está explotando en los propios países avanzados.

---

[7] Véase el capítulo «Rurales y éticos», p. 393.

El Sur y el Norte viven, como si dijéramos, las dos caras opuestas de una misma moneda. Y eso no es una utopía. Lo que está en juego es la propia salvaguardia de las capacidades reproductivas de la tierra y de los seres humanos.

No querría finalizar este prólogo sin señalar que en el amplio y variado mundo del feminismo italiano la corriente representada por Mariarosa Dalla Costa y sus compañeras ocupa un lugar destacado, que no por ignorado es menos meritorio. A ellas y en particular a Mariarosa les debemos el haber desvelado el carácter productivo del trabajo doméstico y por ampliación del trabajo de cuidado y de mantenimiento de la subsistencia con el que tantas mujeres, silenciosamente, contribuyen al mantenimiento de las sociedades. Espero que su lectura resulte atractiva para todos aquellos y aquellas que se dejen seducir por la pasión política y teórica que alienta en sus páginas.

Madrid, 19 de mayo de 2009

1 Poder femenino y subversión social

Prefacio*

El Movimiento Feminista ha empezado a establecerse en Italia desde hace poco más de un año. Surge de grupos denominados «espontáneos» de mujeres que han pasado en general por la experiencia del movimiento estudiantil, además de por la experiencia extraparlamentaria y de partido, o que están libres de cualquier «militancia política».

Lo que une a todas estas mujeres del mismo modo es que ninguna ha encontrado en ninguno de estos lugares, de las asambleas estudiantiles a las reuniones de grupo extraparlamentario o de partido pasando por las cuatro paredes de la cocina, una posición en la que su lucha o su vida fuesen otra cosa que «lateralidad».

Situación esta con la que también las obreras, a pesar de estar inscritas, precisamente en tanto que «obreras», en la definición del explotado histórico por excelencia, la «clase obrera», se las tuvieron que ver, con independencia del sujeto que aspirara a organizar la lucha de fábrica.

Hasta ahora, la bibliografía del Movimiento Feminista ha descrito y documentado, con honda perspicacia y mordaz precisión, la degradación de la mujer y la formación de una personalidad inclinada a tornar pacíficamente aceptable esta degradación. Quienes se han preocupado por que la clase y no la casta fuese el elemento fundamental, han utilizado por lo general su «análisis de clase» para socavar la autonomía de las mu-

---

* M. Dalla Costa, «Prefazione», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* Venecia, Marsilio Editori, [1972] 1977 (ed. revisada y corregida), pp. 7-11.

jeres. «Las mujeres "marxistas" –decía una mujer del movimiento de Nueva Orleans– son hombres bajo piel de mujer».

Y eso parecen cuando hablan, por un lado, de «lucha femenina» y, por otro, de algo mayor, de algo llamado «lucha política». Esta «lucha política» nosotras la interpretamos como lucha de clases. El dilema es:

a. ¿son las mujeres –de manera abierta, las amas de casa, de forma tácita, las obreras (tal como han presupuesto las distintas izquierdas)– siervas del capital y, por lo tanto, ancilares con respecto a una lucha más fundamental y más política contra el capital?;

b. ¿puede algo ser «político» si excluye a las mujeres?

La confrontación de la experiencia femenina con lo que ha pasado por marxismo nos ha llevado a bosquejar un análisis de la mujer que responde no tanto al problema de cómo se ha degradado a las mujeres sino al por qué.

La bibliografía del Movimiento Feminista, después de haber detallado cómo se condiciona a las mujeres para su esclavización, ha descrito la familia como ámbito de la sociedad en el que se obliga a los jóvenes a aceptar la disciplina de las relaciones capitalistas que, en los términos marxistas, empieza con la disciplina del trabajo. Algunas mujeres han identificado la familia como centro de consumo y otras incluso han identificado a las amas de casa como reserva oculta de fuerza de trabajo.

Sin embargo, las mujeres «desempleadas» trabajan tras las puertas cerradas del hogar, antes de que se las vuelva a invitar a salir cuando el capital así lo requiere.

Nosotras aceptamos todo esto, pero lo situamos sobre otra base: la familia, en el capitalismo, es un centro de consumo y de reserva de fuerza de trabajo, pero es, ante todo, un centro de producción. *Cuando los antedichos «marxistas» decían que la familia capitalista no producía para el capitalismo, no formaba parte de la producción social, negaban con ello el poder social potencial de las mujeres. O, mejor dicho, al presuponer que las mujeres, en el hogar, no podían tener poder social, no podían concebir que las mujeres, en el hogar, produjesen. Si tu producción es vital para el capitalismo,* negarse a producir, *negarse a trabajar, constituye una palanca fundamental de poder social.*

La mercancía que las mujeres producen, a diferencia de las demás mercancías producidas bajo el capitalismo, es el ser humano: el obrero.

Se trata de una extraña mercancía, porque no es una cosa. La capacidad de trabajar reside únicamente en el ser humano, cuya vida el proceso productivo consume. En primer lugar, necesita nueve meses en el vientre materno, hay que alimentarlo, vestirlo, criarlo; luego, cuando trabaja, hay que hacerle la cama, barrerle el suelo y prepararle el almuerzo y la cena tiene que estar lista cuando vuelve a casa, aunque sean las ocho de la mañana y vuelva del turno de noche. Así se produce y reproduce la fuerza de trabajo que se consume diariamente en las fábricas y en las oficinas. Describir esta producción y reproducción es describir el trabajo de la mujer.

El contexto social, por lo tanto, no es un territorio libre supeditado de la fábrica, sino que es, de por sí, integral *respecto del modo de producción capitalista y cada vez está más sometido a la disciplina de fábrica, por lo que lo definimos como «fábrica social».*

La reclusión de la mujer en el hogar históricamente estuvo y en la actualidad sigue estando más extendida en Italia que en el resto de los países industrializados. Además, esta situación se ha deteriorado a pesar de las medidas legislativas, escasas, dirigidas a «proteger» a las mujeres. El salario, en Italia, ha logrado así regir una tasa excepcionalmente alta de «trabajo del hogar». El capital, en Italia, en mayor medida que en los demás países industrializados, ha «liberado» al hombre de los servicios domésticos para aumentar al máximo su disponibilidad a la explotación fabril.

En la «vía italiana al socialismo» tras la Segunda Guerra Mundial parecía que el poder de la mujer debía derivarse de una alta tasa de ocupación femenina futura, que, a su vez, debía ir acompañada de un ejercicio cada vez más amplio de las libertades democráticas y de la progresiva conquista de la igualdad de hecho por parte de la ciudadana. Pero, entretanto, la masa de «ciudadanas» debía elegir entre la alternativa del trabajo sin horario en el campo y la migración a la ciudad sin la certeza de encontrar un puesto de trabajo.

Resultó luego que el puesto menos inseguro estaba destinado al hombre, mientras que a la mujer le tocaban los sectores más afectados por las coyunturas difíciles, esto es, los sectores atrasados.

Cuando han entrado en las fábricas, las mujeres han sido las últimas en ser contratadas y las primeras en ser despedidas.

La recesión de 1963-1964 y la que hoy experimentamos nos han ofrecido útiles lecciones a este respecto, pero la patronal las ha entendido mejor que toda la izquierda: hasta tal punto que los planificadores de nuestro país creen que pueden mantener tranquilamente *sin variaciones la baja relación entre empleo femenino y empleo global en los próximos años.*

Si las mujeres hubiesen esperado a obtener un puesto de trabajo para empezar a luchar, no se habría puesto fin al trabajo sin horario en la agricultura, ni hubiese habido luchas contra el aumento de los precios, ni ocupaciones de casas.

Y, por otra parte, el escaso poder de las mujeres frente al actual aumento de precios no hace sino revelar la vulnerabilidad general de la clase ante la inflación. Sólo así se explica por qué la clase obrera en Italia se halla inerme en el campo social ante la violencia de la recesión.

En Inglaterra y en Estados Unidos –al igual que, sin duda, en otros países de Occidente– el movimiento de liberación feminista ha tenido que rechazar la reluctancia de la izquierda a considerar cualquier otro ámbito de lucha que no fuese la fábrica de la metrópoli.

En Italia, el movimiento de liberación, mientras forja su propia modalidad autónoma de existencia contra la izquierda y contra el movimiento estudiantil, se bate en un terreno que, aparentemente, éstos plantean: cómo organizar la lucha en el campo social. La propuesta de la izquierda para la lucha en el campo social ha sido simplemente la extensión mecánica y la proyección de la lucha de fábrica: el obrero varón sigue siendo la figura central. El movimiento de liberación feminista considera que el campo social es ante todo el hogar *y considera, por lo tanto, que la* mujer *es la figura central de la subversión social. De este modo, la mujer se presenta como contradicción de* su *marco político y reabre toda la cuestión de la perspectiva de la lucha política y de la organización revolucionaria.*

Esta vez, quien «volvió un poco en sí» es toda la población femenina, no tanto «aturdida por el *estruendo de la producción»*[1]*, sino a pesar del estruendo de la ideología de izquierdas* en torno *a la «producción».*

Enero de 1972

Mujeres y subversión social*

Estas observaciones para un intento de definición y de análisis de la «cuestión femenina» identifican la cuestión misma en todo el «rol femenino» tal como la división capitalista del trabajo lo ha producido.

Privilegiamos en estas páginas la figura del «ama de casa» como figura central de este rol. Presuponiendo que todas las mujeres que trabajan fuera de casa siguen siendo también amas de casa. Es decir, a escala mundial, esta especificidad del trabajo doméstico, no sólo como cantidad de horas y tipo de trabajo, sino como calidad de la vida y calidad de las relaciones resultantes, determina la posición de la mujer allá donde se encuentre y cualquiera que sea la clase a la que pertenezca.

El hecho de que hayamos centrado aquí el análisis en la mujer de clase obrera no quiere decir en absoluto que sólo las mujeres de clase obrera estén explotadas. Más bien, pretende remachar que el rol del ama de casa de clase obrera, que consideramos ha sido indispensable para la producción capitalista, es determinante para la posición de todas las demás mujeres. Por ello, todo análisis de las mujeres como casta debe partir del análisis de la posición del ama de casa de clase obrera.

Para llegar a entender así la centralidad de este rol ha resultado indispensable analizar brevemente, ante todo, cómo el capital ha creado la familia moderna y, en

---

[1] K. Marx, *El Capital*, Libro I, Tomo I, Madrid, Akal, 2000, p. 369 [la cursiva es mía].

* M. Dalla Costa, «Donne e sovversione sociale», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James*, cit., pp. 33-71.

ella, al ama de casa, destruyendo el tipo de familia grupal o comunitaria antes existente. Proceso que aún no se ha consumado plenamente.

Aunque hablamos del mundo occidental y de Italia en particular, debemos tener presente que, en la medida en que el modo de producción capitalista también somete bajo su poder de mando a la periferia mundial, en ella se desencadenará, como de hecho ya está sucediendo, el mismo proceso de destrucción. Debemos tener claro asimismo que el tipo de familia que nosotros conocemos hoy en los países occidentales tecnológicamente más avanzados no representa la forma final que la familia puede adoptar en el proceso capitalista. Pero sólo podremos analizar cuáles son las tendencias a partir de un análisis previo de los modos en los que el capitalismo ha creado tanto esta familia como el rol de la mujer, ambos como momentos de un mismo proceso.

Respecto a la figura de la mujer que trabaja fuera de casa, se intentará analizarlo posteriormente en otro trabajo que complete las observaciones que siguen. En estas páginas, sólo queremos apuntar las conexiones entre dos experiencias aparentemente independientes, la del ama de casa y la de la mujer que trabaja fuera del hogar.

Los fenómenos endémicos de lucha de masas que las mujeres han desplegado tras la Segunda Guerra Mundial van directamente contra la organización de la fábrica y del hogar. La «poca fiabilidad» de las mujeres de la que tanto se han quejado los patronos tanto fuera como dentro del hogar ha crecido a gran velocidad a partir de la Segunda Guerra Mundial. Y va directamente contra la fábrica como unidad disciplinante en el tiempo y en el espacio y contra la fábrica social como reproducción de la fuerza de trabajo. Tal tendencia a un mayor absentismo, a un menor respeto de los horarios, a una mayor movilidad, es común a jóvenes y mujeres de clase obrera. Mientras que en los momentos cruciales de la vida de la pareja, el hombre es el único que percibe un salario, en general, las mujeres, al no estar constreñidas con la misma dureza por la relación laboral y al tener que dar prioridad al trabajo doméstico, muestran también inevitablemente una mayor insubordinación a la disciplina del trabajo, obstaculizando el flujo productivo y ocasionando por ello costes más altos. *Ésta es la excusa para salarios discriminatorios que compensan con creces las pérdidas del capital.* Pero justamente esta tendencia (que ha llevado a grupos de mujeres a dejar a sus hijos al cuidado de sus maridos en las fábricas y en las oficinas)[2] es y será cada vez en mayor medida una de las fuerzas determinantes de la crisis del sistema de fábrica y de fábrica social.

En los años más recientes, se han desarrollado, en particular en los países de capitalismo avanzado, una serie de movimientos feministas con distintas connotaciones que van desde el descubrimiento de la cuestión femenina como lucha atávica de natu-

---

[2] Sucedió en Estados Unidos durante la masiva manifestación de mujeres en celebración del Día Internacional de la Mujer en agosto de 1970.

raleza hombre-contra-mujer, entendida como lucha entre especies, hasta la identificación de una cuestión femenina como expresión específica de la explotación de clase.

En la medida en que, en especial a los ojos de las mujeres que han tenido y tienen una experiencia de militancia política, la primera de estas posiciones suscita un gesto de perplejidad, nos parece que hay que poner de inmediato en evidencia que estas mujeres, que forman parte del Movimiento Feminista en su conjunto, constituyen una señal de extrema importancia de la propia exasperación a la que han llegado millones de mujeres en el Movimiento y fuera del Movimiento. Algunas definen su lesbianismo en estos términos (nos referimos en particular a todo lo expresado por corrientes del Movimiento en Estados Unidos): «Hemos empezado a funcionar juntas como mujeres desde el momento en que, justamente en la medida en que nos encontrábamos entre nosotras, ya no podíamos tolerar las relaciones con los hombres, en tanto que no podíamos impedir que tales relaciones se convirtiesen en relaciones de poder en las que estaríamos sometidas de forma inevitable. Con ello, nuestras tensiones y energías se desviaban, nuestro poder se debilitaba y nuestros objetivos se limitaban». A partir del rechazo de estas relaciones, se ha puesto en marcha un movimiento de mujeres *gay* que afirma la posibilidad de una relación libre de la lucha sexual por el poder, libre de la unidad social basada en ataduras ideológicas, y que afirma al mismo tiempo nuestra necesidad de abrirnos a un potencial social y, por lo tanto, sexual más amplio.

Ahora bien, para entender esta exasperación femenina que va desplegándose bajo formas cada vez más amplias, hay que tener claro qué es lo que ha catalizado una crisis así en la estructura de la familia capitalista. La opresión de la mujer, sabemos, no ha empezado con el capitalismo. Con el capitalismo dio comienzo una explotación más intensa de la mujer *como* mujer y se abrió al fin la posibilidad de su liberación.

En la sociedad precapitalista patriarcal, el *hogar* y la *familia* eran los centros de una producción agrícola y artesanal. Con la llegada del capitalismo, se organizó la socialización de la producción en torno a la *fábrica:* los que trabajaran en el nuevo centro productivo –no otro sino la fábrica–, recibirían un salario, los demás, no. Las mujeres, los niños y los ancianos perdieron el poder ligado a la dependencia de la familia de su trabajo, *percibido por ello como social y necesario*. El capital, al destruir la familia y la comunidad como centro productivo, por un lado, trasladaba y centralizaba toda la producción social fundamental en las fábricas y en las oficinas y, por otro, básicamente, se llevaba al hombre de la familia, haciendo de él un trabajador asalariado y echando a sus espaldas la responsabilidad financiera de mujeres, niños, ancianos y enfermos, en una palabra, de todos los que no percibían un salario. Desde ese momento, comenzó también la exclusión del hogar de todos los que no *procreaban* y no *daban servicios a quienes trabajaban a cambio de un salario*. Y, en este sentido, los primeros en verse excluidos del hogar después de los hombres fueron

los niños, que fueron enviados a la escuela. La comunidad precapitalista no sólo dejó de ser centro productivo, sino también centro educativo[3].

En la medida en que los hombres eran los jefes despóticos de la familia patriarcal, basada en una estricta división del trabajo, la experiencia de mujeres, niños y hombres era una experiencia contradictoria que nosotros heredamos. Pero, en la sociedad precapitalista, era inmediatamente evidente que el trabajo de cada miembro de la comunidad de siervos iba dirigido a un objetivo: o bien a la prosperidad del señor, o bien a la propia supervivencia. En esta medida, toda la comunidad de siervos estaba obligada a conformar una unidad de la no libertad, que incluía en igual medida a mujeres, niños y hombres, unidad que el capitalismo hace necesariamente añicos[4]. En este mismo sentido, el *individuo no libre,* la democracia de la *no libertad*[5], entró en crisis. El paso de la servidumbre a la fuerza de trabajo libre separó a los proletarios de las proletarias y a ambos de sus hijos. El patriarca no libre quedó transformado en el trabajador asalariado libre y, sobre la contradictoria experiencia de sexo y generación, se construyó una alienación más honda y, por ello, más subversiva.

Pues bien, detenerse brevemente en esta separación de los niños respecto de los adultos es importante para entender también todo el significado de la separación de la mujer respecto del hombre y para entender cómo la organización de la lucha por parte del Movimiento Feminista en su conjunto no puede tender, incluso en sus formas de subversión más violenta y, por lo tanto, también de rechazo radical de toda relación con los hombres, sino a la superación de la separación basada en la «libertad» del trabajo asalariado.

Los análisis sobre la escuela surgidos durante los últimos años –en particular desde la llegada del movimiento estudiantil– han entendido perfectamente la escuela

---

[3] Lo que equivale a que la palabra «educación» adquiera un significado totalmente nuevo y el trabajo que se está desarrollando ahora en torno a la historia de la educación obligatoria –aprendizaje forzado– es la confirmación de ello. En Inglaterra, en el siglo XIX, a los maestros se les concebía como «policía moral» que podía: (1) condicionar a los niños contra el «delito», esto es, frenar la reapropiación de la clase obrera en la comunidad; (2) destruir el «populacho» y la «calle», la organización de la clase obrera basada en la familia que era todavía una unidad productiva o, por lo menos, una unidad organizativa viva; (3) acostumbrar a la presencia regular y a la puntualidad, tan necesarias para el futuro puesto de trabajo de los niños y niñas y (4) estratificar la clase a través de los títulos y la selección. Al igual que con la propia familia, la transición a esta nueva forma de control social no era directa ni uniforme y era el resultado de fuerzas contradictorias tanto en el seno de la clase como en el seno del capital, como en toda fase de la historia del capitalismo.

[4] El trabajo asalariado se basa en la subordinación de todas las relaciones a la relación de trabajo asalariado. El obrero y la obrera deben entrar como «individuos» en el contrato capitalista, despojados de la protección de las relaciones de parentesco.

[5] Cfr. K. Marx, *Opere filosofiche giovanili* (trad. italiana de Galvano della Volpe), Roma, Editori Riuniti, 1969, p. 44 [ed. cast.: *Escritos de juventud,* México, FCE, 1982].

como lugar de disciplinamiento ideológico y de formación de la fuerza de trabajo y de sus dirigentes. Quizá nunca haya salido a la luz, o al menos no en todo su alcance, lo que antecede a todo esto, es decir, la desesperación habitual de los niños desde el primer día de parvulario, cuando se ven depositados en una clase y sus progenitores se marchan bruscamente. *Pero es justo entonces cuando comienza toda la historia de la escuela*[6]. Y, por lo tanto, en este sentido, los niños de la escuela primaria no son meros apéndices que sólo es posible poner de algún modo en relación con los estudiantes de la enseñanza superior a través de los objetivos de «pagadnos el transporte, comedor y libros gratis», enseñados por los mayores. Entre los niños de la escuela primaria, hijos e hijas de la clase obrera, existe ya una conciencia plena de que la escuela les está poniendo de algún modo contra progenitores y coetáneos y, por lo tanto, hay una resistencia instintiva al estudio y a ser educados. Se trata de la misma resistencia por la que se encierra a los niños negros en colegios diferenciales en Inglaterra[7]. El niño de clase obrera europeo, al igual que el niño de clase obrera negro, ve en el maestro a una persona que le está enseñando algo contra su madre y su padre, no en su defensa como niño, sino como ataque a su clase. El capitalismo es el primer sistema de producción en el que se disciplina y educa a los hijos de los explotados en instituciones organizadas y controladas por la clase dirigente[8].

---

[6] No nos referimos aquí a la estrechez de la familia nuclear, que impide que los niños lleguen fácilmente a establecer relaciones con otra gente; ni a las consecuencias de todo esto, es decir, a la argumentación de los psicólogos de que un condicionamiento apropiado evitaría tales crisis. Nos referimos a toda la organización de la sociedad, de la que la familia, la escuela y la fábrica son compartimentos guetizados. Cualquier tipo de tránsito de un compartimento a otro es un tránsito doloroso. No es posible eliminar el dolor apostando por las relaciones entre un gueto y otro, sino con la destrucción de todos los guetos.

[7] En Inglaterra y en Estados Unidos, los psicólogos Eysenck y Jensen, que están convencidos «desde una perspectiva científica» de que los negros tienen una «inteligencia» inferior a los blancos, *parecen* diametralmente opuestos a educadores progresistas como Ivan Illyich. En realidad, les divide el método, pero les une un único objetivo. Desde luego, los psicólogos no son más racistas que los demás, sólo más oblicuos. La «inteligencia» es la capacidad de aceptar la «razonabilidad» de la posición del enemigo y de forjar sobre ella la propia lógica. Cuando toda la sociedad funciona institucionalmente partiendo del presupuesto de la superioridad racial blanca, estos psicólogos proponen una planificación más astuta, de manera que los niños que aprendan a leer, no aprendan a hacer cócteles molotov. Se trata de un punto de vista razonable, con el que Illyich, preocupado por la categoría del «bajo rendimiento escolar» de los niños (es decir, por el rechazo de la «inteligencia»), puede estar de acuerdo.

[8] Aunque el que administra la escuela sea el capital, el control nunca está dado de una vez por todas, dado el continuo cuestionamiento de los contenidos por parte de los proletarios y por cómo estos hacen cargar al propio sistema capitalista con los costes de la escuela. Por lo tanto, en general, si hay que restablecer el control, hay que restablecerlo en cotas y con características *fabriles* cada vez más estrictas.

Sin embargo, las nuevas políticas educativas fraguadas en estos tiempos son más complejas. Aquí apenas podemos apuntar el impulso que las motiva:

La prueba de que este adoctrinamiento, proveniente de otra clase, iniciado desde el parvulario, está basado en la división de la familia es que los pocos hijos de la clase obrera que llegan a la universidad ya no son capaces de hablar con su comunidad, porque les han lavado el cerebro. Los niños de clase obrera, por lo tanto, son los primeros que resisten y se rebelan de forma instintiva a la escuela y a la educación ofrecida por la escuela, pero sus progenitores les llevan a la escuela y les obligan a la escuela porque se preocupan por que tengan una educación que les evite la cadena de montaje o la cocina a la que ellos están confinados. Si un niño de una familia obrera muestra dotes particulares para el estudio, enseguida toda la familia se concentra en él, le ofrece las mejores condiciones, con frecuencia sacrificando a los demás, esperando y apostando por que ese hijo les saque de la clase a la que pertenecen. En efecto, éste se convierte en el modo por el cual el capital consigue, a través de la esperanza, la ayuda de los progenitores para disciplinar a la nueva fuerza de trabajo.

En Italia, cada vez son menos los progenitores que consiguen mandar a sus hijos a la escuela. La resistencia de los niños a la escuela crece y se difunde cada vez más, aunque no tenga todavía organización alguna.

A medida que crece entre los niños la resistencia a que se les eduque en escuelas, crece también el rechazo *a aceptar la valoración* que el capital hace de su *edad*. Es sabido que los niños quieren todo lo que ven. Hasta aquí esto quiere decir que no han aprendido todavía que para tener cosas hay que pagarlas y que para pagarlas hay

---

a) el rechazo por parte de la juventud de clase obrera de la idea de que la educación prepara para algo que no sea la fábrica, aunque lleven cuello blanco y usen máquinas de escribir y tecnígrafos en lugar de llaves cilíndricas;

b) el rechazo por parte de los jóvenes de clase media del papel de mediadores entre clases y de la personalidad reprimida que requiere el papel de mediador;

c) la exigencia capitalista de una fuerza de trabajo nueva y más diferenciada por salario y *estatus* social;

d) la posibilidad de un nuevo tipo de proceso laboral que intentará despertar el interés del obrero que rechaza la monotonía y la fragmentación de la actual cadena de montaje.

Si los jóvenes rechazan el tradicional «camino hacia el éxito» e incluso el propio «éxito», hay que encontrar nuevas metas a las que puedan aspirar, es decir, gracias a las cuales vayan al colegio y a trabajar. Aparecen sin cesar nuevos «experimentos» de pedagogía «libre», en los que se debe animar a los niños a que participen en la planificación de su formación y en los que debe haber mayor democracia entre docentes y discentes. Creer que esto supone una derrota para el capital, al igual que creer que el disciplinamiento es una victoria, constituye una ilusión: porque en la creación de una fuerza de trabajo manipulada de manera más creativa, el capital no perderá ni un 0,1 por 100 de beneficios. «En efecto –sostienen–, podéis ser más eficaces para nosotros si os abrís vuestro camino, siempre que vuestro camino pase por nuestro territorio». En algunas secciones de la fábrica y de la fábrica social, el lema del capital será cada vez más claramente «libertad y fraternidad para garantizar y extender la igualdad».

que tener un salario y, por lo tanto, también hay que ser adulto. En general, es difícil explicarles por qué no pueden tener esas cosas sin las cuales la televisión les acaba de decir que no pueden vivir.

Pero está sucediendo algo en las novísimas levas de niños y muchachos que hace cada vez más difícil explicarles cuándo se hace uno adulto. Ellos mismos están replanteando sin cesar ese punto tan arbitrario: en el sur de Estados Unidos, durante la década de 1960, los niños de seis años se enfrentaban con los perros policía; hoy nos reencontramos con estos mismos fenómenos en el sur de Italia y en Irlanda, donde los niños actúan como los adultos en las revueltas. Cuando las vicisitudes de los muchachos (y de las mujeres) se reconozcan como parte integrante de la historia, sin duda, verán la luz otros ejemplos de participación de gente muy joven (y de mujeres) en la lucha revolucionaria. La novedad es la autonomía de su participación *contra y a causa* de su exclusión de la producción directa. En las fábricas, los jóvenes rechazan la guía de los más mayores y son la punta de diamante de las revueltas sociales. En las metrópolis, las generaciones salidas de la familia nuclear[9] han producido los movimientos estudiantiles y juveniles que, en términos generales, han empezado a sacudir el orden del poder constituido. En el Tercer Mundo, los jóvenes desempleados están a menudo en las calles antes que la clase obrera organizada en los sindicatos.

Vale la pena referir todo lo que escribía *The New York Times* del 1 de julio de 1971 a propósito de una reunión de profesores convocada porque uno de ellos había recibido una amonestación por haber pegado a un alumno: «Ya no se puede disciplinar a estos elementos irresponsables que aparecen por todas partes con la evidente intención de erosionar toda autoridad social [...] se trata de un complot para destruir los valores sobre los que está construida nuestra civilización y de los que nuestras escuelas son uno de los mejores bastiones».

Hemos querido tratar brevemente la actitud cada vez más extendida de revuelta de los niños y de los muchachos, en especial de la clase obrera y en particular de la población negra, porque pensamos que es algo verdaderamente vinculado con el Movimiento Feminista y que el propio Movimiento Feminista debe tener en cuenta: se trata de la revuelta de los excluidos, de quienes se han visto separados del sistema de producción y expresan con su acción la necesidad de destruir las fuerzas que les impiden una vida social, pero esta vez como individuos.

Las mujeres, los niños y los ancianos se han visto excluidos. La revuelta de unos contra la explotación a través de la exclusión es índice de la revuelta de los otros.

---

[9] La familia nuclear es aquella que una canción estadounidense de los años cincuenta describía como «tú, yo, con el niño somos tres».

En la medida en que el capital se ha llevado al hombre y ha hecho de él un trabajador asalariado, ha creado la escisión entre él y los demás proletarios sin salario, a los que, como no participan de forma directa en la producción social, no se les considera en condiciones de ser sujetos de la revuelta social.

Desde Marx, ha estado claro que el capital ejerce su poder de mando y se desarrolla por medio del salario. El fundamento de la sociedad capitalista es el trabajador asalariado y su explotación directa. No ha estado igualmente claro, ni las organizaciones del movimiento obrero han asumido nunca, que, a través del salario, se organizaba la explotación del trabajador no asalariado. Y que su explotación ha sido si acaso tanto más eficaz en tanto que estaba oculta, mistificada por la ausencia de un salario. Es decir, el salario reunía bajo su mando más prestaciones que las que aparecían en el contrato de fábrica. Por lo tanto, el *trabajo de las mujeres parecía una prestación de servicios personales exterior al capital.* Se pensaba que la mujer sufría el chovinismo masculino, que era maltratada porque el capitalismo significa en general «injusticia» y su maltrato tenía que ver con «gente mala e irracional»; los pocos hombres que llegaron a advertir este maltrato se convencieron por otro lado de que se trataba de una «opresión» y no de «explotación». Pero la palabra «opresión» encubría otro aspecto, más endémico, de la sociedad capitalista. El capital no había excluido a los niños de la casa enviándoles a la escuela sólo porque fueran una traba para el trabajo más «productivo» de otros o sólo para adoctrinarles. El poder de mando capitalista por medio del salario se despliega como coerción para todo individuo apto para funcionar bajo la ley de la división del trabajo de maneras directa o indirectamente productivas, todas dirigidas a catalizar la extensión en el tiempo y en el espacio del dominio capitalista. Éste es, en esencia, el significado de la escuela. Por lo que se refiere a *los niños, su trabajo parece consistir en aprender por su propio bien.*

Los niños proletarios se han visto todos obligados en la escuela a la misma educación: en esto consiste la homologación capitalista frente a las posibilidades infinitas del aprendizaje. La mujer, por otro lado, se ha visto aislada en el hogar, obligada a desarrollar un trabajo considerado no cualificado, el trabajo de hacer nacer, criar, disciplinar y servir a la fuerza de trabajo de cara a la producción. En el ciclo de la producción social, su papel ha seguido siendo invisible, porque lo único visible es el producto de su trabajo, *el obrero.* Ella se ha visto, por lo tanto, encerrada en condiciones precapitalistas de trabajo y nunca ha percibido un salario a cambio.

Y cuando decimos «condiciones precapitalistas de trabajo», no aludimos sólo a las mujeres que utilizan la escoba para barrer, sino que ni la más equipada de las cocinas estadounidenses tiene nada que ver con el nivel de desarrollo tecnológico actual; a lo sumo, puede estar en relación con el del siglo XIX. Sin percibir una paga por horas, nadie, por lo menos dentro de ciertos límites, controla cuánto tiempo de-

dica a desarrollar su trabajo. El trabajo doméstico, de hecho, no sólo es diferente desde el punto de vista *cuantitativo,* sino también *cualitativo*. La diferencia cualitativa reside justamente en el tipo de mercancía, la fuerza de trabajo, que este trabajo tiene como objeto producir.

Dentro del sistema capitalista, la productividad del trabajo no crece a menos que haya un enfrentamiento entre capital y clase. La innovación tecnológica y la cooperación son al mismo tiempo momentos de ataque para la clase y de respuesta capitalista. Pero si esto es verdad para la producción de *mercancías en general,* no lo es para la producción de esa *particular mercancía que es la fuerza de trabajo.*

Si la innovación tecnológica puede bajar el umbral del trabajo necesario y la lucha obrera en la fábrica puede utilizar la innovación tecnológica para ganar horas libres, esto no puede ser correspondientemente cierto para el trabajo doméstico: una mecanización mayor de los trabajos domésticos no «libera» horas para la mujer, en la medida en que ésta debe, en una situación de aislamiento, procrear, criar y mantenerse al cargo de los hijos. La mujer está siempre de turno porque no existen máquinas que hagan y cuiden a los niños[10].

Una productividad más alta del trabajo doméstico, a través de la mecanización, sólo puede concernir, pues, a determinados servicios: cocinar, lavar, limpiar. La jornada laboral de la mujer, por lo tanto, es ilimitada no porque la mujer no tenga máquinas, sino porque está aislada[11].

Con la llegada del modo de producción capitalista, por lo tanto, la mujer se vio relegada a una situación de aislamiento, encerrada en la celda familiar, dependiente en todos los sentidos del hombre. Se le negaba la nueva autonomía salarial, a la par que se la constreñía a un estadio precapitalista de dependencia personal, más brutal

---

[10] No ignoramos en absoluto los actuales intentos para llegar a los hijos en probeta. Pero, a día de hoy, estos mecanismos pertenecen por completo a una ciencia y a un control capitalistas. Su utilización iría en su totalidad dirigida contra nosotras y contra la clase. No nos interesa *abdicar* de la procreación para dejarla en manos enemigas. Nos interesa conquistar una libertad de procreación que no se pague ni al precio del *salario* ni al de la *exclusión social.*

[11] En la medida en que sólo los «cuidados humanos», y no la innovación tecnológica, pueden criar a los niños, la *verdadera liberación* del tiempo de trabajo doméstico, el *cambio cualitativo del trabajo doméstico,* sólo puede provenir de un movimiento de mujeres, de la lucha de las mujeres: cuanto más crece el Movimiento, menos pueden los hombres, empezando por los militantes políticos, contar con la vigilancia femenina de los niños. Y, al mismo tiempo, el nuevo ambiente social que construye el Movimiento ofrece a los niños un espacio social, en el que tanto los hombres como las mujeres se identifican y que no tiene nada que ver con los jardines de infancia estatales. Éstos son ya resultados que constatamos a partir de la existencia del Movimiento. Justamente en tanto que *resultados* de un movimiento, de un movimiento que es, por naturaleza, lucha, no tienen nada que ver con *propósitos* de sustituir la propia lucha por un tipo cualquiera de cooperación. Se trata ya de victorias de la lucha.

ahora en tanto que entraba en contradicción con un tipo de producción organizado predominantemente a gran escala, con un alto grado de socialización.

La aparente incapacidad femenina para hacer determinadas cosas, para entender determinadas cosas, y ante todo la política, tiene aquí el origen de su historia, que es una historia muy parecida, en determinados aspectos, a la de las clases diferenciales o a la de los colegios para subnormales. Por lo tanto, en la medida en que la mujer se ha visto excluida de una producción directa y socializada y ha quedado aislada en el hogar, se le ha arrebatado toda posibilidad de vida social y, por lo tanto, de conocimiento y de educación social, exceptuando el ámbito de las relaciones de vecindad.

Aislada en el hogar, la mujer se ha visto así privada de la amplia experiencia de organización de la planificación colectiva de las luchas de fábrica y de las luchas de masas en general. Se le ha negado, pues, la fuente esencial de educación social, la experiencia de la revuelta social, que es la primera experiencia de la que se pueden aprender las capacidades propias, es decir, el poder propio, y la capacidad, por lo tanto el poder, de la clase a la que se pertenece. A través de este aislamiento que se le ha impuesto, se ha creado, pues, el mito en la sociedad y entre las propias mujeres de la incapacidad femenina.

Este mito ha ocultado ante todo que la incesante organización informal de las mujeres era condición necesaria para que los obreros de fábrica organizasen luchas de masas en el campo social, huelgas por los alquileres, luchas por los costes en general y, por lo tanto, que, en las luchas dentro del ciclo de la producción directa, el apoyo y la organización, formal e informal, de las mujeres fueron decisivos. Esta red femenina permanente surge y se organiza en los momentos cruciales justamente a través del talento, la energía y la fuerza de la «mujer incapaz». Pero el mito no muere. Cuando las mujeres podrían gritar victoria junto con los hombres –por haber sobrevivido durante el desempleo o haber sobrevivido y ganado durante la huelga–, las conquistas pertenecen a la clase «en general». Rara vez, en la mejor de las hipótesis, obtienen las mujeres algo para sí mismas, rara vez, en la mejor de las hipótesis, tiene la lucha un objetivo que modifique de algún modo la estructura de poder del hogar y sus relaciones con la fábrica: haya huelga o desempleo, «el trabajo del hogar nunca se acaba».

Nunca, hasta la llegada del capitalismo, significó la destrucción de la mujer como persona también y de inmediato semejante laceración de su *integridad física*. Las sexualidades femenina y masculina conocieron antes del desarrollo capitalista una serie de articulaciones, regímenes y condicionamientos. Conocieron también métodos eficaces de control de la natalidad que han desaparecido de manera inexplicable. El capitalismo construye la familia como núcleo que subordina la mujer al hombre en tanto que, al no participar ésta en la producción social, no se presenta de forma autónoma en el mismo mercado de trabajo. Por consiguiente, al igual que castra todas sus posibilidades de invención y de desarrollo de una actividad laboral, castra todas sus posibilidades de autonomía sexual, psicológica y emocional.

Como decíamos, nunca se había producido una laceración tal de la integridad física de la mujer, del cerebro al útero. No es lo mismo participar juntos en la construcción del tren, del coche o del avión que menear sola durante siglos la misma escoba en los mismos metros cuadrados de cocina.

Y éste no es un llamado a la gestión común, hombres y mujeres, de la construcción de los aviones. Se trata más bien de asumir que la diferencia entre las dos historias no sólo determina diferencias en las formas actuales de lucha, sino que saca también por fin a la luz las diferentes formas, durante mucho tiempo invisibles, que las luchas de las mujeres adoptaron en el pasado.

Como decíamos, a la mujer se le arrebata también, enteramente, la vida sexual para trocarla en función reproductiva de la especie o, mejor dicho, en función reproductiva de la fuerza de trabajo: las mismas observaciones que hacíamos respecto al nivel tecnológico de desarrollo de los servicios domésticos valen respecto a la investigación anticonceptiva (y cabe decir que también respecto a todo el campo de la ginecología), totalmente aparcada hasta fechas muy recientes, mientras pesaba sobre la mujer la obligación de engendrar, expresada también en la prohibición precisa de abortar en caso de que, como era previsible, fallaran las técnicas anticonceptivas más rudimentarias.

A través de esta laceración general de la figura de la mujer, el capital ha empezado a construir el «rol femenino» y ha hecho del hombre en la familia el mediador y gestor de tal laceración: el hombre, en tanto trabajador asalariado y cabeza de familia, se ha convertido, así, en el instrumento específico de esa explotación específica que es la explotación de la mujer. Podemos entonces explicar el punto de degeneración al que ha llegado la relación hombre-mujer justamente por la fractura que el sistema ha abierto entre hombre y mujer, subordinando a ésta como objeto o como «complemento» del hombre. A la luz de tal fractura, entendemos la explosión de tendencias dentro del Movimiento Feminista en las que las mujeres quieren dirigir la lucha contra los hombres en cuanto tales[12] y no piensan gastar más energías ni siquiera en afrontar relaciones sexuales con ellos, hasta tal punto cada una de estas relaciones se presenta una y otra vez como algo frustrante. Una relación de poder obstaculiza toda posibilidad de afectividad sexual y de intimidad. Entre hombres y mujeres, el poder, con sus prescripciones, *domina* la afectividad sexual y la intimidad. La relación entre *gays* representa, en este sentido, el mayor intento de desvincular sexualidad y poder a escala de masas.

Pero la homosexualidad en general está también arraigada en la propia estructura de la sociedad capitalista: las mujeres en el hogar y los hombres en las fábricas o

---

[12] Es imposible decir por cuánto tiempo seguirán estas tendencias constituyendo una fuerza impulsora del Movimiento y cuándo podrían convertirse en una fuerza contraria.

en las oficinas, separados unas de los otros durante todo el día; o una típica fábrica femenina con 1.000 mujeres y 10 jefes de sección varones; o una sección de reproducción documental (de mecanógrafa*s* naturalmente) que trabajan para 50 profesionales varones. Todo esto es ya estructura homosexual de la vida.

El capital, mientras eleva la heterosexualidad a religión, torna al mismo tiempo imposible en la práctica que hombres y mujeres estén física y emocionalmente en contacto y limita la heterosexualidad a disciplina sexual, económica y social.

Creemos que ésta es una realidad de la que hay que partir. La explosión de estas tendencias *gays* ha sido y es importante para el propio Movimiento, porque plantea la urgencia de recuperar justamente una especificidad de la lucha feminista y, por lo tanto, de esclarecer en todo su alcance todos los aspectos y el lugar de la explotación femenina.

Llegadas a este punto, querríamos empezar a desescombrar el terreno de determinado punto de vista que, sin embargo, la ortodoxia marxista, en especial en la ideología y en la práctica de los denominados partidos marxistas, ha dado siempre por descontado: a saber, la idea de que, para la mujer, la exterioridad de la producción social o, mejor dicho, del ciclo productivo organizado socialmente, comportaba también la exclusión de la productividad social. A decir verdad, siempre se ha considerado que el rol femenino era el rol de una personalidad subordinada desde el punto de vista psicológico, fuera de la producción o empleada fuera del hogar en una medida marginal, pero en esencia proveedora en el hogar de una serie de valores de uso de carácter precapitalista.

Éste no dejaba de ser también el punto de vista de Marx quien, al observar entre otras cosas todo lo que les sucedía a las mujeres que trabajaban en la fábrica, concluye que estaban mejor en casa. Estar en casa, además, se considera que es llevar una vida más moral, pero nunca aparece claramente la verdadera naturaleza de este rol en el hogar.

Algunos tuvieron más tarde ocasión de observar que las mujeres de Lancashire, esposas de los obreros del algodón y empleadas también ellas en la manipulación del algodón, eran muy libres sexualmente y recibían la ayuda de los hombres en las tareas domésticas. Mientras que, en Yorkshire, zona carbonífera, donde las mujeres participaban solo en un pequeño porcentaje en la extracción del carbón, cocinaban mejor y estaban también más dominadas por la figura del marido.

En otras palabras, incluso quienes han sido capaces de definir la explotación de las mujeres en la producción socializada, luego no han entendido con igual claridad la posición de explotación de la mujer dentro del hogar; los hombres están demasiado comprometidos en la relación de poder con las mujeres, con lo que sólo las mujeres pueden definirse a sí mismas y sublevarse y luchar.

Hay que aclarar, por lo tanto, que, dentro del salario, el trabajo doméstico no sólo tiene una función esencial en la producción de plusvalor, y no un mero valor de uso, sino que lo mismo sucede con la construcción del rol femenino en su conjunto como rol de personalidad subordinada en todos los planos, físico, psicológico y ocupacional, que ha tenido y tiene un lugar preciso en la división del trabajo capitalista, en la persecución de la productividad a escala social[13].

Analicemos con más precisión este rol femenino como fuente de productividad social, ante todo en la familia.

A)

Dentro de la definición del trabajo asalariado, se ha afirmado más de una vez que la mujer no es productiva con el trabajo doméstico. Es cierto exactamente lo contrario, si se piensa en la enorme cantidad de servicios sociales que la organización capitalista transforma en actividad privada, poniéndolos bajo la responsabilidad de la mujer en el hogar. El trabajo doméstico no es en absoluto femenino. Ninguna mujer se realiza o se cansa menos que un hombre lavando y limpiando. Éstos son servicios sociales en tanto que sirven a la reproducción de la fuerza de trabajo. Y el capital, justamente al instituir su estructura familiar, ha «liberado» al hombre de estas funciones para dejarlo del todo «libre» para la explotación *directa,* es decir, libre para ganar lo bastante como para que la mujer lo reproduzca como fuerza de trabajo[14]. Esto es, ha construido trabajadores asalariados en la medida en que ha conseguido poner estos servicios bajo responsabilidad de la mujer en la familia, controlando a través de este proceso la entrada de la fuerza de trabajo femenina en el mercado de trabajo. En Italia, las mujeres aún son necesarias en el hogar y el capital sigue necesitando este tipo de familia. En el estadio actual de desarrollo, en Europa en general y en Italia en particular, el capital sigue prefiriendo importar como fuerza de trabajo a millones de

---

[13] En una primera lectura desde el Reino Unido y Estados Unidos, ha habido a quienes les ha parecido que esta definición del trabajo doméstico debería ser más precisa. Puede que sea útil aclararlo también para las lectoras italianas. Lo que hemos querido decir en concreto es que el trabajo doméstico es trabajo *productivo* en sentido marxiano, es decir, trabajo que produce plusvalor. Hablamos a continuación de la productividad del rol femenino en su conjunto. Para exponer con mayor claridad aún la productividad de la mujer, tanto en relación con su trabajo como en relación con el rol que desempeña en su totalidad, remitimos a un próximo documento en el que estamos trabajando. En él, se explica de manera más clara la posición de la mujer desde el punto de vista del conjunto del ciclo capitalista.

[14] Véase el «Prefacio»: la fuerza de trabajo es «una extraña mercancía, porque no es una cosa. La capacidad de trabajar reside únicamente en el ser humano, cuya vida el proceso productivo consume [...] *Describir esta producción y reproducción* (de la fuerza de trabajo) *es describir el trabajo de la mujer*».

hombres de las áreas subdesarrolladas y dejar a las mujeres en casa[15]. Y las mujeres son útiles en casa no sólo porque desempeñen las tareas del hogar *sin salario ni huelga,* sino porque, en casa, acogen siempre a los miembros que cada tanto las crisis de empleo expulsan. La familia, ese lecho materno siempre acogedor en el momento de la necesidad, ha sido durante mucho tiempo la mejor garantía de que los parados no se transformen inmediatamente en millones de *outsiders* [parias] rebeldes.

Los partidos del movimiento obrero se han cuidado mucho de plantear el problema del trabajo doméstico, de acuerdo con su consideración de la mujer como figura inferior incluso en la fábrica. Plantearlo, de hecho, hubiera significado desafiar toda la plataforma de construcción del sindicato, basada (a) sólo en la fábrica, (b) sólo en la jornada laboral mensurable y «pagada», (c) sólo en esa parte del salario que se da y no en esa parte del salario que se sustrae a través de la inflación. Los partidos del movimiento obrero siempre han empujado a la mujer a postergar su liberación a un mañana hipotético, subordinado a las conquistas que arranquen para «sí» los hombres, limitados en el alcance de sus luchas por estos partidos.

En realidad, cada etapa de la clase ha llevado la subordinación y la explotación femeninas a cotas más elevadas. La propuesta de una pensión para las amas de casa[16] –no se entiende entonces por qué no también un salario para las amas de casa– no hace sino revelar la total voluntad de los susodichos partidos de institucionalizar la actual condición femenina.

Ninguna de nosotras cree que la emancipación, la liberación, se produzca a través del trabajo. El trabajo siempre es trabajo, tanto en casa como fuera. La autono-

---

[15] Esto choca no obstante con la tendencia a introducir de hecho a las mujeres dentro de la industria, pero en sectores particulares. Diferentes necesidades del capital dentro de la misma área geográfica han producido propagandas y praxis políticas diferentes e incluso contrarias. Mientras que en el pasado la estabilidad de la familia se había basado en una mitología relativamente estable –con lo que las praxis políticas y la propaganda se mantenían uniformes y sin discusión oficial–, en la actualidad las diferentes áreas capitalistas se contradicen entre sí y minan la definición de familia como unidad estable, inalterada y «natural». Un clásico ejemplo de esto es la variedad de puntos de vista y de políticas demográficas para el control de la natalidad. En estos precisos momentos, el gobierno británico ha duplicado la asignación de fondos a este objetivo. Debemos analizar en qué medida esta nueva política está conectada con una política racista de la inmigración y, por lo tanto, con la manipulación de las fuentes de fuerza de trabajo adulta; y hasta qué punto es consecuencia de la creciente erosión de la ética del trabajo, que desemboca en los movimientos de parados y de madres sin recursos, y tiene como objetivo el control de aquellos nacimientos que contaminan la pureza del capital con niños revolucionarios.

[16] En Italia, ésta es la política, entre otros, del Partido Comunista, que durante algunos años promovió una propuesta de ley que preveía una pensión para las amas de casa a los 55 años. Huelga decir que no fueron más que palabras. Son tiempos duros. En 1971, el ministro Piccoli podía aludir humildemente a unas prestaciones por desempleo más decentes. En 1972, el pan está ligado de forma cada vez más estricta al trabajo, en el sentido nixon-andreottiano.

mía salarial es ser individuo para el capital, no menos en el caso de las mujeres que en el de los hombres. Quienes pretenden que la liberación de la mujer de clase obrera estriba en la posibilidad de encontrar trabajo fuera de casa no están descubriendo más que una parte del problema, no la solución. La esclavitud en la cadena de montaje no es ninguna liberación de la esclavitud del fregadero de la cocina. Quienes lo niegan, niegan también la esclavitud de la cadena de montaje, probando una vez más que si no se sabe hasta qué punto están explotadas las mujeres, no se sabe realmente hasta qué punto lo están los hombres. Pero esta cuestión es tan crucial para el Movimiento Feminista que la trataremos aparte. Lo único que hay que aclarar de momento aquí es que, al no corresponderles un salario en un mundo organizado de forma capitalista, la figura del patrón se difumina detrás de la del marido. Éste parece el único destinatario de los servicios domésticos y eso da una connotación ambigua y esclavista al trabajo del ama de casa. El marido, los hijos, con su participación afectiva, con su chantaje afectivo, se convierten en los primeros controladores, en los primeros jefecillos de este trabajo.

El marido tiende a leer el periódico y a esperar que la cena esté lista, incluso cuando su mujer trabaja con él y vuelve a casa con él. Está claro que la especificidad de la explotación representada por el trabajo doméstico requerirá una especificidad de la lucha, de la lucha feminista, justamente, *dentro de la familia*.

Por otro lado, si no se tiene del todo claro que precisamente esta familia es el pilar de la organización capitalista del trabajo, si se comete el error de considerarla una superestructura que se modificará en las distintas fases de la lucha de fábrica, estaremos haciendo el camino de una revolución claudicante, que perpetuará y acrecentará cada vez más una *contradicción fundamental dentro de la lucha de clases y funcional al desarrollo capitalista*. Perpetuaremos el error de considerarnos amas de casa proveedoras de valores de uso, de considerarnos amas de casa y, como tales, exteriores a la clase. Mientras se considere que las amas de casa son exteriores a la clase, la lucha de clases se verá en todo momento y en cualquier punto obstruida, frustrada y sustraída a la plenitud de sus objetivos prácticos.

Excede el objetivo de estas primeras observaciones desarrollar este punto más extensamente. Ahora bien, denunciar el trabajo doméstico como forma encubierta de trabajo productivo abre una serie de interrogantes en relación con los objetivos de lucha, con las formas de lucha.

A decir verdad, la demanda inmediata que se deriva de ello, «salario para el trabajo doméstico»[17], implica sublevarse desde una perspectiva en la que las formas de

[17] En la actualidad, la demanda de un salario para el trabajo doméstico se está viendo impulsada de forma cada vez más amplia y con menor oposición en el Movimiento Feminista, tanto en Italia como en el exterior. Desde los tiempos de la primera redacción de este documento (junio de 1971), el debate se

lucha rompen en el acto toda la estructura del trabajo doméstico. Rechazarlo de inmediato, rechazar el rol de amas de casa, rechazar el hogar como gueto para la propia existencia. El punto de partida *no es* cómo hacer *las tareas* domésticas de forma más eficaz, sino encontrar una posición protagonista en la lucha; es decir, ya no se busca una productividad mayor del trabajo doméstico, sino un *carácter subversivo mayor de la lucha.*

Invertir en el acto la relación tiempo de trabajo doméstico y tiempo no dedicado al trabajo doméstico: no hace falta planchar las sábanas ni las cortinas, ni tener los suelos resplandecientes, ni quitar el polvo todos los días. Y, sin embargo, muchísimas mujeres lo hacen. Desde luego, no porque sean estúpidas. Nos remitimos al parangón establecido antes con los colegios diferenciales. Lo hacen porque esas tareas son las únicas en las que pueden realizar su identidad, desde el momento en que, como decíamos, la producción capitalista las ha expulsado del proceso de producción organizado socialmente.

Pero la exclusión de este proceso no comporta de forma automática la exclusión de la lucha organizada socialmente: una lucha que exige sustraer tiempo al trabajo doméstico, pero que ofrece al mismo tiempo una alternativa de identidad a la mujer que antes sólo la encontraba en el ámbito del gueto doméstico. En la socialidad de la lucha, la mujer descubre y ejerce un poder que, de hecho, le da una nueva identidad. *Identidad que, justamente, no puede consistir sino en una nueva cota de poder social.*

---

ha profundizado y se han superado muchas incertidumbres que se debían a la novedad de la discusión. Pero, sobre todo, el peso de las necesidades de las mujeres proletarias no sólo ha radicalizado las demandas del Movimiento, sino que nos ha dado más fuerza para impulsarlas. La demanda de salario para el trabajo doméstico le da una indicación de lucha y una dirección en términos organizativos, en cuyo marco opresión y explotación, situación de casta y de clase, se encuentran indisolublemente ligadas. La constante traducción práctica de esta perspectiva es la tarea que el Movimiento ha afrontado en estos últimos años y está afrontando de forma cada vez más amplia en Italia y en otros lugares. En Italia, en particular, el rechazo del trabajo doméstico ha llevado también a una negociación diferente del trabajo extradoméstico por parte de las mujeres. Sectores femeninos, hasta ahora ignorados de forma más o menos consciente por el sindicato, se han visto sacudidos por focos de lucha que han obligado a éste no sólo a dejarse ver, sino incluso a gestionar la negociación de una serie de exigencias muy concretas. Además, mujeres de sectores tradicionalmente sindicalizados han logrado que se introduzca el trabajo doméstico en las plataformas reivindicativas locales, ya sea bajo la forma de una denuncia de este trabajo no pagado que están obligadas a desempeñar por añadidura al otro o, directamente, bajo la forma de reivindicaciones concretas. En todo caso, en todas partes, la espiral de rechazo del trabajo doméstico desencadenada por las mujeres en los hogares ha alcanzado también, como es lógico, al trabajo doméstico en los puestos de trabajo extradomésticos: encargos para el patrón, limpieza de las oficinas, etc. La demanda de salario para el trabajo doméstico, que se extiende cada vez más en Italia y en el exterior, ha dado fuerza a estas luchas, así como el nuevo nivel de organización implantado en estas luchas se ha convertido en momento de fuerza para el rechazo del propio trabajo doméstico en los hogares.

Tal posibilidad de lucha en el campo social no surge sino del carácter socialmente productivo de la actividad de la mujer en el hogar. Y no son sólo o sobre todo los servicios desempeñados en el hogar los que hacen que el rol femenino sea productivo desde el punto de vista social. El capital puede mejorar tecnológicamente estos servicios. Lo que el capital por el momento no está dispuesto a hacer, por lo menos en Italia, es hacer estallar la condición de ama de casa como sostén de la familia nuclear. Y, por este motivo, no esperemos la automatización de las tareas domésticas porque no llegará nunca, porque el mantenimiento de la familia nuclear es incompatible con la automatización de estos servicios. Para automatizarlos de verdad, el capital debería destruir la familia bajo su forma actual, es decir, debería socializar para poder automatizar.

Pero sabemos perfectamente lo que son las socializaciones capitalistas. Son siempre en el mejor de los casos lo contrario de la Comuna de París.

Tales socializaciones determinarían un nuevo salto en la organización capitalista, como puede ya presentirse en Estados Unidos o, en general, en los países de capitalismo avanzado, en el sentido de destruir el aislamiento precapitalista de la producción en el hogar, reconstruyendo una familia que reflejaría más de cerca la igualdad capitalista y su poder de mando a través del trabajo cooperativo; es decir, de trascender la «incompletitud» del desarrollo capitalista, cuyo sostén sigue siendo la mujer «no libre», y reconstruir una familia que reflejaría más de cerca su función de reproducción de la fuerza de trabajo.

Volviendo, pues, a todo lo que decíamos antes, las mujeres, las amas de casa, al identificarse con el hogar, tienden a una especie de perfeccionismo laboral. Es de sobra conocido el dicho de «si se quiere, en una casa, siempre hay cosas por hacer».

No ven más allá de las cuatro paredes porque la condición de ama de casa, como modo de trabajo precapitalista y, por consiguiente, la propia feminidad que les han construido hace que el mundo, los demás, toda la organización del trabajo, les parezca algo difuso y, en esencia, desconocido, no vivido, a las espaldas del marido, de ese marido que cada día sale y se encuentra con esa otra cosa. Las mujeres deben, pues, invertir esta relación tiempo-de-trabajo-doméstico y tiempo-no-dedicado-al-trabajo-doméstico y empezar a salir de casa, partiendo justamente de la voluntad de romper el rol de amas de casa, para empezar a encontrarse con las demás mujeres, no como vecinas de casa y amigas, sino como compañeras de trabajo y de lucha contra el trabajo, rompiendo esa especie de rivalidad privada femenina y reconstruyendo una solidaridad feminista: no solidaridad defensiva del *statu quo,* sino solidaridad para el ataque, para la organización de la lucha.

Solidaridad común contra el trabajo común. Del mismo modo, las mujeres deben dejar de encontrarse con el marido y los hijos como amas de casa, es decir, en la mesa del almuerzo y de la cena, después de su regreso.

Justamente en tanto que el conjunto de la organización capitalista presupone el hogar, cualquier lugar de lucha fuera del hogar tiene un punto débil de cara a un posible ataque feminista: las asambleas de fábrica, las asambleas estudiantiles, las reuniones de barrio, son todos ellos lugares igualmente adecuados para la lucha feminista: y, por lo tanto, para el encuentro-enfrentamiento, si se quiere, mujeres-hombres, todos como individuos y no como madre y padre, hijo e hija, con todas las posibilidades de hacer estallar fuera de la familia las contradicciones, las represiones, las frustraciones que el capital ha querido acumular dentro de la misma.

Que las mujeres pidan en una asamblea de fábrica que sea abolido el turno de noche porque de noche quieren hacer el amor además de dormir, y no es lo mismo hacerlo de día cuando la mujer trabaja de día, quiere decir plantear el propio interés autónomo feminista subjetivo contra la organización del trabajo, negándose a ser las mamás insatisfechas del marido y de los hijos.

Pero, en este encuentro-enfrentamiento en el que las mujeres expresan su interés feminista específico, tal interés no está, como se ha dicho, separado del interés de clase, ni es ajeno a él. Durante demasiado tiempo, los partidos políticos, en especial de izquierdas, y los sindicatos han determinado y restringido el ámbito de la lucha de clases. Hacer el amor y rechazar el trabajo nocturno para tener la posibilidad de hacer el amor es *interés de clase.* Indagar por qué son las mujeres y no los hombres las que plantean la cuestión es si acaso arrojar nueva luz sobre el conjunto de la historia de la clase.

Encontrarse con los propios hijos e hijas en una asamblea de estudiantes significa descubrirlos como individuos que hablan en medio de otros individuos y significa presentarse ante ellos como individuos.

Casi todas las mujeres han abortado y muchísimas han parido. No se entiende por qué no pueden expresar su punto de vista como mujeres incluso antes que como estudiantes en una asamblea de medicina. Y no mencionamos la Facultad de Medicina por casualidad: en las aulas estudiantiles y en las clínicas podemos ver una vez más no sólo la explotación de clase en virtud de la cual sólo se utiliza de cobayas para la experimentación a los pacientes de sala; sino que las mujeres son, específicamente, el primer objeto de experimentación y de desprecio sexual, de sadismo y de arrogancia profesional de los doctores.

En definitiva, esta explosión de movimiento resulta esencial como expresión de la especificidad de los intereses femeninos, castrados hasta ahora por la organización familiar capitalista, intereses que deben plantearse en cualquier lugar en el que se apele a su supresión, por la sencilla razón de que la explotación general de clase se ha podido construir gracias a la mediación específica de la explotación femenina.

Y, entonces, como Movimiento Feminista, hay que recuperar toda la especificidad de la situación de tal explotación, esto es, recuperar toda la especificidad del interés feminista en la gestión de la lucha.

Cualquier ocasión es buena: las amas de casa de las familias desahuciadas pueden aducir que el trabajo de ama de casa ha pagado con creces los meses de alquiler no pagados (en la periferia de Milán muchas familias han probado ya esta forma de lucha).

Los electrodomésticos son algo grande y hermoso, pero, para los obreros, intentar procurarse muchos supone tiempo y trabajo. Que cada salario tenga que comprarlos todos es una carga y presupone que cada ama de casa debe manejarlos todos sola. Lo que implica la congelación de su condición de ama de casa en un estadio más elevado. ¡La suerte siempre viene acompañada!

El problema no es tener un comedor. Recordemos además que el capital primero hace la Fiat y luego el comedor.

Por lo tanto, pedir un comedor para el barrio desvinculado de una práctica global de lucha contra la organización del trabajo, contra el tiempo de trabajo, corre el riesgo de impulsar un nuevo salto que, a escala de barrio, someta en realidad a las mujeres en algún trabajo tentador para tener luego la posibilidad de comer todas en el comedor al mediodía una comida asquerosa.

Que quede claro que no es éste el comedor que se quiere, ni tampoco son éstos, en este mismo sentido, los jardines de infancia que se quieren[18]. Queremos también comedores, y también jardines de infancia, y también lavadoras y lavaplatos, pero queremos asimismo comer entre cuatro personas cuando tengamos ganas y tener tiempo para estar con los niños y con los ancianos y con los enfermos cuando y donde queramos; y «tener tiempo» se sabe que quiere decir trabajar menos y tener tiempo para poder estar más con los hombres quiere decir que también ellos deben trabajar menos. Y tener tiempo para estar con los niños, con los ancianos y con los enfermos no

---

[18] Ha habido algunos malentendidos con respecto a lo que hemos dicho a propósito de los comedores. Han surgido confusiones análogas en la discusión tanto en Italia como en otros países a propósito del salario para el trabajo doméstico. Tal como hemos explicado con anterioridad, el trabajo doméstico está institucionalizado, al igual que el trabajo de fábrica, y nuestro fin último es destruir ambas instituciones. Pero, más allá de la demanda concreta que se discuta, se malentiende qué es una demanda. Es un objetivo que no representa sólo algo, sino, al igual que el capital en todo momento, representa en esencia un estadio del antagonismo de las relaciones sociales. El que los comedores o el salario que consigamos sean una victoria o una derrota depende de la fuerza de nuestra lucha. De esta fuerza depende que el objetivo sea una oportunidad para que el capital organice de forma más racional el poder de mando sobre nuestro trabajo o una oportunidad para que nosotras debilitemos su posesión de tal poder de mando. La forma que adopte el objetivo cuando lo obtengamos, el que se trate de salario o de comedores o de acceso a métodos de control de la natalidad, surge y se crea de hecho en la lucha y registra la cota de poder que hemos alcanzado en esa lucha.

quiere decir poder correr a hacer una visita rápida a esos garajes de niños que son las guarderías o a los asilos de ancianos o a las residencias de minusválidos, sino que quiere decir que nosotras, que hemos sido las primeras excluidas, tomemos la iniciativa de esta lucha para que todas estas personas, igualmente excluidas, niños, ancianos, minusválidos, participen de la riqueza social para poder estar con nosotras y con los hombres, entre nosotros, de forma tan autónoma como queremos estar nosotras mismas; porque su exclusión del proceso social directamente productivo, de la vida social, al igual que la nuestra, es producto de la organización capitalista.

Por consiguiente, rechazamos el trabajo del hogar como trabajo femenino, como trabajo impuesto, que las mujeres nunca han inventado, que no ha estado nunca pagado, que nos han obligado a gestionar con tiempos absurdos (doce, trece horas al día) para forzarnos a permanecer en el hogar.

Salgamos de casa: rechacemos el hogar en la medida en que queremos unirnos con las demás mujeres para luchar contra todas las situaciones que presuponen que las mujeres están en casa, para conectarnos con todas las situaciones que presuponen que la gente se queda en guetos, ya sea el gueto del jardín de infancia, del colegio, del hospital, del asilo o de las zonas chabolistas. Abandonar el hogar es ya una forma de lucha, porque así estos servicios sociales ya no se desarrollarán en esas condiciones y, necesariamente, todos los que trabajan pedirán que el capital los organice, que recaiga sobre él tal carga: con tanta mayor violencia cuanto más violento, decidido y masificado sea este rechazo del trabajo doméstico por parte de las mujeres.

La familia obrera es el punto más difícil de romper. Porque es el sostén del obrero como obrero y, por el mismo motivo, el sostén del capital. *Porque de esta familia depende el sostén de la clase, la supervivencia de la clase, pero a expensas de la mujer, contra la propia clase.* La mujer dentro de esta familia es la sierva del obrero y su prestación garantiza la explotación del hombre que depende de ella. Al igual que el sindicato, la familia protege al obrero pero al mismo tiempo garantiza que tanto él *como ella* no sean nunca otra cosa que obreros. Y éste es el motivo por el que la lucha de las mujeres de clase obrera contra la familia es decisiva.

Abandonar el hogar, decíamos, es una forma de lucha. Encontrarse con las demás mujeres que trabajan en casa, en casa y fuera, nos hace apropiarnos de los demás momentos de lucha.

En la medida en que nuestra lucha es una lucha contra el trabajo, está inscrita en la lucha general que la clase obrera lleva a cabo contra el trabajo. Pero en la medida en que la explotación del trabajo doméstico ha tenido y tiene una especificidad histórica, ligada a la subsistencia del núcleo familiar, esta lucha tiene una especificidad de trayectoria que pasará por la destrucción del núcleo familiar tal como lo ha construido el orden capitalista, determinando, por lo tanto, una nueva dimensión de la lucha de clases.

B)

El rol femenino, sin embargo, no es el de mera proveedora no asalariada de servicios sociales. Como se viene diciendo desde el principio, el encierro de la mujer en una función complementaria y subordinada al hombre en el núcleo familiar ha tenido como presupuesto la laceración de su integridad física. Obligándola, en Italia con la eficaz ayuda de la Iglesia católica, que siempre ha definido a la mujer como un ser inferior, primero a la abstinencia prematrimonial y, después del matrimonio, a una sexualidad reprimida destinada únicamente a la procreación, forzada a la procreación, se ha creado un rol femenino de «madre heroica y esposa feliz» cuyo sexo es pura sublimación, cuya función es, sobre todo, de receptáculo de las funciones emotivas de los demás, de almohadilla de los antagonismos familiares. Aquello que se tilda de frigidez femenina debe, pues, ser redefinido como imposición de una receptividad pasiva incluso en la función sexual en sentido estricto.

Pues bien, lo que se torna «productivo» es justamente esta pasividad de la mujer en la familia: en primer lugar, porque la mujer se convierte gracias a ella en el centro de descarga de la opresión del trabajo con la que se encuentra el hombre fuera y, al mismo tiempo, en el sujeto sobre el que el hombre puede ejercer el ansia de poder que el dominio de la organización del trabajo induce en él; y, por lo tanto, en este sentido, la mujer se vuelve «productiva» para la organización capitalista en tanto válvula de escape de las tensiones sociales. En segundo lugar, la mujer se vuelve «productiva» en tanto que la propia frustración general de su autonomía personal hace que sublime esta frustración en una serie de necesidades continuas que tienen siempre el hogar como centro de realización y son el equivalente consumista del perfeccionismo laboral. Desde luego que no nos corresponde a nosotras enseñar a otras mujeres qué es lo que deben meter en sus casas. Nadie puede definir las necesidades de otro. Pero nos interesa organizar la lucha que haga caer estas sublimaciones.

Utilizamos la palabra «sublimación» a propósito. La frustración que se deriva de los servicios domésticos monótonos y repetitivos y la que se deriva de la pasividad sexual sólo pueden separarse con las palabras. La creatividad sexual y la creatividad en el trabajo son ambas ámbitos donde la necesidad humana requiere que demos –como dice Marx– un campo de acción indeterminado a nuestros «poderes naturales y adquiridos»[19]. Para las mujeres (y por lo tanto para los hombres), los poderes

[19] K. Marx, *El Capital* I, Tomo II, cit., p. 230: «[La gran industria] convierte en una cuestión de vida o muerte sustituir la disponibilidad absoluta del hombre para las necesidades variables del trabajo por esa monstruosidad que es una población obrera miserable disponible, mantenida en reserva de cara a las necesidades variables de explotación del capital; sustituir al individuo plenamente desarrollado, para el que las distintas funciones sociales constituyen modos alternantes de actividad [en el sen-

naturales y adquiridos se reprimen a la par. La receptividad pasiva de la mujer crea el perfeccionismo laboral del ama de casa y puede hacer terapéutica la monotonía de la cadena de montaje. La banalidad de la mayor parte del trabajo doméstico y la disciplina que se requiere para hacer el mismo trabajo todos los días, todas las semanas, todos los años, el doble los días de fiesta, destruye la posibilidad de una sexualidad desinhibida. Nuestra infancia es la preparación para el sacrificio: nos enseñan a disfrutar de un sexo desodorizado y de sábanas «cada vez más blancas», a sacrificar la sexualidad y, al mismo tiempo, cualquier otra actividad creativa.

Hasta ahora, el Movimiento Feminista, en especial con la desmitificación del orgasmo vaginal, ha denunciado el mecanismo físico que ha permitido que el hombre defina y limite estrechamente el potencial sexual de las mujeres. Ahora podemos empezar a reintegrar la sexualidad con otros aspectos de la creatividad, a constatar que la sexualidad estará siempre aplastada mientras el trabajo que hagamos nos mutile a nosotras y nuestras capacidades individuales y mientras las personas con las que tenemos relaciones sexuales sean nuestros patrones y estén también ellos mutilados por *su* trabajo. Hacer estallar el mito vaginal requiere autonomía femenina contra la subordinación y la sublimación. Pero no se trata sólo del clítoris contra la vagina, sino de ambos contra el útero. O bien la vagina es ante todo la pasarela para la reproducción de la fuerza de trabajo vendida como mercancía, es decir, para la función capitalista del útero, o bien forma parte de nuestro bagaje social. La sexualidad es la más social de las expresiones, la comunicación humana más profunda. En este sentido, constituye la disolución de la autonomía. La clase obrera organiza en tanto clase su superación como clase; dentro de esta clase, nosotras nos organizamos autónomamente para crear las bases para la superación de esta autonomía.

Mientras descubrimos nuestro modo de ser y de organizarnos en la lucha, debemos enfrentarnos con quienes están demasiado deseosos de atacar a las mujeres, incluso cuando se convierten en movimiento. Ellos sostienen que, al posicionarse contra su anulación, a través del trabajo y a través del consumo, la mujer es responsable de la falta de unidad de clase. Hagamos entonces una lista parcial de los pecados de los que se la ha acusado. Ellos dicen que:

1. Ella quiere una parte mayor del salario del marido para comprarse, por ejemplo, vestidos para ella y para los niños, no basándose en lo que él cree que ella necesita, sino en lo que ella cree que debe tener para ella y para los niños. Él trabaja duro para procurar dinero. Ella no pide más que una distribución distinta de su falta de riqueza, en lugar de sostener la lucha que él libra por una riqueza y un salario mayores.

---

tido de poderes naturales y adquiridos], por el individuo parcial, mero portador de una función social de detalle» [traducción corregida a partir de la versión original].

2. Ella entra en rivalidades con otras mujeres por tener más cosas que la mujer de la puerta de al lado, en virtud del mismo mecanismo por el que su casa debe estar más limpia y más en orden que la de sus vecinas. No se alía con ellas como debería en virtud de su clase.

3. Ella se encierra en casa y es incapaz de entender la lucha de su marido en la fábrica. Llega incluso a parecerle criticable que él haga huelga, en lugar de apoyarlo. Vota por la conservación social.

Éstas son algunas de las razones por las que consideran reaccionaria a la mujer o, en la mejor de las hipótesis, atrasada, incluso hombres que tienen papeles de liderazgo en las luchas de fábrica y que parecen más capaces de entender la naturaleza de los modelos sociales porque son militantes políticos. Se les hace fácil condenar a las mujeres por lo que consideran un atraso, ya que ésta es la ideología predominante en la sociedad. Pero no añaden que se han beneficiado de la subordinación de las mujeres, que les han cuidado desde que nacieron. Algunos ni siquiera se dan cuenta que les han cuidado, tan natural les resulta que madres, hermanas e hijas sirvan a «sus» hombres. Y a nosotras nos es verdaderamente difícil, por otra parte, separar su supremacía masculina innata de su ataque, que parece ser siempre «político» en sentido estricto, que parece lanzado sólo en beneficio de la clase.

Examinemos la cuestión más de cerca.

1. Las mujeres no hacen de la casa un centro de consumo. El proceso de consumo es integral con respecto a la producción de la fuerza de trabajo y si las mujeres se negasen a hacer la compra, a «gastar», estarían haciendo una huelga. Una vez dicho esto, sin embargo, debemos añadir que con frecuencia las mujeres intentan compensar las relaciones sociales de las que se ven privadas, en tanto que separadas de un trabajo organizado socialmente, comprando cosas. Si esto es algo superfluo o no depende del punto de vista y del sexo de quien lo juzgue: los intelectuales compran libros pero nadie considera tal consumo superfluo. Con independencia de la validez mayor o menor del contenido, el libro en esta sociedad representa todavía, gracias a una tradición iniciada antes del capitalismo, un valor masculino.

Hemos dicho ya que las mujeres compran cosas para la casa porque la casa es la única prueba de que existen. Pero la idea de que el no consumo es de algún modo una liberación es tan vieja como el capitalismo y proviene de los capitalistas que echan siempre a los obreros la culpa de la condición obrera. Durante años, los negros de Harlem sufrieron las amonestaciones de buenos liberales que les decían que si hubiesen dejado de conducir Cadillacs –hasta que las empresas que los vendían a plazos los hubiesen retirado–, se habría resuelto el problema del color. Hasta que la violencia de su lucha (que era la única respuesta adecuada) dio la medida de su poder social, esos Cadillacs eran uno de los pocos modos de mostrar su po-

tencial de poder. Y esto, y no la frugalidad, era lo que inducía a los liberales a la recriminación.

En todo caso, nada de lo que compramos nos sería necesario si fuésemos libres. Ni el alimento de mala calidad que nos suministran, ni los vestidos que hacen clase, sexo y generación, ni las casas en las que nos meten.

En todo caso, nuestro problema es que no tenemos nunca bastante, no que tengamos demasiado. La presión que ejercen las mujeres sobre los hombres es una *defensa, no un ataque al salario.* Precisamente en tanto que las mujeres son las siervas de los obreros, los hombres dividen el salario entre ellos y los gastos generales de la familia. Si las mujeres no pidiesen nada, el nivel general de vida de la familia descendería, absorbido por la inflación, y las mujeres, como es lógico, serían las primeras en sufrir las consecuencias. Por ello, sin presión femenina, la familia funcionaría una vez más en el sentido de absorber la caída del salario real[20]. Por consiguiente, éste es el modo material más directo por el cual pueden las mujeres defender el nivel de vida de su clase. ¡Y cuando salgan para las reuniones políticas, necesitarán aún más dinero!

2. En cuanto a la «rivalidad» entre mujeres, Frantz Fanon ha explicado respecto del Tercer Mundo algo que sólo el racismo impide que se aplique en general a la clase. Los colonizados, dice él, cuando no se organizan contra sus opresores, se cortan el cuello unos a otros. La presión por aumentar el consumo puede a veces expresarse bajo la forma de «rivalidad», a pesar de lo cual, tal como hemos dicho, garantiza el nivel general de vida de la clase. Al contrario de la rivalidad sexual femenina, que tiene sus raíces en la dependencia económica y social de las mujeres con respecto a los hombres. En la medida en que las mujeres viven para los hombres, se visten para los hombres y trabajan para los hombres, y son manipuladas por los hombres a través de esta rivalidad[21].

---

[20] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* México, DF, FCE, [1936] 1997, pp. 23-24: «La otra y más importante objeción que desarrollaremos en los capítulos siguientes surge de nuestra inconformidad con el supuesto de que el nivel general de los salarios reales está directamente determinado por el carácter de los convenios sobre salarios [...] trataremos de demostrar que, en primer término, son *otras varias las fuerzas* que determinan el nivel general de los salarios reales [...]. Vamos a sostener que ha existido una *confusión fundamental respecto a la forma en que opera en realidad a este respecto la economía en que vivimos*» [la cursiva es mía]. Estas *«otras varias fuerzas»,* desde nuestro punto de vista, son ante todo las mujeres.

[21] Se ha observado que muchos de los bolcheviques, después de 1917, encontraron pareja femenina entre la aristocracia venida a menos. Cuando el poder se mantiene en manos de los hombres, tanto a escala de Estado como de las relaciones individuales, los viejos criterios de elección de las mujeres como «presa sometida a la lujuria de la comunidad» (K. Marx, *Opere filosofiche giovanili,* cit., p. 244) siguen perpetuándose. La estirpe de los nuevos zares se remonta lejos. Ya en 1921, entre las «Decisiones del III Congreso de la Internacional Comunista», se puede leer en la parte I del capítulo sobre el «Trabajo entre las mujeres»: «El Tercer Congreso de la Internacional Comunista confirma la afirmación fundamental del marxismo revolucionario, es decir, que no hay ninguna "cuestión femenina es-

En cuanto a la rivalidad por el hogar, a las mujeres se las adiestra desde la más tierna infancia para que sean obsesivas y posesivas con un hogar «ordenado y pulcro». Pero los hombres no pueden seguir disfrutando del privilegio de tener una sierva personal y lamentarse por los efectos de la «servidumbre personal». *Si se lamentan, debemos concluir que su ataque a nuestra rivalidad es en realidad una apología de nuestra servidumbre.* Si no es acertado el punto de vista de Frantz Fanon de que el conflicto entre colonizados es una expresión del bajo nivel de organización, entonces el antagonismo es una señal de incapacidad natural. Cuando llamamos al hogar gueto, podemos llamarlo con idéntica precisión colonia gobernada por la metrópoli a través de la jerarquía local. La solución al antagonismo recíproco de los colonizados radica en la lucha autónoma. Las mujeres han superado obstáculos mucho mayores que la rivalidad a la hora de unirse a la lucha en apoyo de los hombres. En lo que las mujeres han salido menos victoriosas es en la profundización y en la transformación de los momentos de lucha en otras tantas oportunidades para plantear sus propias demandas. La lucha autónoma invierte la cuestión: no serán «las mujeres que se unen en apoyo de los hombres», sino «los hombres que se unen en apoyo de las mujeres».

3. ¿Qué ha impedido con anterioridad la actividad política de las mujeres? ¿Por qué ha llegado algunas veces a ser posible utilizarlas contra la huelga? ¿Por qué, en otras palabras, la clase no es unidad? Desde el inicio de estas páginas, hemos postulado la centralidad de la exclusión de las mujeres de la producción socializada. Ésta es una característica objetiva de la organización capitalista: trabajo socializado en las fábricas, trabajo aislado en el hogar. Este modo queda reflejado subjetivamente en el modo en que los obreros de fábrica se organizan de forma separada del campo social. ¿Qué se debe hacer en el campo social? ¿Qué deben hacer las mujeres? ¿Sos-

---

pecífica", ni ningún "movimiento femenino específico", y que cualquier tipo de alianza de mujeres de clase obrera con el feminismo burgués, así como cualquier apoyo de las mujeres de clase obrera a la táctica traidora de los socialintrigantes y de los oportunistas acaba por minar las fuerzas del proletariado [...] para acabar con la esclavitud de las mujeres es necesario inaugurar la nueva organización comunista de la sociedad [...]». Como se ve, la teoría era masculina, pero la práctica era directamente «neutralizadora». Y citamos de uno de los padres fundadores: en la primera Conferencia Nacional de las Mujeres Comunistas, el 26 de marzo de 1922, «el compañero *Gramsci* destacó que se debe organizar una acción especial entre las mujeres del hogar, que constituyen la gran mayoría de las proletarias y que con la creación de organizaciones especiales deberían estar de algún modo vinculadas con nuestro Movimiento. Las mujeres del hogar, por la cualidad de su trabajo, pueden compararse con los artesanos, por lo que difícilmente serán comunistas; sin embargo, en tanto que compañeras de obreros y seres de algún modo de su vida, se ven llevadas hacia el comunismo. Nuestra propaganda puede, pues, influir sobre estas mujeres del hogar; puede servir, si no para encuadrarlas en nuestras organizaciones, sí para neutralizarlas, de manera que no constituyan un impedimento en las eventuales luchas de los obreros» [*Compagna* I, 3, p. 2, 2 de abril de 1922].

tener, ser apéndices de los hombres en el hogar y en la lucha, incluso formar grupos supeditados al sindicato? Esta división y este tipo de división constituyen la historia de la clase. En cada estadio de lucha, se ha utilizado a los sectores de clase más periféricos contra los que estaban en el centro del ciclo productivo, en mayor medida cuanto más ignoraban éstos a aquéllos. Ésta es, precisamente, la historia del sindicato, por ejemplo en Estados Unidos, cuando se utilizó a los obreros negros como esquiroles, nunca, en todo caso, con tanta frecuencia como se ha intentado hacer creer a los obreros blancos. A los negros, como a las mujeres, se les identifica de inmediato y las relaciones de esquirolismo refuerzan los prejuicios que nacen de divisiones objetivas: el blanco en la cadena de montaje y el negro que barre alrededor de sus pies o el hombre en la cadena de montaje y la mujer que barre alrededor de sus pies cuando vuelve a casa.

Los hombres, cuando son ellos los que rechazan el trabajo, se consideran militantes, pero cuando somos nosotras las que lo rechazamos, nos consideran lunáticas intratables. Cuando votamos por la conservación social, porque nos hemos visto excluidas de la lucha política, consideran que estamos atrasadas, mientras ellos votan por partidos que sólo les han malvendido, sin reconocer que nosotras existimos como algo más que apéndices potenciales.

C)

El tercer aspecto del rol femenino en la familia es que, por los motivos ya considerados de laceración personal, la mujer se convierte en la principal figura represiva y disciplinadora de todos los miembros de la familia misma, tanto en el plano ideológico como en el psicológico. La mujer puede vivir bajo la tiranía del marido, del hogar, la tiranía de esforzarse por ser «madre heroica y esposa feliz», mientras toda su existencia niega este ideal. Aquellos tiranizados y privados de poder son, con las nuevas generaciones, durante los primeros años de vida, reproductores de trabajadores dóciles y jefecillos, del mismo modo que hace la maestra en el colegio (de este modo, la mujer es cómplice del marido: no es casual que existan asociaciones progenitores-docentes). En tanto que responsable de la reproducción de la fuerza de trabajo, la mujer, por un lado, disciplina a los hijos que trabajarán el día de mañana y, por otro, disciplina al marido, que trabaja el día de hoy y de cuyo solo salario depende la subsistencia de toda la familia.

Pues bien, a partir de todo lo considerado hasta el momento, sin adentrarnos en el análisis de los meandros de los mecanismos psicológicos, nos basta haber identificado y bosquejado la esencia de esta productividad femenina doméstica que pasa a través del rol global que la mujer desempeña (además de pasar, en particular, a través del trabajo doméstico con el que carga de forma gratuita). Planteamos, por lo

tanto, como cuestión preliminar, la exigencia de romper este rol que quiere divididas a las mujeres, unas de otras y respecto de los hombres, de los niños, cada una en su familia como crisálida en su capullo, que se encierra con su propio trabajo para morir y dejar la seda al capital. Rechazar todo esto, tal como hemos dicho a lo largo de estas observaciones, quiere decir, para las amas de casa, reconocerse también como sección de clase, la más degradada de ellas en tanto que no pagada.

Su posición en la lucha global de la mujer es decisiva en tanto que viene a minar el pilar de la organización capitalista actual, esto es, la familia.

Por lo tanto, todo objetivo que tienda a recuperar la individualidad de la mujer contra esta figura complementaria de todo y de todos que es el ama de casa vale la pena que se plantee como objetivo subversivo de la posibilidad de este rol.

En este sentido, todos los objetivos que sirvan para restituir a la mujer la integridad de sus funciones físicas fundamentales, empezando por la sexual, que fue, junto con la invención laboral, la primera en serle arrebatada, deben plantearse con la máxima urgencia.

No es casual que la investigación anticonceptiva se haya desarrollado con un retraso considerable. No es casual que el aborto esté prohibido casi a escala mundial o que a lo sumo se permita con fines terapéuticos.

Sublevarse por estas cosas no es hacer un reformismo fácil. La gestión capitalista de estos asuntos replantea una y otra vez la discriminante de clase y la discriminante femenina específicamente. ¿Por qué las mujeres proletarias, las mujeres del Tercer Mundo, hacen de cobayas de estas investigaciones? ¿Por qué el problema anticonceptivo sigue planteándose como problema femenino? Empezar a luchar para subvertir la gestión de estas cosas es sublevarse desde el punto de vista de la clase y desde un punto de vista específicamente femenino. Ligar estas luchas con la lucha contra la maternidad considerada responsabilidad exclusiva de las mujeres, contra el trabajo doméstico considerado como trabajo femenino, en el extremo, contra todos los modelos que el propio capital ofrece como ejemplos de emancipación femenina y que no son sino burdas copias del rol masculino, es luchar contra la división y la organización del trabajo.

Por sintetizar, hay que destruir el rol del ama de casa, tras cuyo aislamiento se ha ocultado el trabajo social. Pero las alternativas están definidas de manera estrecha. Hasta ahora, el mito de la incapacidad femenina, arraigado en la mujer aislada en el hogar, dependiente del salario de otro y, por ello, modelada por la conciencia de otro, se ha roto a través de una única alternativa: la de la mujer que se hacía con un salario propio, rompiendo con la dependencia económica, construyendo una experiencia propia e independiente con el mundo exterior, prestando trabajo dentro de una estructura socializada, ya fuese la fábrica o la oficina; y emprendía allí sus propias formas de rebelión social por añadidura a las formas tradicionales de lucha de clases. *La llegada del movimiento de liberación feminista constituye el rechazo de esta alternativa.*

El capital ha intentado e intenta utilizar el impulso que ha creado el Movimiento –el rechazo por parte de millones de mujeres del puesto tradicional de la mujer– para recomponer la fuerza de trabajo con un creciente número de mujeres. El Movimiento sólo puede desarrollarse en oposición a esta alternativa. Con el hecho mismo de existir, ya expresa y deberá expresar con una acción cada vez más articulada la necesidad del rechazo feminista del mito de la liberación a través del trabajo.

Hemos trabajado bastante. Hemos recogido millones de toneladas de algodón, lavado millones de platos, raspado millones de suelos, mecanografiado millones de palabras, puesto los hilos de millones de radios, lavado millones de pañales a mano y a máquina. Cada vez que nos han «abierto puertas» para entrar en alguna fortaleza masculina, nos han abierto a una nueva cota de explotación. Tenemos que hacer de nuevo referencia, aunque de otro modo, al subdesarrollo del Tercer Mundo y al subdesarrollo en la metrópoli, más específicamente, en las cocinas de la metrópoli. El plan capitalista ofrece al Tercer Mundo «desarrollarse»: lo cual quiere decir, además del purgatorio presente, sufrir también el purgatorio de la contrarrevolución industrial. A las mujeres de la metrópoli se les ha ofrecido la misma «ayuda». Pero aquellas entre nosotras que han salido de casa para trabajar, por necesidad de supervivencia o para los denominados gastos personales o por independencia económica, han puesto en guardia a las demás: la inflación nos ha dejado atadas al condenado consorcio de las mecanógrafas o a la cadena de montaje y en todo esto no hay salvación. Debemos rechazar el desarrollo que nos ofrecen. Con todo, la lucha de la mujer que trabaja fuera no va dirigida a volver al aislamiento del hogar, por más que algunas veces los lunes por la mañana el hogar pueda parecer atractivo. Del mismo modo, la lucha del ama de casa no va dirigida a cambiar la prisión doméstica por la atadura a la mesita de la máquina de escribir o a la cadena de montaje, por más que el trabajo fuera pueda parecer atractivo en comparación con la soledad de la vivienda.

Las mujeres deben redescubrir por completo sus posibilidades, que no son ni hacer calceta ni de capitán de altura.

O, mejor dicho, se pueden hacer también todas estas cosas, pero la posición que estas cosas tienen en la actualidad está por completo inscrita en la historia del capital.

El reto del Movimiento Feminista consiste en encontrar modos de lucha que, liberando a la mujer del hogar, por un lado, le eviten una doble esclavitud y, por otro, quiten espacio a una nueva posibilidad de control y de sometimiento capitalistas. En el fondo, ésta es la discriminante entre reformismo y política revolucionaria en el Movimiento Feminista.

Parece que mujeres genio ha habido pocas. Fundamentalmente, no podía haber mujeres genio desde el momento en que, al estar excluidas del proceso social, no se sabe en qué materia podrían habérselas ingeniado. Ahora hay una materia, la propia lucha.

Freud dijo, entre otras muchas cosas, que toda mujer, desde el momento de su nacimiento, sufre una frustración por no tener pene. Le faltó añadir que este sentimiento de frustración nace en el momento en que se da cuenta de que tener pene quiere decir tener poder. Y ni mucho menos puso esto en relación con el hecho de que el poder tradicional del pene abrió una nueva etapa de su historia cuando la separación entre hombre y mujer se convirtió en una separación capitalista.

Nuestra lucha parte de aquí.

Padua, 29 de diciembre de 1971

Intervención I
Una huelga general*

Ésta es la parte final de un discurso pronunciado el 10 de marzo de 1974, durante una semana de acción organizada por el Comité Triveneto por un Salario para el Trabajo Doméstico, en conmemoración del Día Internacional de las Mujeres y a modo de lanzamiento de la campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico en Italia.

Hoy, el Movimiento Feminista inaugura en Italia la campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico. Como habréis oído en las canciones, como habréis visto en la exposición fotográfica, como habréis leído en las pancartas, las cuestiones que estamos planteando hoy son muchas: las brutales condiciones en las que tenemos que enfrentarnos al aborto, el sadismo al que estamos sometidas en las clínicas de obstetricia y ginecología, nuestras condiciones laborales –en los puestos de trabajo fuera del hogar nuestras condiciones son siempre peores que las de los hombres y en casa trabajamos sin salario–, el hecho de que los servicios sociales o no existen o son tan malos que nos da miedo dejar que nuestros hijos los utilicen, etcétera.

Ahora bien, llegados a este punto, habrá gente que pueda preguntar cuál es la conexión entre la campaña que estamos inaugurando hoy, la campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico, y todas esas cosas que hemos planteado hoy, que hemos sacado a la luz y contra las que estamos luchando. Todas esas cosas de las que hemos hablado, sobre las que hemos compuesto canciones, que hemos mostrado en nuestra exposición y en películas.

---

* M. Dalla Costa, «A General Strike», en W. Edmond y S. Fleming, *All Work and No Pay. Women, Housework and the Wages Due,* Power of Women Collective y Falling Wall Press, 1975.

Creemos que la debilidad de todas las mujeres –esa debilidad que está detrás de que se nos haya borrado de la historia, que está detrás de que, cuando dejamos el hogar, debamos enfrentarnos a los trabajos más repugnantes, infrapagados e inseguros–, esta debilidad se basa en que todas nosotras, las mujeres, hagamos lo que hagamos, estamos desde el principio agotadas y exhaustas por 13 horas de trabajo doméstico que nadie ha reconocido nunca y por el que nadie ha pagado nunca.

Y ésta es la condición básica que obliga a las mujeres a contentarse con guarderías como la «Pagliuca», «Celestini» u «OMNI»[22]. Esta debilidad nos obliga a pagar medio millón de liras por un aborto y esto, digámoslo alto y claro, sucede en todas las ciudades y en todos los países (y, para colmo, nos arriesgamos a la muerte y a la cárcel).

Todas nosotras hacemos trabajo doméstico: es lo único que todas las mujeres tenemos en común, la única base en torno a la cual podemos reunir nuestro poder, el poder de millones de mujeres.

No es casual que los reformistas de todas las calañas se hayan cuidado mucho de soslayar siempre la idea de que nos organicemos a partir del trabajo doméstico. Siempre se han negado a reconocer el trabajo doméstico como trabajo, precisamente porque es el único trabajo que todas nosotras tenemos en común. Una cosa es enfrentarse a doscientas o trescientas trabajadoras en una fábrica de zapatos y otra muy distinta enfrentarse a millones de amas de casa. Y, como todas las trabajadoras fabriles son amas de casa, otra cosa bien distinta es enfrentarse con esas doscientas o trescientas trabajadoras fabriles unidas a millones de amas de casa.

Pero esto es lo que hoy, en esta plaza, estamos poniendo a la orden del día. Éste es el primer momento de organización. Hemos decidido organizarnos en torno al trabajo que todas nosotras hacemos, para tener el poder de millones de mujeres.

Para nosotras, por lo tanto, *la demanda de un Salario para el Trabajo Doméstico es una demanda directa de poder, porque el trabajo doméstico es lo que millones de mujeres tienen en común.*

Si los millones que somos podemos organizarnos en torno a esta demanda –y ya hoy estamos bastantes de nosotras aquí, en esta plaza–, podremos conseguir tanto poder que ya no tendremos que estar en una posición de debilidad cuando salgamos de casa. Podremos introducir condiciones laborales nuevas en el propio trabajo doméstico: si tengo dinero en el bolsillo que es mío puedo comprarme hasta un lavavajillas, sin sentirme culpable y sin tener que suplicar a mi marido durante meses y meses porque él, que no lava los platos, considera que un lavavajillas es innecesario.

Así que si tengo dinero que es mío, dinero que me pagan a mí, que me dan en mano, puedo cambiar las condiciones del propio trabajo doméstico. Es más: *podré*

---

[22] «Pagliuca» y «Celestini» son ambas guarderías conocidas por su crueldad. «OMNI» es el nombre que recibían las guarderías públicas, mal equipadas y peor gestionadas.

elegir cuándo quiero salir a trabajar. Si cobro 120.000 liras por el trabajo doméstico que hago, no me volveré a vender por 60.000 liras en una fábrica textil o como secretaria de alguien o como cajera o acomodadora en el cine. Asimismo, si tengo ya en mis manos cierta cantidad de dinero, si cuento ya con el poder de millones de mujeres, podré imponer una calidad completamente nueva en los servicios, guarderías, comedores y todas esas prestaciones que son indispensables para reducir las horas de trabajo y permitir que tengamos una vida social.

Hay algo más que queremos decir. Durante mucho tiempo –con particular fuerza en los últimos diez años, pero digamos que siempre– los trabajadores varones han salido a luchar contra sus jornadas de trabajo y por más dinero y se han reunido en esta plaza.

En las fábricas de Porto Marghera, ha habido muchas huelgas, muchas luchas. Todos recordamos las marchas de trabajadores varones que empezaban en Porto Marghera, cruzaban el puente de Mestre y llegaban aquí, a esta plaza.

Pero dejemos algo claro. *Ninguna huelga ha sido hasta ahora una huelga general.* Cuando la mitad de la población trabajadora está en casa, en la cocina, mientras los demás están en huelga, *no se trata de una huelga general.*

Nunca hemos visto una huelga general. Sólo hemos visto salir a la calle a hombres, por lo general hombres de las grandes fábricas; mientras sus mujeres, hijas, hermanas y madres seguían guisando en la cocina.

Hoy en esta plaza, con la inauguración de nuestra movilización por un Salario para el Trabajo Doméstico, ponemos a la orden del día *nuestras jornadas laborales, nuestras vacaciones, nuestras huelgas y nuestro dinero.*

Cuando alcancemos cotas de poder que nos permitan reducir nuestra jornada laboral de 13 o más horas a 8 horas o incluso menos, cuando podamos a la vez poner a la orden del día nuestras vacaciones –porque no es un secreto para nadie que los domingos y los periodos de descanso las mujeres no tienen vacaciones–, entonces, tal vez podamos hablar por primera vez de una huelga «general» de la clase obrera.

Mariarosa Dalla Costa
Mestre (Italia), marzo de 1974

2 Reproducción y emigración*

Introducción

1. Por lo menos desde finales del siglo XIX, la economía política, bajo la supuesta cuestión del *optimal size of population,* tamaño ideal de la población, se plantea en realidad el problema del dominio estatal de los índices de fertilidad y natalidad de cara a la ampliación o contracción del mercado de trabajo, el *optimal size of the State* [tamaño ideal del Estado] y, con él, las guerras imperialistas, con su duro precio en «carne de cañón».

Justamente a lo largo del siglo XIX, el índice de natalidad empieza a descender en todos los países europeos, a excepción de Francia, donde este descenso había comenzado ya en el último cuarto del siglo XVIII.

El otro aspecto del problema era que el *incremento de la población* avanzaba, dentro de ciertos niveles, en *proporción inversa a su bienestar* y esta constatación[1], aunque por un lado aminoraba las alarmas malthusianas de superpoblación, por otro disminuía las esperanzas gubernamentales de un desarrollo siempre garantizado por una reproducción adecuada de la fuerza de trabajo.

Hemos dicho: dominio estatal de los índices de fertilidad y natalidad y esto significa ante todo *dominio estatal* del *destino de la mujer,* de su posibilidad o no de ser un «individuo social» y no un mero apéndice de un plan estatal de desarrollo o estancamiento económico.

---

* M. Dalla Costa, «Riproduzione e emigrazione», en VVAA, *L'operaio multinazionale in Europa,* Milán, Feltrinelli, 1977.

[1] Véanse T. Sadler, *The Law of Population,* Londres, 1830; y T. Doubleday, *The True Law of Population,* Londres, 1853. Estos dos autores observaron que el incremento de la población está en pro-

El Estado sólo se preocupa de la divergencia entre índice de fertilidad e índice de natalidad cuando se considera que este último es *bajo*. Y, de hecho, su respuesta es la abolición de cualquier método anticonceptivo y de las prácticas abortivas. En este sentido, tanto el nazismo como el fascismo han sido típicos: pero sólo dentro de lo que eran los lindes nacionales de la Alemania hitleriana y de la Italia mussoliniana (no en las colonias). Sin embargo, el Estado se desentiende de tal divergencia, es decir, se muestra brutalmente indiferente, ignora que la mujer aborta y cómo aborta, cuando el índice de natalidad se estima al menos suficiente.

En estas páginas, no nos interesa tanto enumerar las variables independientes que modifican la actitud del Estado. Nos interesa más bien tener presente que el interés del Estado en modificar el índice de natalidad –y, en segundo orden, el de fertilidad– varía en el tiempo y en el espacio y –lo que más cuenta– varía también dentro de una continuidad de régimen.

La historia demográfica de la URSS después de 1917 y de los países del Este europeo después de 1945 es una continua oscilación entre permisividad extrema y control muy rígido[2].

Sin embargo, a pesar de la aplicación de incentivos materiales, la tasa de natalidad se mantiene por debajo de las expectativas de los planificadores, en especial en la zona clave, la URSS. Y, tal como comprobaremos con más detalle, esto sucede también en el área de Europa occidental, que nos toca aquí más de cerca.

¿Cómo cabe interpretar la *resistencia de las mujeres a adecuarse a la planificación*? A nuestro juicio, hay que interpretarla simple y llanamente como *ajenidad* de las mujeres al denominado *bien común,* donde por bien común se entiende una tasa planificada de crecimiento económico que las mantenga necesariamente sujetas a largas horas de trabajo, sobre todo en la fábrica y en la oficina, como en el Este europeo, o sobre todo en el hogar y en el campo, como en algunos países de Occidente.

En su destacada obra, *World Revolution and Family Patterns* [Revolución mundial y modelos de familia][3], el sociólogo estadounidense William J. Goode sostiene que

---

porción inversa a su bienestar y que una mejora de la calidad de vida habría provocado una disminución de la fecundidad que alejaría el peligro de superpoblación temido por Malthus.

[2] En la URSS, hasta 1936, no hay restricción alguna a propósito del aborto; de 1936 a 1955, el aborto se somete a un control rígido. A partir de 1956, el Estado vuelve a permitir cierta liberalización. Las democracias populares, después de un importante estímulo al incremento demográfico en la posguerra, introducen, entre 1956 y 1958, una serie de medidas bastante permisivas, para luego abolirlas en la década de 1960: es el caso de Rumanía en 1966. Mientras, Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria tienden a utilizar también para estimular el incremento demográfico incentivos materiales como el aumento de las ayudas familiares, los servicios para la infancia y los permisos especiales de excedencia para las mujeres con salario o paga.

[3] W. J. Goode, *World Revolution and Family Patterns,* Nueva York, The Free Press, 1970.

> la transformación importante *no* estriba en que el índice de natalidad se haya reducido en la última generación. La reducción comenzó ya en Francia en el último cuarto del siglo XVIII, en Estados Unidos a principios del siglo XIX y antes de 1875 en Inglaterra y probablemente en Suecia y Bélgica. La transformación estriba más bien en la aceptación general de la idea de que el marido y la mujer pueden controlar el número de hijos –si lo desean; se deriva de ello que tanto la disminución como el aumento pueden tener lugar de forma más repentina que en el pasado, reajustándose rápidamente a las modificaciones de la situación de vida, como la prosperidad o la guerra o la experiencia particular de segmentos específicos de la población[4].

Podemos añadir que el *control* del número de hijos, no tanto de modo genérico por parte de la familia, sino de forma más específica por parte de la mujer, *no ha dejado de reforzarse* –como no podía ser de otra manera– precisamente porque, guerra tras guerra, el Estado volvía a entrar en crisis de credibilidad cada vez más profundas a los ojos de la «mujer y el hombre corrientes». Si a esto se añade la reacción indignada de los progenitores ante la perspectiva de no poder ofrecer a sus hijos otro futuro que el de la fábrica, es imposible no ver que la actitud de las mujeres hacia la política demográfica del Estado va ya más allá del recelo: se trata de una auténtica ajenidad de intereses, aún más evidente en países donde el Estado quiere seguir siendo el garante de altos índices de fertilidad y natalidad, como es justamente el caso de Italia. Es imposible no ver que el estrato capitalista en Italia se ha beneficiado de manera particular del crecimiento demográfico italiano, incluso del obtenido a través del régimen fascista. Podemos decir sin pestañear que si las mujeres se sustrajeron a los mandatos demográficos mussolinianos, lo hicieron a despecho y contra las leyes del Estado y de la Iglesia: el crecimiento de la natalidad fue relativamente leve[5] y la cifra de abortos se mantuvo, bajo el régimen y después, en torno a las decenas de millones.

Pero justo en la década de 1950, salía de la adolescencia la generación del hogar mussoliniano. ¿Y a dónde se dirigía el grueso de esta generación? Partiendo del campo del Norte y de todo el Sur, se dirigía hacia el *triángulo industrial* y hacia *Europa central*. No hay duda de que la provisión o no de fuerza de trabajo por parte del gobierno italiano al gobierno alemán y suizo constituía para la clase dirigente italiana ya en la década de 1950 un resorte de poder y de negociación en relación con sus socios extranjeros.

---

[4] *Ibid.*, p. 53.

[5] El anuario estadístico italiano, ISTAT, de 1943, ofrece los siguientes índices de fecundidad: 139,2 para el periodo de 1920-1922; 110,2 para el periodo de 1930-1932; 104,8 para el periodo de 1935-1937; 106,0 para el periodo de 1939-1940. Hay que señalar que el periodo en el que el índice de natalidad vuelve a elevarse –aunque sólo de 104,8 a 106,0– coincide con la promulgación de incentivos económicos.

Pero preguntémonos: ¿qué conclusiones debían extraer las mujeres y, en particular, las mujeres del Sur respecto de un Estado que *negocia* el flujo de fuerza de trabajo hacia el exterior?

¿No hay ninguna continuidad con el flujo –tan voluntario como pueda serlo, por cierto, en una Italia martirizada por el desempleo– de fuerza de trabajo hacia Alemania en el periodo 1939-1942, flujo acordado entre jefes de Estado?[6].

Como puede verse, el *no* de las mujeres italianas a la coerción estatal tiene motivos fundados para venir de lejos y para ir lejos.

2. Más allá del caso italiano, en términos más generales, lo que intentaremos evidenciar aquí es que *la formación a escala europea de una clase obrera multinacional* tiene sus *repercusiones sobre la historia de las mujeres como sector de clase* que, en particular *a partir de la guerra,* empieza a marcar de manera cada vez más homogénea y ampliada su especificidad de movimiento. Por consiguiente, hay que identificar y definir la *nueva cualidad* del *poder político* que esta clase expresa precisamente a partir de los *procesos de autonomía* que los *distintos sectores de clase,* ante todo el *femenino,* han puesto en marcha dentro de la propia clase.

Ante todo, el rechazo de la *procreación.*

En particular en la segunda mitad de la década de 1960[7], la caída de la tasa de natalidad se manifiesta de forma drástica en todos los países europeos y no se deriva ante todo de la difusión de métodos anticonceptivos[8].

---

[6] E. L. Homze, *Foreign Labor in Nazi Germany,* Princeton, Princeton UP, 1967.

[7] El profesor Roland Pressat, insigne estudioso de demografía, docente en el Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París y ya autor de la importante obra *Analyse Démographique,* muestra con un gráfico extremadamente evidente la caída de la tasa de natalidad después de 1964 en Holanda, Reino Unido, Alemania Occidental, Francia, Bélgica y Luxemburgo en su *Population,* Londres, Penguin Books, 1973, p. 96. Se trata, en todo caso, de un hecho confirmado en general entre los demógrafos.

[8] «Further, the degree of diffusion of the latest contraceptive, at least in Europe, has not been such as to account for the recent reduction in the fertility rate», *ibid.*, p. 97 [además, el grado de difusión de los últimos métodos anticonceptivos, por lo menos en Europa, no ha sido tal como para explicar la reciente reducción de la tasa de fertilidad]. Añadimos: en los países europeos dominados por la Iglesia católica, para la enorme mayoría de mujeres, es a día de hoy toda una empresa entrar en posesión no de los métodos anticonceptivos más recientes, sino de cualquier método anticonceptivo. A este respecto, la historia irlandesa tiene una nueva heroína. La señora Mary McGee, mujer de un pescador, de 28 años, madre ya de cuatro hijos y afectada en dos ocasiones por trombosis cerebral, fue detenida el año pasado en la aduana por un funcionario que, al registrar el bolso de la señora, había descubierto un dispositivo intrauterino. Exasperada, Mary McGee se dirigió al Tribunal Superior, que, en diciembre de 1973, dictó la primera sentencia liberalizadora en la materia: «No forma parte de las competencias del Estado», dijo el Tribunal, «interferir en cuestiones tan íntimas y delicadas» (*La Stampa,* 22 de marzo de 1973, p. 3).

En particular, la natalidad cae en los estratos que menos capacidad tenían antes de controlar su fecundidad[9].

Las mujeres tienen tanta más capacidad de rechazar el poder de mando estatal respecto a la procreación cuanto más logran sustraerse de los distintos poderes de mando familiares: de los mayores, del marido, de los hijos.

Y esto es así, en una medida más o menos amplia, tanto en países con un empleo asalariado femenino alto como en aquellos con un empleo asalariado femenino bajo, tanto en países de emigración como en países de inmigración, tanto por parte de mujeres «autóctonas» como por parte de mujeres inmigrantes.

La familia, como lugar de trabajo gratuito y de dependencia personal es el terreno primario en el que la resistencia femenina consigue progresivamente hacerse masiva y organizarse.

Y cuanto más consiguen las mujeres liberarse de las constricciones familiares, más logran también *emanciparse de condiciones atrasadas de vida,* del campo sobre todo.

a) Pero, en el proceso de emancipación de los distintos poderes de mando familiares, el paso de la familia patriarcal campesina a la familia nuclear urbana marca también el *paso a una gestión diferente del salario por parte de la mujer*[10], todavía más a favor de los hijos que de sí misma.

Al desvanecerse el poder de mando de los mayores, crece el poder por parte de la mujer para gastar el salario familiar en lugar de ahorrar como querían los mayores. Y lo gastará esencialmente en una mejora de la crianza de los hijos.

Serán hijos criados con potitos, acostumbrados a la disponibilidad de cigarrillos, casetes y grabadoras.

Y esto sobre todo en áreas con un cierto nivel de industrialización. En cambio, donde esto no es posible, como en el sur de Italia, la *lucha de las mujeres que se han quedado solas,* a causa de la emigración, directamente por intereses propios, como las condiciones del barrio, el agua, el puesto de trabajo, etc., *cataliza la lucha de los jóvenes* por un cierto nivel de vida a toda costa. Y en este sentido interpretaremos la mayor «delincuencia de menores» en el Sur y los «fenómenos» análogos.

Lo que, de cualquier modo, se quiere poner en evidencia, en un caso y en otro, es que el proceso de autonomía femenina, más o menos dirigido de forma inmedia-

---

[9] Cfr. de nuevo R. Pressat, *Population,* cit.

[10] Ésta es una de las tesis principales desarrolladas por L. Fortunati en *Le donne contro la famiglia* [Las mujeres contra la familia], que analiza la relación entre mujer y capital en los últimos treinta años en relación con el caso italiano. Esta obra está en vías de publicación, mientras que algunas formulaciones relativas a los años de la guerra y de la primera posguerra están contenidas en L. Fortunati, «La famiglia verso la ricostruzione», en M. Dalla Costa y L. Fortunati, *Brutto ciao,* Roma, Edizioni delle donne, 1977.

ta a la mejora de la propia calidad de vida o la de los hijos, determina un nuevo tipo de generación, una nueva clase obrera, un nuevo plano de las luchas.

Es decir, este nuevo comportamiento de las mujeres, que cada vez están menos interesadas en el matrimonio *tout court* [a secas], que hacen menos hijos, que intentan por todos los medios elevar el nivel de vida de la nueva generación y de su vida, *se dejará sentir en las luchas de las fábricas:* los obreros jóvenes, inmigrantes y no, «que piensan menos en el matrimonio» (porque ya hay alguna*s* que piensan mucho menos en él)[11], que cada vez más raramente son padres de una prole numerosa, que *están ya acostumbrados a luchar a toda costa* cuando el salario familiar ya no puede garantizarles cierto nivel de vida.

Claramente, las mujeres han conseguido rechazar la procreación y elevar el nivel de vida de sus hijos en algunos países mejor que en otros.

En países como Francia, Alemania y Suiza, esto quiere decir que la clase obrera logra alcanzar salarios muy altos: la mano de obra escasea y al mismo tiempo está bien acostumbrada.

En otras áreas, como la Italia meridional, la península Ibérica, el Magreb, Turquía, etc., las mujeres no consiguen tener tanto control sobre la natalidad y no logran elevar tanto el nivel de vida de sus hijos.

El *capital europeo,* que intenta comprar a los hijos del «subdesarrollo» a un precio menor que a los hijos del «desarrollo», tratando de utilizar a aquellos contra éstos, se adentra cada vez más en un *terreno de enfrentamiento con las mujeres, con la medida de su lucha, con el valor de su trabajo.*

b) Todo el *uso que se hace de la emigración,* entonces, en tanto tentativa de restablecimiento de la clase obrera en términos cuantitativos y cualitativos, como restablecimiento de una clase convenientemente disciplinada y con unas dimensiones adecuadas, constituye la *respuesta estatal al rechazo de las mujeres a la procreación,* por todo lo que este *rechazo supone* en tanto proceso de luchas e instauración de nuevas relaciones dentro de la clase. Y la clase multinacional europea es expresión directa de esto.

Hemos dicho: los años de la posguerra son para las mujeres, a escala europea, años de lucha, de rechazo del campo con su horario sin fin en el hogar y en los cultivos, de rechazo de la familia patriarcal campesina con su poder de mando ejercido

---

[11] B. Kremen, «Lordstown. Searching for a better Way of Work», en *New York Times,* 9 de septiembre de 1973. Joseph Goodfreys, director general del Departamento de Montaje de la General Motors, ha dicho: «Sí, los obreros de nuestras plantas tienen menos ganas que antes de hacer el máximo esfuerzo [...]. Hay mucha inquietud en el ambiente y nosotros lo notamos en la cadena de montaje –guerra, revuelta juvenil, drogas, raza, inflación, degeneración moral–. El matrimonio ya no es lo que era antes. Lo notamos. ¡Tienen la cabeza en otras cosas!».

por los hombres y por los mayores, de rechazo del pueblo con su realidad de aislamiento y de sometimiento a la intromisión eclesiástica.

Las variantes que encontramos en regiones con niveles más altos o más bajos de industrialización, de empleo asalariado femenino, de abandono total de los campos, de inmigración o emigración, no contradicen el impulso general que expresan las mujeres, de forma cada vez más homogénea, hacia la liberación de las dependencias personales, de la falta de dinero propio, de las jornadas de trabajo largas e indeterminadas.

Y resulta bastante fácil constatar la relación que conecta la insubordinación de las madres, esposas e hijas a partir del lugar de trabajo no asalariado, la familia, a la insubordinación de los hombres y de las mujeres en los lugares de trabajo asalariado.

En *Europa occidental,* en cuanto área, el uso que se hace de la *emigración* constituye la respuesta a la lucha, que se presenta con cualidades nuevas y con una relación más subversiva entre estos dos lugares.

En la medida en que el *rechazo de la procreación* es un *momento conquistado* a través de un *arco de luchas* que definen una nueva relación en el seno de la clase, entre mujeres y hombres, entre el lugar de trabajo no asalariado y el lugar de trabajo asalariado, el uso que se hace de la *emigración* es la *contraofensiva estatal* respecto al rechazo de las mujeres a procrear. Y esto no sólo porque la emigración tienda a restablecer la natalidad obrera *tout court* –como decíamos– para construir una clase convenientemente disciplinada y con unas dimensiones adecuadas: sino porque *tiende a descomponer todo ese proceso* que el rechazo de la procreación tenía tras de sí como *proceso de luchas* y de *definición de nuevas relaciones dentro de la clase:*

I. *la emigración* no sólo *afecta* al individuo que se desliga de la comunidad y de la red de organización que ésta constituye, sino a *la propia comunidad y, en primer lugar, a la mujer,* sostén de toda la comunidad, que se ve privada de ese eslabón organizativo constituido por la fuerza de trabajo más joven e independiente;

II. *con la emigración,* la fuerza de trabajo de las «zonas más atrasadas» se ve utilizada contra la fuerza de trabajo de las «zonas más avanzadas». Pero esto no sólo supone utilizar fuerza de trabajo joven inmigrante, en un momento todavía de separación y en el que no ha habido recomposición política, contra la fuerza de trabajo local que ha desarrollado ya cotas de recomposición más elevadas. Se ven asimismo afectadas las *«mujeres de las comunidades más atrasadas»,* es decir, de las comunidades donde las mujeres no han luchado tanto y han obtenido resultados más débiles, utilizando esta debilidad contra los niveles de lucha de las mujeres de las «comunidades más avanzadas», es decir, donde las mujeres han alcanzado cotas de poder más altas;

III. en la *metrópoli de «llegada», cada nueva oleada* migratoria *aleja aún más* en el tiempo y en el espacio el proceso de recomposición de las mujeres de los distintos grupos de inmigrantes y el proceso de recomposición entre mujeres in-

migrantes y mujeres autóctonas. Constituye nuevamente un desgarro del tejido que se articula entre el trabajo de los hogares y el trabajo de la fábrica, entre el trabajo de reproducción y el trabajo de producción;

IV. precisamente por todos los motivos enumerados, con la emigración se golpea *directamente,* una vez más, a las *mujeres en el lugar de trabajo fuera* del hogar, en el lugar de trabajo asalariado, donde se prefiere a los varones antes que a las mujeres.

3. La regla de preferir a los emigrantes varones parecería tener *excepciones,* en particular *después de 1968* y durante la década de 1970: asistimos a la incorporación de mujeres emigrantes en *sectores* como el *químico,* el de la *mecánica* y el del *automóvil.*

¿Cómo podemos interpretar estas incorporaciones de mujeres? ¿Tiene sentido interpretarlas como la instauración de una contratendencia en el seno del capital –las mujeres emigrantes en lugar de los inmigrantes varones– en sectores clave como los que acabamos de mencionar? Y, en términos más generales, cabe tomar estas incorporaciones como *señales* de una contratendencia capitalista más general, es decir, de la contratendencia hacia un empleo externo femenino, como la que los reformistas de distinto cuño querrían que se introdujese y por la que invitan a las mujeres a «esforzarse»?

Como veremos a lo largo de estas páginas, cuyos temas de fondo se han anticipado antes brevemente, las conclusiones que cabe extraer parecerían más bien otras.

En los sectores químico, de la mecánica y del automóvil, la incorporación de mujeres tiene lugar en las franjas más descualificadas y se presenta como intento de doblegar las cotas de lucha obrera de los estratos inmigrantes más recientes. Al mismo tiempo, sin embargo, tal como hemos apuntado y veremos de forma más clara a continuación, la autonomía femenina ha determinado ya una relación crítica entre mujeres y capital, entre mujeres y Estado, con respecto a la tasa planificada de crecimiento económico que hay que sostener por medio de niveles adecuados de reproducción, entendiéndose por ello niveles adecuados de procreación y del trabajo doméstico que sostiene tal procreación. Esta secuencia ha pasado a ser de forma cada vez más evidente el momento crítico del desarrollo, no sólo en la región europea occidental, sino, tal como apuntábamos, también en la región de Europa oriental. Y podríamos desde luego añadir: a escala mundial[12]. Hemos apuntado también la complejidad de luchas que implica el rechazo de las mujeres a procrear y, en términos más generales, a pagar el precio de la reproducción. Hemos señalado cómo este rechazo determina una nueva cota de poder dentro de la clase, ante todo para las mujeres, pero también,

[12] Sobre las contradictorias políticas que este rechazo desencadena a escala mundial resulta significativa la conferencia de Bucarest.

y de manera especial, para las generaciones de jóvenes que dependen del trabajo de las mujeres y que se sostienen gracias al trabajo de las mujeres.

Si hemos postulado todo lo anterior y estas hipótesis no parecen gratuitas, todo esto constituye también el marco en el que hay que plantear el problema del significado de la incorporación de las mujeres en los sectores antes mencionados. Ante todo:

a. ¿cuán amplio alcance puede tener el intento del capital de *doblegar,* con el uso de las mujeres, *la insubordinación de los estratos más recientes,* que con frecuencia han *incorporado* ya la insubordinación de las mujeres de la comunidad de la que proceden?

b. ¿Hasta qué punto puede este uso *contar con la tradicional debilidad* política femenina en la fábrica si *las mujeres ya han abierto la lucha fuera*?

c. ¿Qué *extensión* puede tener el empleo de las mujeres en la fábrica justamente en el momento en el que *hay que estimular su función reproductiva,* una función que las mujeres, ante determinado precio de la vivienda, la fábrica, la oficina y la calidad global de vida, han aprendido a rechazar de manera irreversible?

Las hipótesis que hemos formulado antes y que intentaremos desarrollar en las páginas que siguen, aunque brevemente por el momento, definen también, a nuestro juicio, el marco global en el que plantear otro problema. A saber: el problema del «empleo femenino», más debatido en la actualidad que nunca por políticos que pretenden dar una respuesta al surgimiento internacional del Movimiento Feminista.

Precisamente a la luz de estas hipótesis, no nos parece que quepa deducir de la incorporación de las mujeres en las fortalezas masculinas de la química, la mecánica y el automóvil, la posibilidad de una contratendencia por parte del capital en la estructura del empleo femenino. Lo que quiere decir, en otras palabras, que tampoco nos parece que se pueda deducir de esta incorporación, como pretenderían algunos, la tendencia a la abolición de la separación entre mercado de trabajo masculino y femenino. Pero no es casual que quien hoy ve en la «fábrica mixta» la posibilidad de abolir tal separación, ayer ni siquiera reconocía que tal separación existía.

Con la guerra y la posguerra se rompe la relación entre producción y reproducción en lo que respecta al «equilibrio» ligado a regiones determinadas geográficamente y con determinadas cotas de comunidad

¿Por qué partir de la *Segunda Guerra Mundial*? Sin duda, ésta representó el *ataque más descomunal al valor de la fuerza de trabajo* y, con ello, el punto de partida para una reestructuración multinacional del poder de mando capitalista.

Pero fuerza de trabajo ha significado sólo fuerza de trabajo masculina durante demasiado tiempo como para que esta afirmación pueda denotar de manera inme-

diata la complejidad del ataque al que queremos aludir. Y, con ello, la complejidad de las nuevas relaciones que se han originado con la formación de una clase obrera multinacional.

Romolo Gobbi[13], en su original interpretación de las luchas obreras durante la Resistencia, ofrece los siguientes datos fundamentales para el caso italiano: «El salario real se reduce de forma sistemática durante este periodo, hasta llegar a equivaler en 1945 a un 22 por 100 del salario real de 1913, es decir, se ve reducido a 1/5 del salario de 30 años antes, por cierto en absoluto sobreabundante»[14]. Pero, continúa, «contra aquel nivel salarial, se desató, en torno a la Primera Guerra Mundial, un formidable ataque obrero que, utilizando el crecimiento obrero para la producción bélica, elevó el nivel salarial de 1921 a una cota de 127, donde 100 sería el índice del salario real en 1913. Con este poderoso ciclo de luchas, la clase obrera obtuvo otros resultados fundamentales, como la jornada laboral de ocho horas y el reconocimiento de los delegados obreros en la fábrica»[15]. Por lo tanto, en 1945, no sólo el salario real había vuelto a un quinto de lo que era en 1913, sino que, durante la Segunda Guerra Mundial, los obreros no habían conseguido conquistar unas cotas de poder mínimamente parangonables a las del anterior conflicto bélico. Es decir, la Segunda Guerra Mundial se inserta ya en relaciones imperialistas de naturaleza decididamente distinta a las de la Primera.

En Estados Unidos, los obreros logran defender en gran medida su salario. Y, en Estados Unidos, no hay invasión de tropas, con todo lo que ello comporta, no se registran pérdidas relevantes (en comparación con las de los países europeos)[16] y no hay racionamiento. «El déficit calórico provocado por una dieta inadecuada es un problema que el estadounidense medio no ha tenido que combatir nunca, ni siquiera en tiempos de guerra»[17]. El empleo de mujeres en las fábricas y oficinas no se produce dentro de un contexto de ataque tan feroz a la comunidad como sucede en Europa. Más acá del Atlántico, en cambio, se da todo esto y, sobre el *debilitamien-*

---

[13] R. Gobbi, *Operai e Resistenza,* Turín, Musolini, 1973.

[14] *Ibid.*, p. 3.

[15] *Ibid.*, pp. 3-4.

[16] D. Thomson, *Storia d'Europa,* Milán, Feltrinelli, 1961, p. 852, ofrece los siguientes datos en relación con las bajas bélicas: de Francia, 500.000; de la Commonwealth, 445.000; de Alemania, 2.250.000 (sólo en combate); de Rusia, 7.000.000 de bajas oficiales (aunque existen otras cifras), frente a los 325.000 de Estados Unidos. Cfr. también F. Roy Willis, *Europe in the global age,* Nueva York y Toronto, Dodd y Mead & Company, 1968, p. 180; N. V. Rosanowsky, *Storia della Russia,* Milán, Garzanti, 1968, p. 604; D. F. Fleming, *Storia della guerra fredda,* Milán, Feltrinelli, 1964, p. 193.

[17] R. Gobbi, *Operai e Resistenza,* cit., p. 8. Para una visión más detallada, véase S. B. Clough, *Storia dell'economia italiana dal 1861 ad oggi,* Bolonia, Cappelli, 1965; R. Romeo, *Breve storia della grande industria in Italia,* Bolonia, Universale Cappelli, 1972.

to, sobre la *descomposición de las relaciones* que esto ocasiona, *se inserta la utilización de la emigración.*

El ataque al valor de la fuerza de trabajo en Europa quiere decir también: en Alemania, uso del trabajo forzoso de los reclusos y reclusas; en el Reino Unido, el máximo empleo posible de mujeres en las fábricas, oficinas, servicios:

> Mientras hubo hombres sin trabajo, no se recurrió a las mujeres para la industria bélica. Al principio, se olvidó su existencia. En diciembre de 1939, había 270.000 mujeres desempleadas registradas oficialmente [...] en marzo de 1941, el gobierno decidió poner a trabajar a las mujeres [...] reclutamiento que se pareció en muchos aspectos al reclutamiento de los hombres para el servicio militar [...]. Las únicas exentas eran las campesinas, que sustituían a los maridos movilizados, las enfermeras, las comadronas y las profesoras. En mayo de 1942, la movilización se extendió a las mujeres de dieciocho y diecinueve años.
>
> En 1944, 7.650.000 mujeres se encontraron así encuadradas en la industria y en los servicios complementarios o en la defensa civil. Otras 900.000 trabajaban media jornada bajo el control de los mismos servicios. Un millón prestaba un trabajo no remunerado bajo los auspicios del *Women's Voluntary Service* [Servicio Voluntario de Mujeres]. Luego hubo que sumar a las campesinas, las enfermeras, las profesoras, etc. [...]. Se hizo necesario descentralizar al máximo la producción. Se organizaron a toda prisa almacenes y plantas industriales en las periferias residenciales, donde era posible reclutar a madres de familia [...]. El trabajo a tiempo parcial se desarrolló rápidamente[18].

Pero, en términos globales, el deterioro de cierta posibilidad de defensa obrera (aunque antes sostenida a costa de la mujer) y la radicalización de los procesos de autonomía de las mujeres deben verse justamente en el *ataque a la relación entre producción y reproducción* y, con ello, a la relación entre *fuerza de trabajo masculina* y *fuerza de trabajo femenina.* Las mujeres, en tanto fuerza de trabajo no sólo más golpeada sino más urgida a actuar durante la guerra para el sostenimiento y la defensa de sí mismas y de los demás, se identificaron luego cada vez menos con la comunidad de pertenencia (familia, región, etc.). Ante la arbitrariedad estatal, las mujeres descubrían no sólo que tal *comunidad ya no les garantizaba nada,* sino que, justamente por la relación de debilidad y dependencia que tenían dentro de ella, pagaban en una medida monstruosa el sostén de la propia comunidad. Sin duda, nada tiene de absurdo afirmar que las *mujeres* fueron la *fuerza inesperadamente emergente* de la Segunda Guerra Mundial.

---

[18] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* Milán, Etas-Kompass, 1973, pp. 166-167.

Para la situación italiana, retomemos la perspicaz interpretación de Gobbi: «La caída vertiginosa de los salarios obreros y la reducción de la cuota calórica por debajo de los límites de supervivencia eran consecuencia de dos fenómenos concomitantes: la inflación y la ruptura del equilibrio de las relaciones de intercambio entre el campo y la ciudad»[19].

El precio de la reproducción, del trabajo femenino «primario», aumenta por ello para las mujeres durante la guerra de manera vertiginosa. Y no se trata sólo del trabajo que se multiplica por las dificultades de aprovisionamiento y del coste de los productos básicos (el eco de la manifestación de protesta de las mujeres en Turín, durante 1946, «se dejará oír por mucho tiempo»)[20]. Se trata también del precio del trabajo «secundario», mal pagado, en el que las mujeres se dejan la piel para mandar cosas y dinero a los soldados, que no sobrevivirían mucho de contar únicamente con el sueldo del Estado.

Reproducirse a sí mismas, a los hijos, a los soldados, a los ancianos, obliga a las mujeres a la suma de todos los trabajos: el hogar, el campo y la fábrica. Pero la fábrica, la oficina, el tranvía o el trabajo asalariado que sea, si bien permiten descubrir el poder de una nómina propia, permiten también descubrir que esta nómina está discriminada en comparación con la del varón[21]. En Italia, el campo, con lo que las mujeres consiguen sacar de la tierra, en ocasiones permite más fácilmente la supervivencia que la ciudad. En Inglaterra, el campo se convierte además en lugar de organización del trabajo a domicilio:

> Los pueblecitos de la dulce campiña inglesa conocieron entonces la novedad de los centros públicos de clasificación para los equipos y los almacenes de materiales que las mujeres iban a recoger [...]. Se calcula que, sólo en la región de Midlands, el trabajo a domicilio organizado de esta suerte reemplazó a más de 1.000 obreras a tiempo completo [...]. Esta descentralización de la producción era una ventaja en un país sometido a bombardeos constantes que pretendían desorganizar su economía[22].

En países como Italia, Francia y Alemania, era frecuente que la única vía para garantizar la supervivencia en la ciudad fuese la prostitución. Y esto iba acompañado de las habituales filiaciones ilegítimas, fruto de las tropas de paso (y del terrorismo

---

[19] R. Gobbi, *Operai e Resistenza,* cit., p. 11.

[20] L. Lanzardo, *Classe operaia e partito comunista alla Fiat,* Turín, Einaudi, 1971, p. 332.

[21] Se trata de un fenómeno apenas puesto en evidencia por la bibliografía política habitual. Lo encontramos en cambio diligentemente subrayado y precisado desde las primeras obras de la bibliografía feminista. Por citar apenas algunos ejemplos: en Francia, E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit.; en Italia, VVAA, *La coscienza di sfruttata,* Milán, Mazzotta, 1972.

[22] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 167.

internacional secular en lo relativo a los métodos anticonceptivos y el aborto), de las enfermedades venéreas y de una elevada mortalidad infantil. En cuanto al papel de la mujer en la Resistencia, no queremos adentrarnos aquí en una argumentación que, en su complejidad, nos remitiría a un espacio muy distinto. Sin embargo, sólo por apuntar las mayores contradicciones que la guerra abre en la condición femenina, nos interesa destacar aquí que se arroja mucha más luz sobre el papel de las mujeres en la Resistencia cuando lo miramos desde el punto de vista del trabajo. Fueron las mujeres quienes, *además del trabajo* del hogar, el campo y la fábrica, desempeñaron con frecuencia *las funciones más arriesgadas* del trabajo político: idénticas en esto a sus hermanas vietnamitas[23] o argelinas[24]. En cambio, por lo que se refiere al poder de determinar la organización política, éste fue, en términos globales, nulo[25].

La posguerra representó por lo general para las mujeres la expulsión de los lugares de trabajo asalariado o el confinamiento en los puestos más inseguros y peor pagados. Incluso en países como el Reino Unido, en donde esto se dio en menor medida que en otros sitios,

> en diciembre de 1945, el ministro de Trabajo contuvo el movimiento de "regreso a casa" [...]. Así y todo [...] [l]os hombres volvían y se buscaban un trabajo, mientras que, de sus mujeres, se esperaba que se hiciesen cargo de la familia, por fin recuperada. Muy pronto, el número de desempleadas oficiales volvió a crecer [...] las mujeres

---

[23] «Para participar en la Resistencia, el hombre se alistaba en las fuerzas armadas y la mujer le sustituía en las tareas agrícolas y en la administración del hogar y *además* [la cursiva es nuestra] participaba en la guerrilla y en el aprovisionamiento del frente» (de *Aperçus sur les institutions de la RDVN, Hanoi* y de *Nuova Rivista Internazionale* 6, citado en «Viet Nam, la famiglia nel diritto Vietnamita», en *Donne e Politica* IV, 19 [1973], p. 30).

[24] Todo lo dicho en la nota anterior es igualmente aplicable a las mujeres argelinas. Por otro lado, a estas alturas es archisabido que todas las bombas que se hicieron explosionar en los bares y en el estadio, durante el periodo del terrorismo, las pusieron mujeres. Pero, ¿no han colocado siempre las guerras de liberación de todo el mundo a las mujeres en una posición que la bibliografía resistencial, liberadora, etc., no ha hecho sino mistificar? ¿Qué decir, en cambio, del clásico ejemplo de la mujer rapada, expuesta al escarnio público de la población, cuando la propia guerra obliga a las mujeres a la prostitución como única forma de supervivencia? Digamos por fin que la guerra es también la feria del sadismo masculino y que esclarece de forma menos mistificada la relación que los hombres tienen con las mujeres. Las mujeres, obligadas a garantizar a un coste mucho más alto la reproducción, deben también defenderse una vez más de los hombres: del «enemigo» que las fuerza, del «partisano» que las rapa y del vecino de casa que las desprecia porque se prostituyen.

[25] El caso de las mujeres vietnamitas puede parecer «el más avanzado». Pero el poder político del que han dispuesto ha sido siempre muy «sectorial». No es casual que todavía hoy la mujer vietnamita que quiere abortar tenga que *pedir autorización a la comisión judicial correspondiente*. ¡Triste analogía con las «realidades avanzadas europeas»!

> [...] para no perder el puesto de trabajo, tuvieron que ceder en el terreno del salari
> [...]. No se introdujo ninguna ley para obligar a los empleadores a adoptar el princi
> pio de la igualdad salarial entre hombre y mujer a igualdad de trabajo[26].

En Italia, las expulsiones y el coste de la vida tuvieron un carácter más cruento
En Turín, en 1946, 10.000 mujeres querían tirar al prefecto por la ventana[27]. El PC
aceptaba los Pactos de Letrán, mientras, en la Puglia roja, las mujeres, tal como
cuenta Salvemini, atacaban con piedras las procesiones y, en el Norte, corrían aires
de revuelta por todas partes, incluidas las cárceles. La vía italiana no fue otra sino la
de la represión, empezando por los estratos de clase más débiles –mujeres, jóvenes
y otros–, para golpear después a aquellos estratos que hasta la propia Democracia
Cristiana seguía sin poder mellar[28], y el *voto para las mujeres* no fue sino una *hoja de higuera* para tapar un descontento que los partidos reformistas reprimieron de todas maneras. Se intentará también el relanzamiento de una política de expansión demográfica que, típica desde 1929, esta vez se replanteará bajo la insignia de la restauración anticomunista[29]. Así pues, en Europa, en la posguerra, en términos generales y con las debidas mediaciones, se intentó que cada cual volviera a su lugar.

No en todas partes la restauración posbélica comportó una expulsión masiva de las mujeres. En el caso de los países del Este, se dio incluso la situación contraria: empleo femenino masivo para sustituir a los millones de hombres muertos en la guerra. Pero también en el área occidental, que nos toca aquí más de cerca, Alemania mantuvo una tasa bastante elevada de empleo femenino (que no menguará hasta después de 1960). Francia, en cambio, que reduce poco a poco un empleo femenino tradicionalmente alto, instaura asimismo una prestación de *salario único [allocation de salaire unique]* para aquellas mujeres que manda de vuelta a casa[30].

Veremos que esta medida iba dirigida no sólo a dar un regalo de consolación a las mujeres expulsadas de los lugares de trabajo asalariado, sino también para estimular una reactivación de la natalidad. En este sentido, se experimentarán a escala europea medidas de política demográfica, sobre todo basadas en la institución o ampliación de las *ayudas familiares* y acompañadas de varios tipos de incentivos económicos. En efecto, las mujeres, a través de la experiencia de la guerra y de la inmediata posgue-

---

[26] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., pp. 169-170.

[27] L. Lanzardo, *Classe operaia e partito comunista alla Fiat,* cit., p. 332.

[28] Dos biografías de mujeres compendian la situación: D. Montaldi, *Militanti politici di base,* Turín, Einaudi, 1971 [la biografía de «Margitt» y la última del volumen, aquella de una «Ragazza» (muchacha)].

[29] Entre los medios adoptados para esta restauración, figuran, y no al final de la lista, las campañas ligadas al Año Santo y a la canonización de santa María Goretti y Domenico Savio.

[30] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 207.

rra, habían identificado de forma cada vez más generalizada a la *comunidad familiar,* más o menos ampliada, como *centro de organización de un trabajo* que no sólo esta comunidad no pagaba, sino que podía *dejar completamente a la intemperie,* estuviese el hombre ausente o hubiese vuelto; y, por lo tanto, como comunidad que, en la medida en que *obligaba a la procreación,* sometía a las mujeres a un *doble chantaje:* por parte de los patrones y por parte de los hombres de la familia, supervivientes, que pretendían que la mujer volviese a los «cuidados domésticos».

Por parte de la mujer, el *corte* del cordón umbilical con el interés general y, de forma más específica, con el interés general-familiar, se *refuerza y propaga* cada vez más, precisamente *a partir de aquellos años.*

Esto se traduce sobre todo en un rechazo de la *procreación*[31] como función que, organizada dentro de la estructura familiar, determina cantidades de trabajo muy elevadas y una calidad de vida extremadamente rígida.

Hemos puesto en evidencia, aunque apenas con unas breves pinceladas, que la guerra representó, para las mujeres, no sólo, como entiende la bibliografía sobre el tema, el diezmamiento del arduo «fruto de su vientre», sino, de manera más precisa, un ataque mortífero a la condición femenina bajo la forma de la extenuación y la puesta en riesgo de la vida.

Por consiguiente, la lucha contra la procreación que surge y se masifica cada vez más a escala europea precisamente a partir de estos años *es lucha contra la organización familiar* en tanto que organización que, más que proteger, condena desde el principio a la impotencia.

Por consiguiente, la rebelión contra la condición femenina se articula de la organización familiar en sentido estricto a la *comunidad más o menos amplia de la que depende tal organización,* que la sostiene, pero por la que, por ello mismo, está determinada: la comunidad de pueblo, pero también el clan urbano, la red de parientes, amigos y «compadres» que ayudan a inventar una supervivencia en la ciudad apenas caracterizada por el salario (el sur italiano es típico a este propósito). En este sentido, veremos entonces que las mujeres *desarrollan a escala europea rumbos* que *determinarán también en una medida más o menos grande el rumbo de los hombres.*

En efecto, las mujeres estarán a la cabeza del abandono del campo y de la pequeña propiedad rural (y, con ella, de la familia de aparceros y pequeños agricultores)[32], de cualquier tipo de empresa de gestión familiar (comercial o agrícola), de la

---

[31] R. Pressat, *Population,* cit. Véanse además G. Mortara, «L'Italia nella rivoluzione demografica, 1861-1961», en *Annali di Statistica,* año 94, serie VIII, volumen 17, Roma, 1965; y M. Livi Bacci, «Il declino della fecondità della popolazione italiana nell'ultimo secolo», en *Statistica,* año XXV, número 3.

[32] Sobre estos temas están concentrando la atención algunas investigaciones a cuyos resultados esperamos poder remitir lo antes posible.

pequeña ciudad o del pueblo (a pesar de las limitaciones a la residencia en la ciudad que, por ejemplo en Italia, establecía la legislación fascista, todavía en vigor).

Un movimiento global en cuyo seno, tal como veremos más adelante, hay que captar la especificidad de la desidentificación de la mujer con su ambiente, con el precio y la calidad de vida que ese ambiente impone. El *matrimonio,* dentro de todo esto, se presenta a su vez como *medio para poder rechazar el propio ambiente.*

En países como Italia diríamos que, durante las décadas de 1950-1960, este medio fue muy utilizado[33]. La elevada ratio entre trabajadoras del hogar, y por ello no asalariadas, y trabajadores que trabajan fuera del hogar, y por ello asalariados, ha tornado Italia, de hecho, un país casi anómalo incluso en comparación con los demás países europeos.

Por consiguiente, la *rebelión contra la condición femenina* no pudo ser inmediatamente y *tout court* rechazo del matrimonio[34], en tanto que, durante la guerra y la posguerra, la familia puso crudamente al desnudo la condición de la mujer en su seno.

Hemos hablado ya de la multiplicación del trabajo doméstico durante la guerra ante todo por la dificultad y los costes del aprovisionamiento. Pero –precisamos en relación con la posguerra– el racionamiento se mantuvo hasta 1947[35]. La renta nacional, que se había reducido a la mitad de 1938 a 1945, «no superó el nivel de antes de la guerra hasta 1949»[36] y, aunque la producción de 1948 había vuelto a subir a las cotas de 1938 y, a quince años de la guerra, la renta nacional más o menos se había duplicado, así como la renta *per capita,* «a pesar de estos avances, *Italia seguía teniendo una de las rentas nacionales* per capita *más bajas de toda Europa occidental*»[37].

Lo que esto comportaba de fatiga y dependencia doméstica para la mujer, privada en el seno de la familia de toda renta o considerada en el mejor de los casos un apéndice del salario del marido, se ve reflejado sintéticamente en esos datos estadísticos de acuerdo con los cuales las mujeres morían de más enfermedades «de subdesarrollo», es decir, por avitaminosis y enfermedades de la circulación[38]. En otras palabras, en el campo, y no sólo en el campo, las mujeres se iban a la cama sin cenar

---

[33] Cfr. M. Livi Bacci, «Il declino della fecondità della popolazione italiana nell'ultimo secolo», cit.

[34] L. Fortunati, *Le donne contro la famiglia,* cit.

[35] S. B. Clough, *Storia dell'economia italiana dal 1861 ad oggi,* cit., p. 370.

[36] *Ibid.*, p. 378.

[37] *Ibid.*, p. 388.

[38] Cfr. *Annuari Statistici Italiani,* ISTAT. Sin embargo, la nula relevancia concedida por la ciencia a la nocividad del trabajo doméstico requiere la compensación lógica de cualquier comprobación estadística.

para dejar que comieran los demás (marido e hijos)[39] y pasaban demasiado tiempo de pie y con las manos en el agua[40].

En la ciudad, las mujeres y los jóvenes se salvaban todavía menos. Dice Romita: «Luego estaba la prostitución, otra plaga muy triste que siempre se acentúa después de las guerras. También aquí se dispusieron medidas precisas [...]».

«Pero para todo esto hacía falta una policía buena, eficiente y entrenada»[41]. Y prosigue: «¿Y qué decir de la delincuencia juvenil? Este último problema tenía visos importantes, en especial en las grandes ciudades». «Enseguida se dispusieron medidas y la policía no dejó de realizar redadas frecuentes de menores abandonados, dedicados a negocios ilícitos y, en todo caso, expuestos al peligro de descarrío. En los casos más graves, se procedió a la reinserción, dentro de los límites, más bien restringidos, de la disponibilidad de plazas en las distintas Instituciones. En los demás casos, no había más alternativa que requerir a los progenitores [...]»[42].

Son cosas sabidas. Sin embargo, no queremos mantener el discurso de lo que siempre sucede con la guerra y después de la guerra. Ni todo lo que se ha dicho hasta ahora ha pretendido ir en este sentido. La intención ha sido más bien la de esbozar, a través de algunas cifras, de la puesta en evidencia de algunos hechos y del esclarecimiento de aspectos determinantes, pero dejados en la sombra por la tradición política, la drástica ruptura de una relación entre producción y reproducción y, con ello, el desgarro que se provocó en áreas sociales enteras. Sobre esta ruptura y sobre este desgarro, tal como anticipábamos en las páginas introductorias, se insertará la emigración.

De aquí la separación definitiva de las mujeres de ámbitos de comunidad ni mucho menos privados, ya desde antes, de tensiones centrífugas. De aquí el despliegue de dos caminos en la historia de la clase en Europa.

Pero incluso antes de la emigración, y esto es lo que hemos querido poner en evidencia hasta aquí, la comunidad a las mujeres ya no les ofrecía nada.

Vale la pena entonces, antes de concluir estas consideraciones, detenerse también brevemente sobre la huella que las *luchas de los jornaleros* dejaron en las mujeres. Todo el mundo está de acuerdo en el retraso general del lema «la tierra es para quien la trabaja», con todas las ambigüedades con las que el reformismo quiso in-

---

[39] «Come mejor quien es un asalariado o va a convertirse en uno», independientemente de quién trabaje más. Y, a este respecto, *no creemos que las migraciones del campo a la ciudad cambiasen mucho la situación.*

[40] Impresiona un poco advertir a este respecto que entre las exportaciones más importantes del periodo figuraban las de electrodomésticos (cfr. S. B. Clough, *Storia dell'economia italiana dal 1861 ad oggi,* cit., p. 407).

[41] G. Romita, *Dalla monarchia alla repubblica,* Pisa, Nistri-Lischi, 1954, p. 41.

[42] *Ibid.*, p. 41.

troducirlo. Pero, desde un punto de vista más específico y más definitivo, que es el que aquí nos interesa, su «retraso» o, mejor, su «debilidad» radicaba en la ilusión de que las mujeres debían poder seguir refiriéndose a los momentos y a las formas de lucha de los hombres en una época en que la *familia proletaria había experimentado profundas transformaciones* y no sólo por necesidad del capital.

La emigración de masas de los hombres acabaría con insurrecciones en las que las mujeres ocupaban las tierras llevando banderas rojas y cubas de agua y convirtiéndose con ello en blanco inerme (junto a los hombres y los jóvenes) de la policía. Y sin haber podido dar su opinión durante las asambleas regionales. La muerte de Angelina Mauro[43] cierra un periodo. Después no quedarán más que las mujeres, los niños y los ancianos. Pero los emigrantes que salen hacia el Norte mandarán a casa mucho menos dinero que los emigrantes que habían partido rumbo a América. Y, algo que hay que subrayar muy claramente, cada vez tendrán menos ganas de mandarlo a casa, de mantener con ese dinero a otros. Por lo cual, las mujeres jóvenes intentarán por todos los medios encontrar dinero propio, ya sea trabajando como criadas en la ciudad o cogiendo trabajos a domicilio y temporeros, aunque años de estos trabajos no les servirán más que para hacerse un ajuar.

No obstante, las luchas de los jornaleros les valdrán a las mujeres por lo menos para poner fin a la infausta costumbre[44] de tener que servir también gratis a la mujer del patrón. Con la emigración del marido, ya no jornalero sino obrero, este rechazo se convierte en un hecho. Y, por otra parte, las pagas de las jornaleras pasan de 400 a 1.500-2.000 liras al día, por la ausencia de competencia masculina en el mercado.

Además de esta pequeña cantidad de dinero propio, empezaron a llegar luego, aunque no siempre de manera regular, las remesas, gracias a las cuales las mujeres empezaron a administrar dinero por primera vez de manera directa, así como los pocos bienes patrimoniales que los hombres dejaban tras de sí. A pesar de que, debemos agregar, seguían estando más o menos controladas por los mayores. Pero fue un cambio decisivo en la comunidad meridional.

No habrá nunca muchas mujeres que sigan a los hombres en la emigración, por lo que el Sur seguirá lleno de mujeres. Aunque la dependencia familiar ya no garan-

---

[43] Angelina Mauro, herida en la insurrección de Melissa, murió después de ocho días en el hospital de Crotone, el 9 de noviembre de 1949.

[44] No se trata sólo de «usos y costumbres». Era muy frecuente que esta situación estuviese sancionada por escrito. V. Mauro, *Lotte dei contadini in Calabria,* Milán, Sapere, 1973, contiene también algunos ejemplos de contratos entre propietarios de la tierra y los que «la trabajaban», que incluyen cláusulas sobre el trabajo gratuito de las mujeres. Por otro lado, el diario *Il Giorno* del 2 de septiembre de 1973 relata –a través de una carta al periódico– que, en la asamblea de pescadores que se celebró en aquellos días en Trapani, en la que participaron también las mujeres, alguien gritó: «¡Se acabaron los tiempos en los que los armadores sólo contrataban a un pescador si su mujer les iba a casa a hacer gratis de sirvienta!».

tiza nada en la propia tierra, hay muy pocas esperanzas de que el destino sea mejor en un gueto de emigrantes. Así pues, las mujeres orientarán su rumbo en otras direcciones.

La emigración se inserta sobre esta ruptura, pero cataliza y, en algunas regiones, masifica procesos de autonomía femenina ya en marcha

El caso de Italia

Con la *emigración italiana* hacia Alemania, el *proceso de la autonomía femenina* se radicaliza y se articula en el sur italiano y en el Norte de acuerdo con recorridos que reconoceremos sustancialmente equivalentes en los países europeos que se reestructuran a escala multinacional. *El uso que se hace de la emigración es el elemento determinante de esta reestructuración*. Un uso de la emigración que se basa en un ataque colosal al valor del trabajo, masculino y femenino, iniciado ya con la guerra, en el profundo desgarro de las relaciones organizativas en el ámbito de la comunidad y en la ruptura de la posibilidad de reproducción de la comunidad proletaria.

Ante todo, se golpea la reproducción y, de este modo, se obliga a los proletarios a hacerse obreros, a convertirse en clase obrera multinacional.

Las mujeres de Sicilia (en 1943) habían quemado las casas dispersas que el fascismo les había asignado para defender el ámbito de comunidad que al menos el pueblo ofrecía, aunque el pueblo, como decíamos, no estuviera ni mucho menos privado de tensiones centrífugas de parte de las propias mujeres. Pero, con la emigración de los hombres, estas tensiones estallan en la medida en que el pueblo ya no ofrece nada.

En torno a la emigración, en torno a la precariedad de relaciones que ésta pone al descubierto, podemos seguir entonces el rumbo que empiezan a tomar las mujeres, con la tendencia a construir su rechazo al poder de mando del Estado. Un rechazo a planes de desarrollo que las quieren todavía garantes de proles numerosas, atadas a largas jornadas de trabajo en el hogar y en los campos y sujetas a dependencias personales, de familia o de pueblo, donde si no mandan los hombres, lo hacen los mayores.

En el sur italiano, la administración de las remesas en el seno de una familia, donde, partido el hombre, quedan los mayores, y el trabajo de un hogar numeroso y de la tierra se convierte cada vez más claramente en una calidad y un precio de la vida en el que las mujeres no quieren reconocerse.

No sólo en el Sur. Sucede lo mismo en el Norte, con la pequeña propiedad campesina. Mientras el Estado quiere atar a las mujeres a una jornada sin fin y al aislamiento de la agricultura, cada vez son más las mujeres que logran abandonar la tie-

rra. Leopoldina Fortunati, en su trabajo, *Le donne contro la famiglia,* demuestra, para el caso italiano, que la lucha de las mujeres contra la familia pasa también a través del rechazo del campo. Y pone de relieve que esta lucha se ahonda asimismo a través de una nueva gestión del salario por parte de estratos cada vez más amplios de las propias mujeres.

El proceso de éxodo rural se produce a gran escala a pesar de que el gobierno italiano quiera mantener su carácter selectivo, en el sentido de que «la residencia no se concede a quien no tiene un puesto de trabajo y el puesto de trabajo no se concede a quien no tiene residencia».

Las mujeres usan entonces el matrimonio para conseguir abandonar el campo. Cada vez se casan menos con quienes no las llevan a la ciudad[45].

Llegar a la ciudad no sólo significa trabajar para uno en lugar de para muchos, sino también ser capaz de controlar mejor el número de hijos, libre de presiones familiares y del pueblo: «[...] Resultan confirmadas las hipótesis [...] En las ciudades, en las poblaciones urbanas, el control voluntario de la procreación se ha extendido antes y con mayor rapidez que en los demás sectores de la población; este control voluntario ha venido acompañado además de una menor propensión al matrimonio, amplificando los efectos sobre el ascenso de la natalidad»[46].

Giorgio Mortara precisa también, hablando en general de la caída de la natalidad en Italia de 1861 a 1961, que: «Cuando la limitación de la natalidad se lleva a cabo mediante el celibato o el retraso del matrimonio, se ve disminuir la proporción de casados, en especial en las edades jóvenes; cuando la práctica de la prevención de la concepción y de la supresión de su fruto está ampliamente extendida, se observa a veces un aumento de la proporción de casados»[47], y confirma lo que sostenemos en conjunto al decir que: «La creciente concentración de la población en las zonas urbanas y suburbanas ha contribuido a promover la difusión de las prácticas dirigidas a la limitación de la natalidad»[48].

---

[45] Se trata de un hecho notorio. En la actualidad, los hombres que se han quedado en el campo en el Norte recurren cada vez con mayor frecuencia a las buenas artes de algún hombre o mujer meridional que «trafica con matrimonios», recuperando así de pueblos dispersos de Lucania, Campania y Sicilia, a través del intercambio de fotografías, a aquellas mujeres que no han conseguido partir por sí solas.

Pero los campesinos no son los únicos que buscan a estas mujeres. También aquellos obreros que aún están por conquistar la jornada de ocho horas.

[46] M. L. Bacci, «Il declino della fecondità della popolazione italiana nell'ultimo secolo», cit., p. 410. Véanse también la tabla III de este volumen para la proporción de las mujeres casadas en relación con las solteras y las tablas II, I y XII para las tasas de fecundidad legítima, fecundidad general y fecundidad ilegítima.

[47] G. Mortara, «L'Italia nella rivoluzione demografica, 1861-1961», cit., p. 6.

[48] *Ibid.*, p. 6.

La *ciudad* representa ya un *poder mayor* para la mujer proletaria. No sólo ella *controlará más el número de hijos,* sino que tendrá más poder para *mejorar su calidad de vida y la de sus hijos.*

El caso de Francia

El abandono del campo, la marcha hacia la ciudad y, por lo tanto, hacia un poder mayor en relación con la reproducción es, tal como decíamos, de parte de las mujeres, un *hecho europeo.* Por más que, en el caso del sur italiano, el desgarro del tejido social sea trágico, no por ello el rechazo de las mujeres a garantizar la procreación a toda costa deja de convertirse después de la Segunda Guerra Mundial en un hecho europeo: el precio de la reproducción es ya demasiado alto, la dependencia personal y el aislamiento cada vez más inaceptables.

El caso de Francia, que procedemos a analizar, parece el más cercano al italiano[49]: el Estado ha reducido ya de manera progresiva el empleo femenino a índices más bien bajos, pero, a pesar de ello y contra ello, las mujeres abandonan de manera cada vez más masiva la agricultura y las empresas comerciales o agrícolas de gestión familiar. Las mujeres francesas, además, han conquistado ya, con anticipación en comparación con otros países europeos,[50] un cierto poder de control sobre la procreación. Y esto parece crear vacíos problemáticos principalmente en la reconstrucción posbélica. De Gaulle se dirige en 1945 a las mujeres francesas, pidiéndoles de manera desconsolada *doce millones de hermosos bebés*[51]. De 1945 a 1960, toda la emigración argelina se concibe justamente como «política de repoblación»[52].

Nosotras no queremos decir que el grotesco llamamiento de De Gaulle haya encontrado una solución inmediata en la emigración argelina.

Pero, aunque el problema no se perciba simplemente desde el punto de vista del «restablecimiento cuantitativo», sino más bien desde el punto de vista de la tentativa estatal de responder y recuperar, en la medida de lo posible, procesos de autonomía

---

[49] Antes del siglo XX, Francia podía parecerse a Estados Unidos y al Reino Unido por la gran tradición de empleo femenino, pero, a principios de siglo, este empleo ya se había reducido. Y el censo de 1962 registrará 6.585.000 a mujeres activas, frente a las 7.694.000 de 1906.

[50] Cfr. más arriba en este mismo texto, p. 59.

[51] M. F. Mouriaux, *L'emploi en France depuis 1945,* París, A. Colin, Collection, 1972, p. 35.

[52] «*Ces accroissement de la population en France entre 1958 et 1965 est dû pour 52,4 por 100 à un excédent de naissance sur le décés, et pour 47,6 por 100 à l'immigration*», en «Les travailleurs immigrés parlent», *Les cahiers du Centre d'Etudes Socialistes* 94-98 (1969), p. 19. [Estos incrementos de la población en Francia entre 1958 y 1965 se deben en un 52,4 por 100 a un mayor número de nacimientos que de fallecimientos y en un 47,6 por 100 a la inmigración.]

femenina que, en su complejidad, pueden comprometer determinados planes de desarrollo, el nexo entre orquestación de una política demográfica[53] y empleo femenino[54] en Francia, a partir de la inmediata posguerra, y la «estructura» de la emigración argelina es evidente. La emigración argelina de aquel periodo –hemos dicho– se concebía como una «política de repoblación». Sería más adecuado decir que era una política de «restablecimiento de la clase obrera»: las mujeres argelinas llegaban con marido e hijos y seguían produciendo hijos[55], en sustancia destinados a la fábrica.

Repetimos: esta relación no hay que interpretarla en términos matemáticos, sino políticos. Por otro lado, el nexo entre, por un lado, evolución demográfica desfavorable (a la que intentan poner remedio las medidas «incentivadoras» de la natalidad y las expulsiones –o ulteriores marginaciones– de las mujeres del trabajo asalariado) y política de emigración, por otro, viene de antiguo, aunque los políticos rara vez lo hayan puesto en evidencia[56].

La trayectoria de la autonomía femenina en Francia, tal como decíamos, tiene una correspondencia particularmente estrecha con el caso italiano. El éxodo de la agricultura es masivo. Si, de 1910 a 1954, un campesino de cada cuatro había abandonado la tierra, este mismo porcentaje se da luego en el restringido arco temporal de 1954 a 1962 y, después de 1962, el ritmo se acelerará aún más[57]. (En 1962, se contarán 1.272.000 labradoras directas y jornaleras agrícolas, frente a los 3.329.000 de 1906)[58].

Y quienes *dejan el campo son sobre todo las mujeres jóvenes, aún antes que los hombres*. «Los campesinos jóvenes que quieren quedarse trabajando la tierra buscan en vano una mujer. Las chicas se han escapado a la ciudad para dejar de verse

---

[53] Junto a la «prestación por salario único», se establece toda una reestructuración del régimen de ayudas familiares.

[54] Del plan McCloy de 1949 al plan Schuman de mayo de 1950, la integración económica europea postulaba la conveniencia de «un proyecto político [...] basado en un salario no rígido a la baja, es decir, en una ampliación de la estratificación de la fuerza de trabajo hacia abajo, con el mantenimiento o la expansión de los sectores que requieren una intensidad de trabajo alta. Este proyecto implicaba la introducción masiva en la producción fabril de contingentes de fuerza de trabajo nueva y políticamente débil [...] la fuerza de trabajo femenina se adaptaba sólo en parte a este proyecto [...]», «las mujeres oponían resistencia a la descualificación [...]» (Franca Cipriani, «Proletariato del Maghreb e capitale europeo», en VVAA, *L'operaio multinazionale in Europa,* cit.).

[55] En la actualidad, para estimular esta función entre las mujeres argelinas, se hace también uso de «cursos de economía doméstica», impartidos por «asistentes sociales».

[56] No falta alguna que otra mujer que, a propósito de la tradición francesa en materia de empleo, abre así la argumentación: *«Par suite d'une natalité très faible, la nation recour de manière très large à l'immigration»,* M. F. Mouriaux, *L'emploi en France depuis 1945,* cit., p. 29. [A resultas de una natalidad muy reducida, la nación recurre a la inmigración de manera masiva.]

[57] «Les travailleurs immigrés parlent», cit., p. 20.

[58] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 206.

tratadas como sus madres, tratadas más como sirvientas que como reinas del hogar»[59].

Por otra parte, en las *escuelas de formación agrícola,* mientras que a los hombres les dan nociones de agronomía y mecánica agrícola, a las chicas sólo les imparten lecciones de trabajo doméstico.

El éxodo rural no es sólo fuga del aislamiento y de la servidumbre personal, del atraso, sino de un destino de doble trabajo que las nuevas nacionalizaciones agrícolas no apuntan a modificar. El Estado intenta una vez más destinar a las mujeres al hogar y al campo e imponer una función reproductiva que ninguno de los incentivos económicos inventados desde hace tiempo logra ya estimular. Y vale la pena recordar a este respecto que ya desde 1932 el Estado francés se había visto obligado a instaurar las *ayudas familiares de forma oficial y obligatoria,* en el intento de incentivar esa tasa de natalidad que la promulgación, en 1920, de la ley que prohibía el aborto y cualquier forma de publicidad de los métodos anticonceptivos no había logrado elevar de manera significativa[60].

Ahora bien, después de la guerra, la *prestación por salario único* es la medida más arriesgadamente contradictoria con respecto a una tradición que había logrado congelar una cantidad muy elevada de trabajo doméstico e institucionalizar a las mujeres como proveedoras del mismo justo en la medida en que tal trabajo nunca se había intercambiado por un salario. No se trataba de mucho dinero, pero no podemos dejar de vincular de inmediato esta asignación mensual, que el Estado abonaba a las mujeres, con la institución, en 1945 en Inglaterra, de las *Family Allowances* [prestaciones familiares], dirigidas igualmente a reanimar una disposición hacia la procreación que se presentaba más que deteriorada a escala internacional[61].

La «prestación por salario único» fue una pequeña suma de dinero que las mujeres intentaban desesperadamente sumar a las retribuciones derivadas de sus diferentes trabajos clandestinos.

De hecho, si las mujeres hubiesen declarado estos trabajos, habrían perdido el derecho a percibir la asignación. Así, todo el área de las trabajadoras a domicilio, de las trabajadoras domésticas, de las trabajadoras a tiempo parcial, no se declaró nunca como «activa» precisamente para no perder la asignación[62].

---

[59] *Ibid.*

[60] La aprobación del *Code de Famille* [Código de Familia] en 1942 marcó el inicio de una nueva etapa dentro de este esfuerzo.

[61] Más específicamente, las *Family Allowances* (en lugar de estar incluidas en la nómina del padre, como en Italia) iban directamente a manos de la madre, estuviera o no casada, que «sin duda las gastaría en beneficio de los hijos», garantizando así esa mejora cualitativa de la fuerza de trabajo que los laboristas, de nuevo en el poder, auspiciaban y estimulaban asimismo con una política de asistencia social global.

[62] Conocemos, por otro lado, toda la serie de motivos, desde perder la pensión hasta perder las prestaciones familiares, etc., que han hecho que estos trabajos sean fundamentalmente clandestinos en

En cuanto al empleo, cuando las mujeres francesas llegan a la ciudad, les cuesta encontrar un auténtico salario[63]. El proyecto que subyace a la integración europea está basado, tal como decíamos, en una mayor marginación y discriminación de la fuerza de trabajo femenina. La novedad del empleo femenino está constituida, si acaso, por la incorporación de mujeres en sectores industriales antes reservados en exclusiva a los obreros varones.

En conjunto, desde principios de siglo, el empleo de mujeres en la industria se encuentra en declive en números absolutos y más aún en términos de porcentaje. Pero, desde la posguerra, se registran cambios importantes en la distribución de esta fuerza de trabajo: la reestructuración del sector textil es uno de los fenómenos más relevantes, precisamente porque comporta la formación de puestos de trabajo cualificados y mejor pagados que poco a poco se van poniendo en manos de hombres, con la consiguiente expulsión de las mujeres, a las que, en cambio, se contrata en escalafones sin ninguna cualificación en absoluto de la industria metalúrgica y electrónica.

En la industria mecánica, se produce una gran incorporación de mano de obra femenina, sobre todo de 1954 (136.646 trabajadoras) a 1962 (194.222 trabajadoras), por lo que, en este periodo, la tasa de actividad femenina asciende a +42,1. Después de 1962, la situación se mantendrá más bien estable. En los dispositivos eléctricos, las mujeres pasan, de nuevo entre 1954 y 1962, de 65.508 a 114.000 (un incremento del 74 por 100). También se registra un notable aumento de la mano de obra femenina en la industria química (de nuevo en el periodo considerado, de 92.196 a 104.540 contratadas, con una tasa de aumento, por lo tanto, de +13,4) y alimentaria (tasa de aumento de +8,8), donde, a las cifras de obreras permanentes hay que añadir las decenas de miles de obreras temporales[64].

Se da asimismo cierto incremento de la mano de obrera femenina en las fábricas de productos farmacéuticos, cosméticos y de material plástico. No obstante, ya se trate de sectores tradicionalmente femeninos, como el zapatero o el de la porcelana, o de sectores nuevos en la incorporación de mujeres, como la electrónica, de sectores con mano de obra fundamentalmente masculina o femenina, las obreras siempre se ven relegadas a los puestos inferiores. La única excepción, que bien mirado no es

---

cada país. Por consiguiente, también en el caso de Francia, resulta difícil calibrar la extensión de su mercado a partir de fuentes estadísticas, aunque sea fácil conjeturar que era bastante amplio, si pensamos, por un lado, en el pequeño porcentaje de mujeres asalariadas y, por otro, en la dureza de las discriminaciones que el Estado consiguió seguir imponiendo a partir de la posguerra contra el impulso de las mujeres por conquistar unos ingresos autónomos.

[63] Con todo, hay una afluencia importante al terciario. Se trata, también en este caso, de un hecho europeo. Para la situación de Francia, véase François Lantier, «Le travail et la formation des femmes en Europe», *La Documentation Française* IV (1972), pp. 44 ss. Véase en particular la tabla XIII, p. 45.

[64] *Ibid.*, tabla XIII, p. 45; E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., pp. 208 ss.

tal, la constituyen las mujeres destinadas a la vigilancia de la sección femenina en el sector de la confección: en realidad, no se trata de puestos con mayor cualificación, sino sólo de vigilancia[65].

En la industria electromecánica, no hay obreras especializadas. Los puestos con algún grado de cualificación están reservados en exclusiva a los hombres[66].

En cuanto a la acogida de las mujeres en escalafones técnicos de la industria, es del todo irrelevante. Es más, tal como advierte Madeleine Guilbert, el establecimiento de procedimientos automáticos parece tener el resultado «*d'accentuer le cantonnement des femmes* [...]» [de acentuar el confinamiento de las mujeres][67].

El caso de Argelia

Pero no se puede concluir una argumentación sobre la Francia de la posguerra y de la década de 1950 si, después de haber establecido desde el principio el carácter crucial de la relación entre política demográfica y del empleo femenino, por un lado, y política migratoria, por otro, no se toma también en consideración lo que todo esto significó para las mujeres argelinas. Y, a este respecto, hay que plantear el problema precisamente por la peculiar posición que, en relación, por ejemplo, con el sur italiano, han empezado a tener para el uso de la emigración áreas como el Magreb o Turquía. Es decir, si, en el caso del sur italiano, hemos podido captar el desgarro de una comunidad, pero, al mismo tiempo, la catalización de fuerzas centrífugas, de las mujeres ante todo, que, también a través de la gestión de las remesas y de las mínimas cantidades de salario propio[68], han podido alcanzar momentos de autonomía y, por lo tanto, de poder mayores, ¿ha sucedido algo parecido en áreas como Argelia?

Lo que es verdad, y a nosotras nos interesa poner de relieve desde el principio, es que *tampoco la comunidad argelina* estaba privada de tensiones, de *voluntad de subversión por parte de las mujeres*. Las mujeres deben luchar, *cada día,* contra los hombres y contra el Estado. Entre los datos más significativos de la relación que la mujer tiene dentro de esta comunidad, figuran hasta el día de hoy el número de

[65] F. Lantier, «Le travail et la formation des femmes en Europe», cit., p. 54.

[66] *Ibid.*

[67] *Ibid.*, p. 55.

[68] Además del caso de las jornaleras, mencionado antes específicamente, véase, en relación con las dimensiones mucho mayores que tiene el trabajo a domicilio (así como el temporero, el trabajo a tiempo determinado, etc.) en el sur de Italia en comparación con el Norte, «Il lavoro a domicilio», en *Quaderni di Rassegna Sindacale,* año XI, 44-45 (1973).

homicidios e intentos de homicidio de mujeres perpetrados por hombres[69], el número de suicidios e intentos de suicidio femeninos y el número de infanticidios cometidos por madres, en especial no casadas[70]; existe todavía el matrimonio como compraventa decidida por los progenitores[71] (incluso en los estratos más acomodados), algo que *nunca ha constituido una transacción exenta de conflictos;* existe todavía la posibilidad de repudio, aún a día de hoy llamada divorcio[72], y esto, dadas las condiciones de la mujer argelina, *siempre ha constituido una vicisitud trágica.*

En el mantenimiento de una situación que sostiene estos datos de fondo, Boumédiène retoma en 1972 el discurso de De Gaulle de los doce millones de hermosos bebés, discurso que no ha muerto desde aquel lejano 1945.

En un discurso ante los estudiantes voluntarios para el servicio civil, Boumédiène declara a propósito de la «explosión demográfica»: «*Si cette question est posée sur la base de la limitation de naissances, je pense personnellement que la solution n'est pas dans le planning familial, mais dans le développement* [...]»[73]. Desarrollo conseguido en Argelia y en Europa a través de la «oferta ilimitada de mano de obra», cuyo *coste*

---

[69] Cfr. en general sobre la mujer árabe (aunque por lo menos las mujeres del Magreb no sufren la clitoridectomía), Y. El Masry, *Il dramma sessuale della donna araba,* Comunità, 1964 [ed. cast.: *Drama sexual de la mujer árabe,* Barcelona, Fontanella, 1963].

[70] Del libro de la argelina Fadela M'rabet, *Les Algériennes,* París, Maspero, 1969, libro cuya venta e importación se ha prohibido en Argelia, se desprende un porcentaje de suicidios femeninos muy alto. Y recordemos, a la hora de evaluar los porcentajes, que las mujeres están infrarrepresentadas en el registro civil, tanto en las partidas de nacimiento como en las partidas de defunción, que los intentos de suicidio no se toman en consideración, ni tampoco los suicidios fallidos (por ejemplo, tirarse por la ventana si no se muere en el acto), y que otros se encubren como «muertes accidentales». Se desprende asimismo que está muy extendido el infanticidio (cometido por madres no casadas), el cual, junto con el también extendidísimo aborto (p. 169), constituye el único modo conocido de control de la natalidad.

[71] La mujer argelina está obligada a casarse cuando y con quien decidan sus progenitores. Y esto es así también en el caso de esa ínfima minoría «culta» que llega a algún curso universitario. Pero tengamos presente que la norma es retirar a las mujeres de las escuelas –las que van– después del segundo curso de enseñanza primaria. En la actualidad, esta ínfima minoría que, además del curso universitario, ha conseguido alguna píldora anticonceptiva, ha descubierto un uso totalmente específico de la píldora y del matrimonio: como no hay poder para resistir a la primera imposición de matrimonio, estas mujeres se casan; gracias a la píldora, pueden fingir sin dificultad que son estériles, lo cual al cabo de muy poco tiempo las lleva al repudio-divorcio, en este caso anhelado.

[72] Para la gran mayoría de mujeres argelinas, el uso del divorcio a iniciativa propia tiene muy pocas posibilidades de éxito, además de por las condiciones materiales en las que viven, porque a muchísimas de ellas no se las ha registrado al nacer. De hecho, la «civilización» argelina, en la misma medida en que considera *valiosa* a la mujer en calidad de *bien,* la considera *inexistente* en calidad de *persona.*

[73] Discurso de Boumédiène ante los estudiantes voluntarios para el servicio civil, en *Moudjahid,* 22 de julio de 1972: «Aunque esta cuestión se plantee en función de la limitación de la natalidad, creo personalmente que la solución no pasa por la planificación familiar, sino por el desarrollo [...]».

de producción hay que mantener bajo. Ante este problema, el Estado argelino posrevolucionario ha mantenido una continuidad de la tradición: explotación e intimidación de las mujeres para asegurarse a toda costa[74] la procreación.

En el contexto que acabamos de esbozar, pero que evidencia ya diferencias determinantes de fondo con respecto a la comunidad meridional italiana, ¿qué modificaciones puede haber introducido la emigración en la condición de la mujer?

Los que emigran durante la década de 1950 son hombres jóvenes que *muy rara vez tienen consigo o tras de sí a una mujer.* El coste medio de una dote (que el hombre debe pagar al padre de ella) ronda el equivalente a 500.000 liras. Si se calcula que la renta anual de un campesino argelino gira en torno a las 200.000-250.000 liras, se entiende por qué los argelinos no lo tienen fácil para llevarse tras de sí a una mujer. Para las mujeres que se quedan en Argelia esto supone seguir quedándose dentro de comunidades que tienden a envejecer, regidas por el marido o por el padre o por los hermanos, como propiedad absoluta de ellos, sin posibilidad alguna de disponer de dinero. Para las mujeres que llegan a Francia, después de que el obrero emigrante argelino haya logrado ahorrar el dinero suficiente para comprarse una mujer, el destino es afrontar una cantidad de trabajo doméstico que tiende a multiplicarse: todo recién llegado que desembarca en Francia, durante un largo periodo de tiempo, se verá obligado a insertarse en una familia ya constituida para poder sobrevivir. Se formarán auténticos clanes, sostenidos por una sola mujer (y por sus hijas pequeñas) que, para reproducir comunidades cada vez mayores de hombres, deberán sustituir también a las mujeres que se han quedado en Argelia.

Los guerrilleros recaudaban fondos para la Guerra de Liberación a través de impuestos exigidos a los emigrantes argelinos en Francia[75]. Impuestos sobre un salario que es ya de miseria significan ante todo multiplicación del trabajo doméstico. Así pues, ni siquiera a las argelinas emigrantes se les niega el papel que corresponde a las mujeres durante las Liberaciones.

Con la *emigración argelina* de la década de 1950, por lo tanto, el Estado francés resuelve en esencia el problema del *«desarrollo», de la relación entre producción y reproducción con respecto a los procesos de lucha que estos dos momentos implican,* cargándolo sobre las espaldas de las mujeres argelinas. El Estado francés construye la segunda gran oleada migratoria desde Argelia sobre la menor cota de poder de las mujeres argelinas en relación con su comunidad y con la reproducción[76].

---

[74] Sobre la situación hospitalaria y los casos de lesiones obstétricas, véase Ministère de la Santé, *Tableaux de l'économie algérienne,* Argelia, 1970, pp. 82-83.

[75] Y. Courrière, *La guerre d'Algerie* II. *Le temps des leopards,* París, Fayard, 1969.

[76] La primera oleada se puede situar entre 1935 y la Segunda Guerra Mundial.

Mientras que, en los países con un cierto nivel de industrialización –en Italia, por ejemplo–, la guerra y la posguerra catalizan de manera bastante definitiva contradicciones de la estructura de la comunidad, del momento de reproducción a pesar de todo organizado, en el caso de Argelia esto no puede darse.

Si, por un lado, la propia Guerra de Liberación, tal como decíamos, cataliza tensiones ya existentes, por otro, por su propia naturaleza y por el tejido social en el que se inserta, no puede favorecer un ataque de las mujeres a la organización de la reproducción, ni tampoco, en términos más generales, su emancipación de situaciones de atraso.

Cuando las mujeres argelinas en Francia se encuentren por primera vez manejando un salario, por las condiciones de las que han partido, por las condiciones en las que deberán manejar en Francia este salario, no sacarán de este salario nuevas cotas de poder dentro de la comunidad y contra la comunidad, como sucederá en cambio en el área europea en general, incluso en sus «bolsas de atraso».

Y esta posibilidad de conseguir más poder para sí mismas se verá tanto más minada cuanto más deban estirar el salario para mantener *comunidades que se amplían* con cada recién llegado.

Esa utilización del salario que se da en cambio en Italia –incluso en el sur italiano, con las debidas diferencias– por parte de la mujer, que tiende a rechazar una familia patriarcal campesina o en todo caso ampliada por una familia que se reduzca en número y se mantenga con un salario[77], utilización dirigida a mejorar la calidad de vida de los hijos y de sí misma, no será posible para las mujeres argelinas. Es más, tal como decíamos, las mujeres argelinas en Francia deberán sustituir incluso a las que se han quedado en Argelia para reproducir la comunidad a toda costa.

Las consideraciones desarrolladas en relación con la emigración argelina pretenden ofrecer una perspectiva en profundidad desde la que interpretar las estratificaciones de poder en el seno de la propia emigración y, de manera específica, en el seno de la comunidad de la que esta emigración procede o gracias a la cual esta emigración se reproduce directamente. Habría que considerar, pues, de forma equivalente los demás flujos de africanos que han desempeñado, en el desarrollo francés, una función muy similar a la emigración argelina.

El otro hecho que, a nuestro juicio, hay que poner en relación con el temprano rechazo por parte de las mujeres francesas de la procreación, del trabajo de reproducción en su conjunto y de las situaciones de atraso, ante todo campesinas, dentro de las cuales el Estado tendía y tiende a imponer este trabajo de reproducción a las mujeres, son los flujos casi continuos de emigración tanto de Italia como de España

---

[77] L. Fortunati, *Le donne contro la famiglia,* cit., explica, en relación con el caso italiano, que el paso de la familia patriarcal campesina a la familia nuclear urbana no sólo es fruto de la disgregación de un cierto tipo de familia por parte del capital, sino también por parte de las propias mujeres.

y de Portugal, flujos que el Estado francés ha promovido siempre de manera más o menos abierta y que en un primer momento se encauzaban hacia el campo.

El caso de Alemania

Si pasamos a considerar ahora *Alemania,* como país que, además de tener un nivel elevado de industrialización, mantiene en la posguerra un porcentaje excepcionalmente alto de empleo femenino[78], las observaciones fundamentales que hemos desarrollado sobre la relación entre las mujeres y el Estado, sobre el momento crítico que han provocado las mujeres a todas las escalas en la reestructuración del capital europeo, del que se ha derivado la necesidad de una utilización ampliada de la emigración, son aplicables también en este caso.

La década de 1950 en Alemania es para las mujeres una década en la que el rechazo del trabajo doméstico, el campo y la participación en empresas familiares en general, por fin liberado de los ahogos nazis, crece y se extiende[79].

Se trata de un rechazo neto, no sólo del trabajo doméstico –que hará pensar a alguno en un «servicio doméstico» organizado al estilo del «servicio militar» para suplir los vacíos dejados por las mujeres–, sino, asimismo, rechazo decidido de los puestos de «ayudantes familiares» en las empresas de gestión familiar[80] y de todas las profesiones con un corte de economía doméstica.

Aún así, el éxodo rural de las mujeres se ve obstaculizado precisamente por una notable afluencia de emigrantes. Hasta alrededor de finales de la década de 1960, el gran flujo migratorio (cerca de 12 millones), sobre todo «político» desde el Este, forma un enorme surtidor de mano de obra que, en un primer momento, se instala en las áreas rurales menos debilitadas por la guerra[81]. En torno a 1957, comienza a haber una considerable afluencia de italianos.

Sin embargo, a medida que tanto los inmigrantes como los alemanes van desertando de la agricultura, pasan a manos de mujeres funciones ya no sólo de «ayuda», sino también de auténtica gestión, en primera persona, de la empresa agrícola. No resulta nada difícil ver, en zonas como Baviera, familias en las que el hombre trabaja en la industria y la mujer debe cargar tanto con el trabajo doméstico como con el del campo, trabajos que antes se repartían en función de los roles.

---

[78] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 231.

[79] Para los datos, contrástese el documento de la OCDE, *Labor Force Statistics,* París, 1970, pp. 96-97.

[80] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 230.

[81] Cfr. B. Groppo, «Sviluppo economico e ciclo dell'emigrazione in Germania occidentale», en VVAA, *L'operaio multinazionale in Europa,* cit.

De manera equivalente, en el artesanado, empiezan a darse casos de «hijas de artesanos que gestionan por su cuenta la empresa paterna cuando el hijo varón ya no quiere saber nada y se convierten en patronas de panaderías, encuadernadoras o decoradoras»[82]. Pero, mucho más mayoritariamente, las mujeres, en el artesanado, se convierten en obreras que trabajan en las empresas artesanas.

En conjunto, se puede decir que, en Alemania, la fuerza contractual que desarrollan las mujeres contra el *Kinder Kirche Küche* [niños, iglesia, cocina] no se transforma en una fuerza contractual equivalente en el puesto de trabajo externo.

Entre su rechazo a procrear y la posibilidad de ocupar el trabajo externo en «igualdad de condiciones» con los hombres alemanes se interpone la decisión del Estado alemán de utilizar fundamentalmente a los emigrantes del Este y de Italia. De hecho, durante los últimos años de la década de 1930[83] y durante la guerra[84], se garantiza siempre, de común acuerdo con el Estado italiano, cierto flujo de inmigración italiana, señal de que ya por entonces la reproducción de clase nacional no basta.

El Estado alemán, preocupado, pues, de que se creen vacíos demográficos en un periodo de crecimiento económico, mantiene una rígida prohibición del aborto, mientras que, por lo menos en la segunda mitad de la década de 1950, casi todos los países del Este llevan a cabo una cierta liberalización. Pero, de hecho, esa *«evolución demográfica desfavorable»* tan temida *se da también en Alemania,* en concomitancia con lo que sucede en los demás *países europeos, y se acentuará* más aún a partir *de la mitad de la década de 1960 (más o menos).*

Aunque el tipo de desarrollo posbélico alemán está basado tanto en un «uso extensivo» de la fuerza de trabajo[85] (y también en una jornada laboral larga y en un uso generalizado de las horas extraordinarias), como en un progresivo vaciamiento de la agricultura[86], las mujeres, por los motivos antes mencionados, sufren duras discriminaciones a la hora de incorporarse a la industria.

De forma análoga a lo que hemos visto en Francia, las mujeres se insertan en sectores industriales en los que el empleo de mujeres constituye una novedad[87]. Después de 1950, todas las industrias incrementan el número de obreras. Los nuevos

---

[82] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 231.

[83] Véase sobre este tema E. L. Homze, *Foreign Labor in Nazi Germany,* cit.

[84] Durante la guerra, se utiliza también el trabajo forzoso de mujeres enviadas desde el Este, además de, como es sabido, el de las mujeres hebreas, gitanas y presas políticas.

[85] B. Groppo, «Sviluppo economico e ciclo dell'emigrazione in Germania occidentale», cit.

[86] *Ibid.*, tabla IV.

[87] A este propósito, si se habla de novedad, es siempre en términos relativos. Al investigar las bases, se descubre siempre que todos los sectores industriales se sustentan sobre un empleo asaz amplio de fuerza de trabajo femenina y juvenil. Véase para el caso italiano S. Merli, *Proletariato di fabbrica e capitalismo industriale. Il caso italiano: 1880-1900,* Florencia, La Nuova Italia, 1973.

sectores que se abren a las mujeres son la siderurgia y la metalurgia, donde, entre 1950 y 1960, las mujeres aumentan en un 162,3 por 100. La electrónica les sigue inmediatamente después.

Además de los tradicionales sectores del textil, la confección, los productos alimentarios, el tabaco, los dulces, etc., la incorporación de las mujeres se extiende a la mecánica de precisión, la óptica, la relojería, la fotografía, etc.[88], donde las consumadas cualidades femeninas de «destreza», «habilidad» y «precisión» tornan más abiertamente contradictorias que nunca las discriminaciones salariales por «falta de cualificación».

La década de 1960 ahonda las líneas trazadas por los procesos anteriores. La joven clase obrera es hija del rechazo, de la rebelión y de las luchas de las mujeres proletarias que tiene detrás

Con la *década de 1960,* en términos globales, *se masifica y se homogeneiza* a una escala cada vez más amplia ese *tipo de camino* tomado por *las mujeres* desde la posguerra como *rechazo a funcionar como apéndices* de planes de desarrollo que las quieren garantes de una prole numerosa, sujetas a largas jornadas de trabajo en el hogar y en el campo, y en la fábrica, y en la oficina, y atadas y guetizadas en situaciones de dependencia personal. La brusca reducción de la tasa de natalidad a partir de 1964 es casi la prueba fotográfica de la capacidad de control que las mujeres han conquistado ya en relación con la procreación. A escala europea, tal como decíamos desde el principio, esta evolución no responde en esencia a la divulgación de los métodos anticonceptivos y la novedad reside en que la caída de la natalidad se produce precisamente en los estratos que menos capacidad tenían antes de controlarla[89]. Y hemos visto que esta caída, más que un «acontecimiento» que haya que vincular a este o aquel factor, constituye en cambio un momento de poder que las mujeres han construido. Un momento construido a través de un proceso de lucha que surge ya en la inmediata posguerra y apunta a destruir el «atraso» global en el que todos los gobiernos de posguerra o posrevolución[90] han querido siempre confinar a las mujeres. Un momento de poder que se convierte cada vez más claramente en una *palanca de poder* para negociar una nueva calidad de vida.

Con la década de 1960, se *acentúa a escala europea el asedio contra las mujeres presente en el corazón de los planificadores* desde el comienzo del proceso de integra-

---

[88] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 231.

[89] Cfr. n. 9, más arriba.

[90] Aludimos aquí en concreto al caso argelino, sobre el que volveremos.

ción[91]. Pero el instrumento impulsor de esta integración europea, la emigración, se revela en último término un instrumento de doble filo. Y no sólo en la medida en que el emigrante se ha convertido en un vector de insurrección –algo bastante sabido–, sino en tanto que, tal como decíamos, la *emigración ha radicalizado ya de manera definitiva esas fuerzas centrífugas,* de las mujeres y de los jóvenes (sin querer olvidar a los ancianos, aunque en Italia, en estos momentos, sea muy difícil gritar «poder gris»[92]), que aspiran cada vez más claramente a cierta calidad de vida a toda costa.

Si existe un *diferencial* que todavía funciona a favor de la integración europea, aunque ya no en una medida demasiado importante durante la década de 1960, se trata ante todo del diferencial entre las áreas donde la mujer puede gestionar de manera total o parcial un salario, las remesas de los emigrantes o, incluso, justamente a causa de la emigración, dinero propio, y las áreas donde no.

En estas últimas áreas, en la medida en que no gestionar un salario remite a la propia *ausencia de salario* (la supervivencia se basa en ganancias agrícolas o apaños) y a una *dependencia total* de la mujer, primero de los hombres de la familia y luego de las mujeres más ancianas, la emigración de algunos hombres, empezando por los más jóvenes, no responsables del sostenimiento de la comunidad, no llega a minar todavía cierta estabilidad de la misma. El ejemplo de Argelia, del que hemos hablado, es típico a este respecto. Distinto, tal como hemos dicho, es el caso del sur italiano, que se encuentra ya en una situación más contradictoria, con islas de industrialización y dentro de un país industrializado. No es casual que, en el sur italiano, sea posible un abandono del campo por parte de las mujeres jóvenes, impensable en Argelia[93].

Y si estas mujeres jóvenes llegan a la conclusión de que es mejor buscarse una dote de manera autónoma, porque ya no llega dinero de Alemania, más allá de la decisión que tomen, se moverán en un contexto netamente distinto al de las mujeres argelinas.

No sólo. Dentro de la perspectiva desde la que hemos interpretado hasta aquí el proceso de autonomía femenina, más o menos escalonado todavía en elecciones mediadas, y desde la que hemos intentado entender, en momentos específicos, su relación con el movimiento de la clase obrera masculina, nos parece que hay otro hecho que es preciso poner claramente de relieve. Justo porque, a nuestro juicio, está liga-

---

[91] Cfr. n. 54, más arriba.

[92] L. Fortunati, *Le donne contro la famiglia,* cit.

[93] No es que este «abandono» no se dé también en Argelia, tanto bajo la forma de huida del campo, como bajo la forma de huida del techo conyugal. Se trata de huidas desesperadas, que pasan por intentos de esconderse en Argel como criada en casa de europeos. No obstante, por lo general, conforme a la regla de la *Ta'a,* la policía devuelve a la mujer a su hogar. Cfr. Y. El Masry, *Il dramma sessuale della donna araba,* cit., último capítulo.

do, de manera radical, con la oleada de luchas obreras que surge a finales de la década de 1960. Este hecho es el *uso diferente* del salario (o de las remesas) que la mujer consigue imponer dentro de la familia donde no hay mayores o donde los mayores ya no logran subordinar a la mujer bajo su mando. Las mujeres de los italianos que se han ido a Alemania y, junto a ellas, las mujeres de los obreros que trabajan en Nápoles o en Gela, aspiran cada vez más claramente a *administrar las remesas o la nómina* que su marido trae a casa o, incluso, su propio dinero *invirtiendo en los hijos lo que los mayores habrían ahorrado o invertido en la tierra*. Nosotras decimos, pues, que el joven proletario del Sur, que durante la década de 1960 va a la Fiat, ha *incorporado esta inversión* y, con ella, la aspiración a un nivel de vida más elevado, por el que no haya que pagar «gradualmente».

Y con esto no queremos negar la novedad de la rebelión de la que es portadora toda nueva generación, de obreros o de estudiantes.

Pero esta rebelión no pasa sólo y simplemente por un enfrentamiento directo del joven con lo que se encuentra fuera de casa, fuera de la familia. Pasa asimismo por determinados niveles de disgregación de la familia. Debemos, en este sentido, continuar con el nuevo discurso[94] sobre la familia. Es decir, debemos examinar la erosión del sentido de autoridad que se manifiesta en el seno de *la propia familia proletaria,* en particular en la década de 1960, y poner este hecho en relación con la *gestión del salario masculino por parte de las mujeres*. Gestión que, justamente a partir de la posguerra, a través de la integración europea y del proceso general de la emigración en el que se basa tal integración, y a través del proceso de desplazamiento a la ciudad impulsado en las distintas regiones fundamentalmente por las mujeres, se da *por parte de estratos proletarios de mujeres cada vez más amplios*. Esta gestión, junto a la posibilidad de un salario femenino propio más o menos «clandestino», pero con frecuencia único sostén de toda la familia (trabajo a domicilio, a tiempo parcial, a destajo, temporero, etc.), determina un poder mayor de la mujer en relación con el hombre y, por consiguiente, una *relación distinta* de los hijos con el padre y con la madre, un cierto grado de *crisis de autoridad*.

En países como *Italia,* durante las décadas de 1940 y 1950, *determinados estratos de mujeres proletarias comenzaron por primera vez* claramente *a gestionar un salario*. La emigración no podrá afectar a estas mujeres como podrá afectar en cambio durante los mismos años a las mujeres de países como Argelia. Es decir, para unas, la

---

[94] Decimos «continuar con el nuevo discurso» porque el enfoque de este discurso se empezó a plantear ya a finales de la década de 1960 (Estados Unidos) y principios de la década de 1970 (Europa), a escala internacional, con el Movimiento Feminista. Los sociólogos y políticos de aquellos años no hicieron sino añadir confusión al tema; cfr. además M. Dalla Costa, «Quartiere, Scuola e Fabbrica dal punto di vista della donna» [1972], en *L'Offensiva,* Turín, Musolini, 1974.

emigración catalizará procesos de autonomía. Para las otras, por lo menos a corto plazo, deteriorará aún más la situación. En cambio, en los *países* con un *empleo femenino elevado,* la *disgregación de la familia* y, como derivado de ésta, la mayor insubordinación de los jóvenes en la fábrica y fuera de la fábrica será más bien el resultado de las tensiones que provoca el trabajo de la mujer, en el hogar y fuera del hogar[95]. De cualquier forma, en un caso como en el otro, la joven clase obrera que, primero en Italia (Turín, Piazza Statuto, en 1962) y después a escala europea, desencadenará todo un nuevo ciclo de luchas, es hija del progresivo rechazo, de la rebelión y de las luchas de las mujeres proletarias que tiene detrás[96].

Hemos dicho: la *década de 1960* no hará *sino endurecer el asedio antimujer* ya presente en el corazón de los planificadores europeos desde los comienzos de la integración. Añadimos: las grandes luchas obreras harán aún más determinada esta actitud.

En el caso italiano, recordamos o, mejor dicho, aclaramos, visto que la izquierda nunca lo dijo, que los despidos que siguieron a 1962 fueron despidos de mujeres. Y que los despidos aún no han acabado. De entonces a ahora hemos logrado nada menos que un millón más de «desempleadas»[97].

En cuanto a Europa, repasemos brevemente los países ya tomados en consideración.

Alemania emprenderá, después de 1960, un tipo de desarrollo con una elevada inversión de capital y con procesos de racionalización del proceso productivo.

Con este desarrollo, la situación del trabajo externo femenino empeorará más aún[98].

Los despidos de mujeres de las fábricas extenderán el submundo laboral de los trabajos a tiempo parcial, trabajos a destajo, a tiempo determinado, etc. Baste decir

---

[95] *Ibid.*, p. 27.

[96] M. Dalla Costa, «Donne e sovversione sociale», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James*, cit., p. 41 [ed. cast.: «Mujeres y subversión social», en este mismo volumen]: «En las fábricas, los jóvenes rechazan la guía de los más mayores y son la punta de diamante de las revueltas sociales. En las metrópolis, las generaciones salidas de la familia nuclear han producido los movimientos estudiantiles y juveniles que, en términos generales, han empezado a sacudir el orden del poder constituido. En el Tercer Mundo, los jóvenes desempleados están a menudo en las calles antes que la clase obrera organizada en los sindicatos».

[97] Del Boletín mensual del ISTAT de marzo de 1972 se desprende que, en la fecha de la investigación, las personas mayores de 13 años no pertenecientes a la fuerza de trabajo ascienden a 21.754.000: 16.168.000 mujeres frente a 5.586.000 varones. De las mujeres, 10.701.000, es decir, el 49,1 por 100, son amas de casa. Más concretamente, en 1970, de las mujeres empleadas, el 22 por 100 trabaja en la agricultura y casi todas están casadas y no son jóvenes. Del resto, el 45 por 100 trabaja en los servicios (casadas o no, jóvenes y menos jóvenes) y el 33 por 100 en la industria. Véase también, para una comparación con la situación inglesa, M. Pia May, «Il mercato del lavoro femminile, espulsione o occupazione nascosta femminile», en *Inchiesta* III, 9 (1973), pp. 27-37.

[98] Véase, en general, el informe de la OCDE, *Labor Force Statistics,* cit.

que, de 1961 a 1971, las mujeres que trabajan a tiempo parcial aumentarán un 83 por 100, alcanzando los 2,3 millones[99].

Las mujeres inmigrantes tendrán empleos o bien de baja cualificación (60 por 100), o bien semicualificados (33 por 100)[100].

En Francia, de 1962 a 1968, los porcentajes de mujeres empleadas en los nuevos sectores industriales considerados varían del siguiente modo: en los dispositivos eléctricos, de 114.000 a 126.000 (+11,1 por 100); en la industria química, de 104.500 a 119.440 (+14,2 por 100); en la industria alimentaria, de 126.100 a 137.000 (+8,6 por 100); en la industria mecánica, de 194.220 a 202.160 (+4 por 100). En todo caso, se trata de cifras que no «feminizan» un sector[101].

Todavía en 1970, en el IV Congreso nacional de la CGT, Christiane Gilles declara con respecto a la mano de obra femenina: «Le second chiffre, celui de 33% *que j'ai évoqué, est l'écart des salaires réels entre les hommes et les femmes [...] En 1945, les coefficients de l'ouvrière mécanicienne de l'habillement étaient égaux à ceux de P.1 et P.2 de la métallurgie. Ils sont aujourd'hui loin de compte. Les minima horaires étaient de 3,93 francs et 4,10 en mai dernier*»[102].

En cuanto a las *mujeres emigrantes,* en particular argelinas, hay que tener en cuenta que en torno a 1962-1963, medidas de «política monetaria» prohíben a los argelinos dejar Argelia con más de diez francos, lo cual obliga una vez más a tener personas (hombres con mujeres detrás de ellos) a las que acudir en Francia aún antes de partir.

A partir de 1967, nuevas restricciones prohíben a los emigrantes argelinos enviar francos a Argelia. Y esto empeora más aún la situación de las mujeres en Argelia, a las que se impide (en el caso de recibir dinero de los emigrantes) comprar bienes de cierta importancia, justamente bienes que sólo se pueden comprar con francos.

Después de la Guerra de Liberación, la *emigración argelina* se modifica, en el sentido de que emigran pequeños núcleos familiares e incluso *mujeres solas* que no aceptan ni el campo ni la cocina americana separada de los hombres en la ciudad, tal como querrían los partidarios del «socialismo islámico». Por lo que respecta a las mujeres que se marchan solas, se trata, en la mayoría de los casos, de mujeres no

---

[99] B. Groppo, «Sviluppo economico e ciclo dell'emigrazione in Germania occidentale», cit.

[100] *Ibid.*

[101] F. Lantier, «Le travail et la formation des femmes en Europe», cit., tabla XIII, p. 45. En términos más generales, véase OCDE, *Labor Force Statistics,* cit.

[102] M. F. Mouriaux, *L'emploi en France depuis 1945,* cit., p. 150: «La segunda cifra, la del 33 por 100 que he citado, es la diferencia entre los salarios reales de los hombres y de las mujeres [...]. En 1945, los coeficientes de la obrera mecánica de la industria textil eran iguales a los del P1 y P2 de la metalurgia. Hoy están muy lejos de eso. El salario mínimo por hora era el pasado mayo de 3,93 francos y 4,10».

proletarias que logran desembarcar en Francia con un pasaporte de turista o por motivos de estudio. *Una vez en Francia, al no poder acudir, a diferencia de los hombres, a la comunidad argelina,* que no admite mujeres sino bajo la tutela de algún hombre, acaban en el mejor de los casos de criadas y en los casos normales de prostitutas. Las emigrantes proletarias argelinas, tunecinas, marroquíes, turcas, yugoslavas y portuguesas se convierten en *criadas u obreras mecánicas en los puestos de más baja cualificación.*

Después de 1968, la década de 1970. Las mujeres abren la negociación sobre la reproducción. Cuando la comunidad de emigrantes no tiene ya que reproducirse

A partir de 1968, tal como decíamos, la *inversión* que las mujeres de la región europea, incluida la zona del sur italiano, *han hecho en sus hijos,* la mejora de la calidad de vida de sus hijos gracias al impulso aún más subterráneo por mejorar su propia calidad de vida, se revelan justamente en el *potencial de lucha que la clase expresa a escala europea.*

Después de aquellas luchas, hay una nueva interrupción del flujo italiano[103] y un desplazamiento hacia arriba de los italianos en la escala de empleo de los emigrantes. A partir de ese momento, aumenta más bien el flujo de la franja mediterránea, destinado a los puestos de más baja cualificación: turcos, griegos, argelinos, tunecinos, marroquíes, españoles, portugueses, etcétera.

No obstante, el gradualismo nunca ha caracterizado la historia de la clase. Y, aunque lejos de querer forzar conclusiones triunfalistas, es difícil dejar de ver que la afluencia de emigrantes de estos últimos años ha asegurado más el *ghost of revolution* [fantasma de la revolución], tal como puede leerse abiertamente en el *Financial Times*[104], que la paz social.

---

[103] Se puede considerar que la primera suspensión se produjo ya en 1962.

[104] «Europe Keeps Revolution at Bay», en *Financial Times,* 28 de febrero de 1973: «The spectre of revolution: this ghost [...] moves about from place to place, visiting even the Netherlands, but it is *fondest of all of Italy* [...]. What is important is that it is quite apparent that a great many of our leaders in industry, the trade unions, and the Government itself are aware, some consciously, others only vaguely, that Western society is in a more fragile state that it has been at any time since the war» [el espectro de la revolución: este fantasma [...] se desplaza de lugar en lugar, visitando hasta los Países Bajos, aunque el país con el que más encariñado está es Italia [...] Lo importante es que resulta bastante evidente que muchos de nuestros líderes en la industria, los sindicatos y el propio gobierno se dan cuenta, algunos conscientemente, otros sólo de manera vaga, de que la sociedad occidental está en un estado más frágil de lo que lo haya estado nunca desde la guerra].

Se intenta entonces, aunque de manera muy limitada, descubrir una franja de fuerza de trabajo más débil, más chantajeable que el emigrante varón, cualquiera que sea la tierra de la que provenga: *las mujeres*. Pero justamente en esto estriba el problema de la década de 1970. Se trata de la década en la que el camino de las mujeres se pone al descubierto, llega a constituirse, también en Europa, y no sólo en Estados Unidos, como movimiento de masas, portador del interés de las mujeres por una autonomía de vida para la que ya no compensa ni el coste del hogar ni el coste de la fábrica.

Si los hombres se muestran cada vez menos dóciles a la disciplina de fábrica, ¿se mostrarán más dóciles las mujeres emigrantes? Tampoco aquí queremos ignorar la diferencia de poder que existe en el seno de la clase y, con más dureza, entre las distintas franjas de la emigración. Pero, por el rumbo que hemos visto tomar con absoluto protagonismo a las mujeres de las zonas más «desarrolladas» y menos «desarrolladas», no nos parece que este uso pueda constituir un plan europeo de larga duración. En medio de las imágenes más o menos habituales de «tigres de papel» y «elefantes salvajes», la imagen que nos sugiere en este caso el juego capitalista es la de la «pescadilla que se muerde la cola».

Desde el punto de vista del problema que los planificadores europeos deben afrontar, parece un poco aquello de la «cuadratura del círculo».

En Alemania, en Francia y en Italia (en la Fiat después de 1969), se prueban nuevas incorporaciones de mujeres, en concreto emigrantes, para sustituir a determinados sectores de las franjas de emigrantes que se han demostrado ya ingobernables dentro de la disciplina de fábrica. En la más lejana Suecia, en la Saab's Scania de Sodertalje, sólo comparable con la Fiat de Cassino, no faltan ejemplos «estelares»[105] de reestructuración de tareas de la cadena para adaptarlas a amas de casa, incluso ancianas. Sin embargo, al mismo tiempo, las mujeres europeas se muestran cada vez menos dispuestas a aceptar el trabajo doméstico (como trabajo de reproducción gratuito) y a sumarlo al trabajo de fábrica, y cada vez más decididas en cambio a rechazar y poner un precio a este trabajo de reproducción. Por un lado, tal como se ha intentado poner en evidencia a lo largo de todo el presente trabajo, el desarrollo capitalista está necesariamente basado en determinadas cotas de reproducción que deben estar garantizadas de manera continuada y que hasta el momento han ocasionado al Estado gastos casi irrelevantes. Por otro lado, las mujeres han lanzado des-

[105] Aludimos a la estructura del montaje. Leemos en el *Financial Times* del 12 de marzo de 1973, en un artículo titulado «Car Plants Without Mass Disaffection» [Plantas automovilísticas sin desafección de masas]: *«The assemblers, all housewives with no previous factory experience, work in groups of three»* [las ensambladoras, todas ellas amas de casa sin experiencia fabril previa, trabajan en grupos de tres]. De todas formas, el ejemplo no tuvo mucha repercusión.

de hace tiempo un ataque precisamente a partir de la reproducción. Por más que sea cierto, por lo tanto, que el Estado sigue logrando hoy por hoy chantajear a través del trabajo de fábrica y del hogar a los estratos políticamente más débiles de mujeres, también es cierto que, a partir de ahora, el Estado se encuentra en la obligación de responder, en todo el área europea que hemos estado considerando, a la pretensión de las mujeres de que el coste de la reproducción recaiga sobre el Estado. Baste citar, entre los ejemplos más significativos, la propuesta que ha realizado en Francia la UNAF [Union Nationale des Associations Familiales], de un salario para el trabajo doméstico equivalente al 50 por 100 del SMIC (salario mínimo obrero), sujeto a impuestos y al que habría que considerar como un salario a todos los efectos[106]. Propuesta ante la que ya se han declarado favorables exponentes del gobierno. Baste pensar en Italia en la institución, aunque todavía no a escala nacional, de la asignación mensual «homofamiliar»[107] de 50.000 liras para retribuir el trabajo doméstico de la mujer que acepta a un pariente minusválido en casa, en lugar de dejarlo en manos de instituciones. Baste pensar, de nuevo en Italia, en los proyectos de ley en proceso de negociación sobre el incremento de las ayudas familiares que, aunque desde luego no «asalarian» el trabajo doméstico, constituyen un índice bastante importante de que la reproducción es ya un terreno de negociación.

Antes de concluir, quedan aún algunas puntualizaciones por hacer en favor del Reino Unido, país que no ha entrado en la integración europea hasta fecha reciente y que se mantiene ligado principalmente a un circuito estadounidense de capital. Lo cual explica algunas correspondencias por lo que se refiere a la política del empleo femenino y demográfica. Ya hemos tenido ocasión de mencionar su tradición de alto empleo de mano de obra femenina. En la década de 1970, mientras el gobierno encarga y financia estudios exhaustivos sobre la condición femenina y el índice relativo de empleo, las comisiones parlamentarias y gubernamentales constituidas a tal efecto recomiendan una flexibilidad máxima en la organización del trabajo «de manera que las mujeres puedan elegir entre tiempo completo y tiempo parcial»; recomiendan «la rápida expansión de guarderías y jardines de infancia con horarios flexibles y reajustables a los horarios de la madre» (que debería ir a trabajar) y comedores que proporcionen «la comida a los jóvenes y niños cuya madre esté trabajando, *tam-*

---

[106] «Les Femmes au foyer», en *Le Nouvel Observateur,* 4 de octubre de 1973.

[107] Esta asignación, precisamos, instituida por la administración provincial de algunos centros emilianos, está destinada oficialmente al pariente minusválido en relación con el cual debería cumplir la función terapéutica de conseguir que no se sienta un «peso» o una «carga» para la familia de la que forma parte. Oficialmente se ignora el hecho de que esta «participación» pasa de manera directa por un endurecimiento del trabajo doméstico de la mujer, que las 50.000 liras mensuales distan mucho de retribuir.

bién durante los días y periodos de vacaciones escolares» (la cursiva es nuestra); recomiendan, por último, que el «Ministro de Educación Pública tenga *contactos regulares con las organizaciones de mujeres*» (la cursiva es nuestra) y, además, que se desarrolle «una investigación adecuada sobre la entidad y las condiciones en que se desempeña el trabajo a domicilio» (que desde luego no es sólo una plaga mediterránea)[108]. Por otro lado, más allá de los resultados de las investigaciones de las comisiones gubernamentales, para el gobierno británico resulta impensable contratar a las mujeres inglesas en las fábricas, en lugar de a las antillanas, africanas, indias o pakistaníes. Las mujeres inglesas han demostrado ya una notable resistencia a ocupar los puestos discriminados que, cada tanto, se les ha intentado asignar. Es impensable que acepten ahora con total tranquilidad los puestos de secretaria, mecanógrafa, etc., a los que aluden de manera bastante abierta los nuevos discursos[109] sobre la necesidad de un empleo más amplio de las mujeres que han alcanzado cierto grado de cualificación. Hasta en Inglaterra, es más, sobre todo en Inglaterra, ha comenzado la lucha por el coste de la reproducción, la lucha por un salario para el trabajo doméstico, y ha encontrado ya momentos de organización nacional a través de la campaña que las mujeres inglesas han sostenido por las *Family Allowances*[110]. El gobierno no sólo se ha visto obligado a abandonar el proyecto de eliminar las *Family Allowances* (único dinero que las mujeres perciben directamente en manos propias), sino que ha tenido que afrontar el crecimiento de un movimiento que, con esta primera fase organizativa, ha abierto de manera irreversible la lucha y la negociación sobre la reproducción.

Por otra parte, la *comunidad de mujeres y hombres emigrantes* ha adoptado ya comportamientos con un *contenido subversivo lo suficientemente alto* como para que pueda pensarse en un uso de las emigrantes contra los emigrantes. A decir verdad, el *nivel de empleo asalariado* de las *mujeres emigrantes* es muy elevado y, además, se da dentro de un mercado de trabajo rígidamente *dividido en función del sexo*.

Las nuevas generaciones de obreros, los hijos e hijas de los emigrantes negros y, en particular, las hijas, han hecho crecer el contenido subversivo de los comporta-

---

[108] Véase a este propósito Her Majesty's Stationery Office, *Sixth Report from the Expenditure Committee. Session 1972-1973. The Employment of Women.*

[109] Baste hojear los *Financial Times* y *Le Monde* de 1973.

[110] Para una breve historia de la lucha por las *Family Allowances* en Inglaterra, véase S. Fleming, *The Family Allowances Under Attack,* Bristol, Falling Wall Press, 1973; y *Hands Off Our Family Allowances. What We Need Is Money,* Londres, Crest Press, 1973. Sobre la perspectiva en la que se inscribe esta lucha –la lucha por un salario para el trabajo doméstico– y su relación con las luchas por la vivienda y con las luchas de las mujeres que hacen la limpieza de noche, véase *Radical America* VII, 4 (1973), pp. 131-192. El número reúne todo el debate en torno al salario por el trabajo doméstico en Italia, Inglaterra y Estados Unidos.

mientos de la clase obrera emigrante en el Reino Unido. Tanto las mujeres jóvenes como los hombres nacidos o criados en el Reino Unido están algo más libres de ilusiones sobre la posibilidad de ascender dentro de la jerarquía de la fuerza de trabajo, ilusiones que sus progenitores podían tal vez alimentar al provenir de áreas sociales en las que *cualquier salario* constituía ya una victoria.

Pero la *estabilidad* de un trabajo asalariado ha provisto a la segunda generación de cotas de *poder nuevas* para *romper la estabilidad*. La actitud de estos jóvenes hacia el trabajo asalariado es la misma que la de la generación correspondiente a escala internacional, sólo que agudizada por el racismo del mercado de trabajo, que rechazan de manera cada vez más generalizada. Y por una tradición de trabajo esclavista donde no hay gran diferencia entre el capataz y el patrono de esclavos. Lo específico de las mujeres, en este contexto, es el rechazo de los límites y las restricciones de la vida familiar que el *salario de los progenitores constituye y requiere*. Su violencia contra el trabajo escolar y fabril no ha alcanzado las cotas a las que llega la de los jóvenes varones, pero la violencia que tienen que afrontar frente a madres y padres que querrían atarlas a la «respetabilidad» y estabilidad de la familia, violencia que con frecuencia deben afrontar solas, en el aislamiento del hogar, les infunde cada vez menos terror. Como de costumbre cuando se trata de mujeres, sus luchas por una autonomía propia, precisamente porque se despliegan en el aislamiento, sostenidas sólo por un restringido círculo de amigos, y porque no requieren necesariamente de un enfrentamiento con la policía (un papel, éste, adoptado con frecuencia por el padre o el padrastro), se mantienen ocultas y el Movimiento Negro, ni en sus objetivos ni en su organización, ha demostrado confiar en la autonomía feminista. Sin embargo, el resultado empieza a verse en la creciente conciencia que tienen los progenitores de la posibilidad de defender sus propios intereses a través del apoyo que brindan en los enfrentamientos entre policía y juventud negra y entre escuela y juventud negra. Los jóvenes varones aparecen como protagonistas; la lucha de las mujeres jóvenes se mantiene bajo la superficie pero eficaz.

En el pasado era frecuente que el hombre de las Antillas, al comprender que no estaba en condiciones de sostener a su familia, escapara al Reino Unido, abandonando a mujer e hijos. Por otro lado, ha habido mujeres que se han ido lejos de casa para encontrar la autonomía de un salario propio, con o sin hombre. Y, cuando han hallado un lugar en el que quedarse, han sido ellas las que han mandado dinero para traerse a sus hijos. En esta situación, la crisis de autoridad no necesita de procesos muy largos en el tiempo. El gobierno británico, que desde hace tiempo establece *medidas para limitar la emigración,* ha promovido, en particular en la década de 1970, la exclusión de estos hijos y, con el *ataque a la natalidad negra,* ha favorecido iniciativas autónomas pero bastante extensas por parte de la profesión médica de esterilización de mujeres negras. *En correspondencia* con la dirección tomada y los

medios empleados por *Estados Unidos* desde la *década de 1960* con respecto a los negros dentro de su territorio y con respecto al denominado Tercer Mundo. Cuando la emigración ya no funciona, mejor exportar el capital. Pero las y los jóvenes del Tercer Mundo no parecen dispuestos a recibirlo sosegadamente.